

La Romería



Manuel Ciges Aparicio

Manuel Ciges Aparicio

La romería

Primera Edición:
Valencia, F. Sempere, 1910

Maquetación actual:
Demófilo
2019



Libros Libres
para una Cultura Libre

NOTA:
Para la presente edición hemos respetado
la ortografía de la obra original, editada en
Valencia, F. Sempere, 1910.

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2019

Ω

Manuel Ciges Aparicio

La Romería

y

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2019

Ω

Sobre el autor *

Manuel Ciges Aparicio

Enguera (Valencia).14 enero 1873

Ávila, agosto, 1936.

Periodista, escritor y traductor.

Tras cursar el bachillerato en Azuaga (Badajoz), ingresó en el Ejército en 1893 y logró la estrella de teniente en poco tiempo, si bien en el peligroso destino cubano, lo que le hizo sufrir prisión en el Castillo de la Cabaña (La Habana) y ser acusado de traición por haber criticado las decisiones de las autoridades militares (las del general Weyler, en particular) y políticas —en el polvorín que estaba siendo la última posesión de Ultramar— en una crónica que había preparado para la revista francesa *L'Intransigeant* y que fue interceptada antes de su publicación.

Aquella experiencia la dejó plasmada en un temprano texto, *El libro de la vida trágica: del cautiverio*, que alcanzó una gran difusión. Ese libro fue la primera entrega de una tetralogía autobiográfica compuesta por estos otros títulos: *El libro de la vida doliente: del hospital*; *El libro de la crueldad: del cuartel y de la guerra*; *El libro de la decadencia del periodismo y la política*. En su conjunto constituyen unas interesantísimas memorias.

Fue sincero republicano, amigo personal de Azaña y crítico feroz del sistema canovista, desde cabeceras como *Vida Nueva*, *El País*, *El Imparcial* y el periódico zaragozano *El Progreso*, que dirigió.

Fue Ciges, por tanto, un paladín del periodismo social y combativo que influyó años después en autores como Sender, José Más o Alardo Prats, que también sacaron de sus ácidos y mordaces reportajes periodísticos materia para sus novelas. Esta misma actitud

* Fuente: <http://dbe.rah.es/biografias/12161/manuel-ciges-aparicio>
Gregorio Torres Nebrera

crítica la mantuvo con motivo de la sangría de Marruecos y de la derrota en el Barranco del Lobo (*Entre la paz y la guerra: Marruecos*).

En 1920 casó con Consuelo Martínez Ruiz, hermana del escritor Azorín, y prolongó su actividad periodística en tierras aragonesas. Militante de Izquierda Republicana y hombre de confianza de Azaña, fue gobernador civil de Baleares durante los primeros años republicanos, y luego de Santander y de Ávila. Fue asesinado cuando ocupaba este último cargo.

Las novelas de Ciges prolongan un cierto naturalismo, a lo Blasco Ibáñez, y preludian las novelas sociales —fuertemente ideologizadas— de la década de 1930. En un principio le gusta presentar las miserias y calamidades de la vida rural española de aquellos primeros años del siglo xx (*El Vicario*, novela que se ha considerado como un significativo precedente de *San Manuel Bueno, mártir*, de Unamuno), *La Romería* y *Villavieja*. Un pensamiento claramente regeneracionista, a lo Joaquín Costa (cuya biografía escribió) se nota en el libro *El juez que perdió la conciencia*, novela que transita por la denuncia de las lacras del caciquismo que había iniciado Felipe Trigo en su novela *Jarrapellejos* (surgió tras parecidas experiencias, en idénticas tierras extremeñas, a las que habían inspirado al otro novelista), insistiendo sobre todo en la ignominia de los procesos electorales en los distritos dominados por la corruptela caciquil. Una situación pesimista, negativa, que se prolonga en una de sus últimas novelas, *Los caimanes*. Fue traductor de Ruskin y Anatole France, entre otros autores.

Obras:

Del cautiverio, Madrid, La Editorial Moderna, 1903 (Madrid, España, 1930; ed. de C. Alonso, Alicante, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia-Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1985); *El Vicario*, Madrid, Librería de Fernando Fé, 1905; *El libro de la vida doliente. Del hospital*, Madrid, Francisco Beltrán, 1906 (ed. de C. Alonso, Alicante, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia-Instituto de Estudios Juan Gil Albert, 1985); *El libro de la crueldad. Del cuartel y de la guerra*, Madrid, Francisco Beltrán, 1906

(ed. de C. Alonso, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, 1986); *El libro de la decadencia. Del periódico y de la política*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1907 (ed. de C. Alonso, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, 1986); *Las luchas de nuestros días. Los vencedores*, Madrid, M. Pérez de Villavicencio, 1908; *La venganza*, Madrid, El Cuento Semanal, 1909 (vol. 114); *Las luchas de nuestros días. Los vencidos*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1910; *La romería*, Valencia, F. Sempere, 1910; *Entre la paz y la guerra (Marruecos)*, Madrid, Pueyo, 1912; *Villavieja*, Madrid, Jaime Ratés, 1914; *El juez que perdió la conciencia*, Madrid, Mundo Latino, 1925; *Circe y el poeta*, Madrid, Mundo Latino, 1926; *Joaquín Costa, el gran fracasado*, Madrid, Espasa Calpe, 1930; *Los caimanes*, Madrid, CIAP, 1931 (pról. de J. Esteban, Madrid, Turner, 1976); *Novelas de Ciges Aparicio*, Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana, 1986.

Bibliografía: J. Arribas, *Ciges Aparicio: la narrativa de testimonio y denuncia*, Madrid, Novecientos, 1984; C. Alonso, “Introducción”, a *Novelas de Ciges Aparicio, op. cit.*; V. M. Sanz Gómez y M. Aparicio Payá, *Manuel Ciges Aparicio: intelectual y político: (1898-1936)*, Enguera, Ayuntamiento, 1998; G. Argumánez, “Manuel Ciges, escritor y político”, en *Noticias bibliográficas: Revista bibliográfica anticuaria internacional*, 104 (2005), págs. 6-7; J.-R. Aymes, “Dos escritores españoles —Manuel Ciges Aparicio y Alberto Insúa—, primeros traductores de *Du Sang, de la Volupté et de la Mort* (1904) y de *Greco ou le secret de Tolède* (1912) de Maurice Barrès”, en F. Lafarga Maduell, P. Salvador Méndez Robles y A. Saura Sánchez (coords.), *Literatura de viajes y traducción*, Granada, Comares, 2007, págs. 47-62; C. Alonso, “La mirada antropológica y social de Manuel Ciges Aparicio en *El Cuento Semanal*”, en *Cultura escrita y sociedad*, 5 (2007), págs. 32-51.

Gregorio Torres Nebrera

I

Las doce de la noche suenan. Agosto termina y Septiembre empieza. La feria también termina á esa hora divisoria de dos días, de dos meses y casi de dos estaciones, porque al expirar las doce campanadas Rosales de la Sierra da por finado el bullicioso estío.

La gente abandona el paseo. Unos se acogen al próximo Casino, donde ahora comienza la fiesta, y otros se retiran á sus hogares. Si alguno sigue en el ferial, la tristeza ambiente y el cansancio de los días anteriores, pasados en perenne agitación, le rinden pronto. Si entra en su casa, ve que los cuerpos reposan vestidos en los lechos, como si esperasen algo. Si le atraen las luces que aun brillan en tres ó cuatro barracones de bebida, sólo encuentra dentro hombres silenciosos apurando los últimos vasos que les faltan para caer en pesada embriaguez, si es que ya no están borrachos. Y si se le ocurre entrar en el luminoso Casino, verá cómo las parejas se sonríen desmayadamente bailando nerviosas para alejar el sueño. Es el último momento, el adiós al verano, el instante supremo en que ella espera la declaración de él ó él aguarda zozobroso el sí de ella.

La una... ¡La una!... La hora de la emoción grande... Todas las campanas van al vuelo, y algo bate en el pecho al compás de las campanas. El salón del Casino queda desierto; los borrachos abandonan los barracones y los cuerpos desplomados en los lechos se yerguen á la llamada súbita del bronce. Las ventanas y balcones se abren para consultar al cielo; las puertas rechinan sobre sus goznes y la gente sale.

¿Adónde va tan presurosa y callada?...

Va á la iglesia para oír las misas tempranas y despedir á la Virgen... ¡Á despedir á la Virgen!... Como ayer lo fué de

holgorio, hoy es el día más triste del año, porque Ella se aleja. Trajéronla en el florido Mayo de la sierra, y dentro de dos horas la devolverán con llanto á sus abruptos riscos, junto al nido de las águilas. ¡Y cómo acuden á despedirla! Las calles que guían á la iglesia parecen largo é inquieto río entre las sombras nocturnas. Todos se apresuran para ser los primeros, y en el silencio que aconseja el recogimiento sólo se oyen de cuando en cuando suspiros y sollozos, quejas de dolor y rumores de cadenas. Suspiran y sollozan las ancianas que presienten su fin cercano y se encomiendan á Ella para que las guíe á la región serena. Quéjense de dolor los que en cada mal paso se llagan sus pies desnudos. Arrastran cadenas, que por su gran peso abruman, pobres penitentes que así imploran el milagro sobre algún caro ser que hacia el desenlace fatal se encamina. De tiempo en tiempo se escinde ó detiene el humano río para dejar paso á un hombre, mujer ó niño, que avanza de rodillas para mostrarse á la Virgen, desfalleciendo y sangrando.

Las misas empiezan y las campanas callan. Los fieles no caben en la iglesia y esperan en la plaza, bostezando, tosiendo y rezando. Cuando una misa termina y los devotos han demandado á la Virgen, la iglesia se desaloja para que los rezagados entren, y otra misa comienza, y después otra, hasta que la misa mayor se inicia con suntuoso aparato. Después se organiza el largo viaje...

En el gran silencio nocturno las campanas van al vuelo, y la emoción torna á sacudir los pechos. Los cohetes surcan el negro espacio con sus vivaces rayas y los petardos retumban, inspirando miedo. Primero sale de la iglesia larga fila de estandartes y pendones enarbolados como orgullosos trofeos por los que en la puja los conquistaron dando mayor cantidad de trigo, y delante de todos, rompiendo penosamente la marcha, va el gran palo desnudo, el báculo del bendito San Ofidio, de tres metros de altura, que sirve de milagroso guía.

Pues sabedlo bien: para que la Virgen avance es preciso que el tosco palo esté en marcha, y si él se para, la Virgen se detiene, y ni los forzudos mocetones que la conducen sobre sus ricas andas de plata, ni veinte yuntas de bueyes que á las andas se unciesen podrían moverla una pulgada, que así lo dispuso Nuestra Señora cuando se le apareció entre breñales al bendito San Ofidio.

Hombres y mujeres, calzados ó descalzos, gimiendo bajo los cilicios ó agobiados por cadenas, van en dos largas filas cumpliendo antiguas promesas ó implorando alguna gracia. La gente que se agolpa para ver á Nuestra Señora ó formar en la procesión, los pisa y los estruja y les arranca ayes de dolor. Los hijos rodean á las madres y los novios se acercan amorosos á las novias para preservarlas de estas piadosas agresiones.

La salida de la Virgen acógela un vocerío inmenso en que dominan los lloros. Las campanas voltean locas, las músicas baten Marcha Real, y millares de cohetes rayan las sombras. Las puertas se abren de par en par, las ventanas se iluminan, y de los balcones caen rosas deshojadas que llevan el rocío de las lágrimas. Y por todas partes se oyen voces acongojadas que la saludan é imploran: —¡Mejor estás con tu manto de viaje, prenda divina!...

—¡El bendito San Ofidio nos la trajo!...

—¡Virgen del cielo, salva á mi hijo!...

—¡Libra á mi hermano, Señora de la Sierra!...

—¡Viva la Virgen!... ¡Viva!...

La Virgen pasa cubierta de flores y envuelta en nubes de vaporoso incienso, y detrás queda duelo y llanto. Seducidas por la emoción y el hechizo de la noche, las mujeres olvidan sus casas y se incorporan á la imponente comitiva que ha de lle-

gar hasta el término de la carrera, ó corren desaladas por calles y callejas en busca del campo, donde otra muchedumbre espera la llegada de la Virgen. Una hora hace que salió de la iglesia, y á tantas paradas la obligan, que aun no ha recorrido doscientos metros. Los vivos se multiplican en cada alto, y el desbordamiento de la pasión enrojece los rostros.

De súbito, una voz autoritaria y potente domina el griterío: — ¡Silencio!...

Y el tumulto cesa. Sólo algunos murmuran por lo bajo.

— ¡Es don Patricio!...

Luego, la misma voz robusta, voz de borracho que la emoción ennoblece, entona ferviente súplica que incita á general llanto. Termina, y los aplausos resuenan como truenos en el valle.

— ¡Viva don Patricio!... ¡Viva!...

— ¡Viva la Virgen!... ¡Viva!...

— ¡Como las serranas es de morena!...

— ¡Y de serrana son sus ojos!...

La voz resurge más potente entonando una segunda canción de despedida. La borrachera apenas hace inteligible la letra; pero la emoción le da tal dulzura en la serenidad de la noche, que todos sienten humedecidos los ojos, y todos rompen en vivas unánimes, cuando las últimas notas graves se desvanecen en el gran silencio: — ¡Viva la Virgen serrana!... ¡Viva!...

— ¡Viva don Patricio!... ¡Viva!...

La procesión reanuda la marcha entre los acordes de las músicas, el estampido de los cohetes y el doblar de las campanas que desde lejos saludan. Dos horas hace que salió la Virgen

de la iglesia, y en este momento llega á la última casa del pueblo. Los campos se extienden sinuosos y oscuros; los montes se alzan á derecha é izquierda llenos de solemnidad, y toda la carretera, atestada de gente, se mueve en un continuo vaivén. Algunos adoptan posiciones en las vecinas alturas para presenciar el destile de la gran comitiva.

Y la procesión aun continúa su marcha fatigosa carretera adelante. Las campanas han callado, y sólo de tiempo en tiempo retumba á lo lejos algún morterete. Cansada de gritar, la multitud eleva los ojos al cielo azul, que empieza á aclararse. Las estrellas desfallecen entre parpadeos soñolientos; algunas ya no brillan; pero Sirio reluce con esplendor inusitado. Una leve zona blanca se anuncia y ensancha más allá de los montes. El nuevo día viene precedido de frescas ventolinás que hacen temblar los rizos en las frentes de las jóvenes y estremecen los cuerpos destemplados por el insomnio con nerviosas sensaciones de frío. La procesión se detiene ante una cruz mármorea erguida á la izquierda del camino, y los que van llegando asaltan los ribazos, se extienden por los vecinos campos, se acomodan en los bordes de la carretera. Y la Virgen avanza lentamente abriéndose difícil y angosto paso entre la muchedumbre arremolinada para enviarle su adiós final, su última súplica en demanda del milagro, su beso último que los dedos recogen con las lágrimas para lanzárselo más directo. Cuando se detiene ante la cruz, la aurora asoma por los montes, y á la cruda luz del amanecer los rostros ostentan huellas profundas de cansancio y de tristeza.

Como respondiendo á concertada señal, las campanas resuenan en prodigioso volteo; retumban los morteretes; la nerviosa cohetería asciende detonando por el espacio ó corre tortuosa é irascible entre los pies de la multitud... Millares de bocas claman infinitas despedidas: —¡Ya nos abandonas, prenda gloriosa!...

- ¡Salva á mi hijo, Virgen de la Sierra!...
- ¡Haz un milagro, Patrona de los Cielos!...
- ¡Hasta el año que viene, si mis ojos logran verte!...
- ¡Hasta la semana que viene, Virgen gitana!...
- ¡Adiós, Lucero de la Sierra!...
- ¡Viva la Virgen!... ¡Viva!...

Nubes de incienso envuelven á la Virgen. Cuando el aire empieza á aventarlas, unas cortinas ligeras como el humo del incienso y azules como el claro azul del cielo caen sobre ella. Las campanas callan; los cohetes dejan de alarmar, y las bocas enmudecen. Un llanto discreto fluye de los ojos. La Virgen reanuda su camino conducida por hercúleos mocetones, y la multitud retorna silenciosa al pueblo.

II

Don Clímaco observa lívido desde la puerta del Santuario las nubes negras que ruedan por la altura, y mira trémulo los estragos que la tormenta ha hecho. De cuando en cuando vuelve la cabeza y murmura: —¡Y es esto razón, Señora!... Detrás de él no hay nadie visible á quien pueda dirigirse. Un pasillo largo; una puerta cerrada á la izquierda; tres escalones á la derecha, y en lo alto otra puerta cerrada. Mirando desde afuera se advierte que la primera corresponde á la iglesia y la otra á la casa del capellán.

—¡Pero es esto razón! —insiste mirando en torno.

La plazoleta que él mismo allanó durante el estío está anegada, y los muros de que la rodeó acumulando piedras, apenas pueden sostenerse. Más á su diestra, el camino de dos metros que el también abrió entre rocas y despeñaderos, empleando la dinamita en unos sitios y terraplenando en otros, también exige reparos. ¡Para esto había consumido todo el tiempo que le dejaban libres las obligaciones del culto y el laboreo de los exiguos campos anejos al Santuario!

Después de reconocer los estragos de la lluvia, volvió á mirar iracundo las nubes pavorosas mostrándoles dos dientes y medio, negros, largos y amenazadores, que aun conservaba en la encía superior. Como si el cielo quisiera responder á su reto, le envió otro chaparrón. Don Clímaco dió media vuelta para dirigir una mirada entre rencorosa y suplicante hacia la puerta del Santuario.

—¡Qué va á ser de mí, buena Señora!... ¡Y en vísperas de tus fiestas!... ¿Por qué no has hecho un milagro para evitar estas aguas que me pierden y arruinan?...

Dos chiquillos sucios que chapoteaban en el barro calzados con esparteñas, acudieron al lado del capellán para defenderse

del agua. Don Clímaco descargó sobre ellos el peso de su enojo: —¡Á casa pronto, mocosos! ¿Qué hace la perra de vuestra madre que os deja andar por el barro? Bien se conoce que ella no os paga el calzado. ¡Á casa pronto!...

La dura mano de don Clímaco repetía los coscorriones sobre la cabeza mojada de los chiquillos.

De la casa próxima salió una joven rubia, de aire modesto y resignado: —¡Hijos de mis entrañas!

Y recogiendo el delantal les enjugó cabeza y cara con mimosa solicitud. Los muchachos callaron al sentir las caricias, y don Clímaco murmuró dulcificando el tono: —¡Valiente madraza!

Pero estaba de Dios que no se había de calmar. El chaparrón, á punto ya de extinguirse, recomenzaba ahora más furioso. EL agua se despeñaba de las rocas fronteras, corría por la plazoleta y derribaba las piedras que servían de muro.

—¿Hay paciencia para aguantar esto?... ¡Lo menos dos mil pesetas habrá de costarme!

La joven quiso tranquilizarle consultando el cielo.

—Pasará; pasará pronto. Y aun faltan tres días para la fiesta.

Don Clímaco se enfureció justamente:

—¡Eres un animal que no mereces el pan que te comes!... ¿Y la gente? ¿Te figuras que la gente vive á dos pasos de aquí? ¡Buen año se me espera!... No habrá fiesta; no habrá sermones; no me encargarán misas... Perderé dos mil pesetas, y luego veremos cómo os doy de comer á ti y estos leones que me devoráis vivo.

Y revolviéndose contra los rapazuelos, asidos á la falda de su madre, les añadió otro cachete. La joven tiró de ellos para

preservarlos de nuevas agresiones, y se metió en la casa.

El chaparrón fué breve, y algunos trechos azules empezaron á verse en lo alto. Don Clímaco abandonó el santuario, y hundiéndose en el lodo se alejó por la derecha para explorar á lo lejos. Al llegar al camino que el turbión había arruinado en parte, detúvose en firme, y aunque su alma no fuese de artista, sintióse sobrecogido ante la magnitud del espectáculo. Á sus pies se abría un abismo que los vapores de la lluvia hacían insondable. Luego se extendían largos, anchos, sinuosos campos, y allá muy lejos, grandes cordilleras casi invisibles bajo las rodantes nubes. Así había visto el sacerdote representado el caos en las estampas de sus libros.

Este espectáculo no podía entretener á don Clímaco: cuidados preferentes le solicitaban. Las paredes estaban semiderribadas; la plazoleta exigía pronta reparación para que los vendedores se instalasen al otro día. Inclinando el cuerpo, y haciendo bocina de las manos, empezó á llamar; pero nadie le dió respuesta. Las rachas de aire que arrastraban las nubes, llevábanse también sus palabras.

—¡Lucas! ¡Eustaquio!

Nadie respondía.

Don Clímaco empezó á renegar. ¿Es que todos se habían vuelto sordos?

—¡Juana! ¡Juana del demonio!

Tres ó cuatro veces tuvo que repetir la llamada, hasta que del seno de las nieblas salió una voz de mujer: —¿Manda usted, señor cura?

—Al infierno debía de mandarte.

—Es que estaba haciendo la cena para cuando vengan mis

hombres —remontó del abismo la voz de antes.

El cura renegó:

—Veneno tenías que hacerles. ¿Dónde están?

—En Betura á comprar esparto.

Don Clímaco tornó á maldecir, y mirando hacia su casa llamó por el color de su pelo á la joven que había entrado con los chiquillos. Cansado de vocear, fué en su busca á buen paso.

—¿Qué haces, zorra? ¿Tampoco tú me oyes?

La mujer apareció azorada en el portal.

—¡Pronto, que se hace tarde! Baja á San Nicolás, y dile al sinvergüenza de tu marido que venga al momento con sus hermanos. Oye, y de paso bájate á esos mocosos, y que tu madre los tenga mientras dura la fiesta.

La joven llamó á los pequeños y se puso en marcha sin replicar. Don Clímaco se remangó la sotana verdinegra para empezar el arreglo de la plazoleta, y antes de que la mujer hubiese desaparecido entre las breñas, le envió su último insulto: —Date prisa, y que no tarden esos gandules.

Aunque el sacerdote se desahogaba siempre con estos bruscos ultrajes —por los que nadie sentía agravio, conociendo su natural apacible— complacíase en aplicarlos al marido y á los cuñados de la *Rubia*, contra los que sentía invencible reconcomio. Véase por qué fundada razón. Don Clímaco había conseguido que la *Rubia* pasase á su servicio. El marido de la joven se enojó mucho, y apostándose con sus cuñados al pie de Peña Negra á la hora en que el capellán tomaba el sol, cayeron asociados sobre él, y le trataron inhumanamente. Pruebas indelebles del atropello eran el zurcido que de arriba á bajo le surcaba la sotana, y la rotura de un diente. ¡Cómo cre-

yó morir aquel día! El mayor de los hermanos le tuvo ya cogido por las piernas para despeñarlo monte abajo; pero el marido de la *Rubia* le contuvo á tiempo, dándose por bien cobrado de la ofensa. Luego hubo tratos. Don Clímaco se llevaría á la *Rubia*; pero á condición de alimentar también à los dos pequeñuelos como si fuesen sus propios hijos. Con esto y con preferir á los tres hombres que le maltrataron en los trabajos de sus campos, quedaron tan amigos como se puede ser en tales casos.

—¡Cuánto destrozo! —murmuraba don Clímaco reuniendo las piedras que había arrastrado la tormenta.— ¡Sólo falta que vuelva á llover y la gente no acuda!

Cuando más ocupado estaba en su tarea le distrajo el claro ruido de unas herraduras en el caminillo escabroso que á la plazoleta conducía. En seguida oyó muy cerca una voz que le gritaba: —¡Don Clímaco! ¡Don Clímaco!

Por la garganta próxima desembocaron dos caballeros.

—¡Don Manuel; don Pedro! —exclamó alborozado el capellán—. ¡Cómo tan pronto!

—¡Aquí nos tiene usted! —dijo uno de ellos descabalgando de una mula y entregándosela á don Clímaco.— El señor arcipreste llegará mañana con el alcalde y don Patricio, y nos ha suplicado que viniésemos delante para hacer algunos retoques á la Virgen.

—¿Ato las mulas á la reja ó las llevo á la cuadra? —preguntó el capellán recogiendo la del otro viajero.

—Mejor estarán dentro —le replicó el que hablaba descolgando las alforjas.

Era éste don Manuel, caballero rico, sesentón, aficionado á bromas y mujeres. En su mocedad había militado en las filas

carlistas. El tiempo y los viajes habían modificado paulatinamente sus creencias, y ahora pasaba casi por un demagogo. Decíase que sus huertos y cortijos quiso repartirlos entre los trabajadores del pueblo mediante la percepción de un canon que le permitiese vivir con holgura. El recelo campesino le hizo fracasar en su intento. Luego empezó á organizar á los obreros en sociedades de resistencia; pero la escasa diligencia de ellos fué motivo para que se aburriese pronto. En fin, con gran escándalo de las personas sensatas, defendía una doctrina mixta, algo así como una fórmula de transición de la propiedad individual á la colectiva. Según él, la tierra debía ser para los trabajadores que la cultivan y saben amarla, y el capital reservarse á la industria, que exige dirección inteligente y empleo asiduo de hombres.

El otro viajero era maestro de escuela. Hombre enfermizo y tímido, untuoso en sus maneras, pintor á veces y poeta sacro en todos los periódicos clericales de la región.

—¿Conque otro retoque á la Virgen? —preguntó don Clímaco cuando hubo colocado las caballerías.

—Esta es la tercera vez que he de poner en Ella mis pecadoras manos —murmuró el maestro—. Es mucha honra para mí; pero bien sabe Dios y nuestra bendita patrona que preferiría no tocarla.

Entonces tomó las alforjas, y de ellas sacó una caja, diciendo: —Conviene no perder tiempo, porque la tarde avanza.

Don Clímaco se dirigió á su casa para recoger la llave de la puerta interior que daba al Santuario. Don Manuel se entretuvo en contemplar la fachada y el pavimento.

—¡Es un dolor; es una herejía! —exclamaba—. Tenían que haberlos tirado desde Peña Negra.

—No le comprendo —murmuró su compañero.

—¡Pero no ve usted! Puro estilo árabe, que manos profanas han violado. Todo el arco de herradura blanqueado de cal, y al través de algunos desconchados aun se ven trazas de los primitivos arabescos, caprichosos y sutiles, picados ignominiosamente. ¿Y el pavimento? ¿Ha visto usted mayor pena? ¿Qué bárbaro habrá arrancado los azulejos? Aun se ven cinco en este rincón que pregonan el mérito de sus perdidos compañeros.

—¿Eran de mérito? —preguntó don Clímaco, que llegaba con la llave.

—Cualquier cosa hubiera dado yo por ellos.

—¡Quién lo supiera! Diez y ocho años hace que los arranqué para renovar el piso de la iglesia. Lo menos ocho cargas tuve que sacar con los escombros.

—¿Y qué hizo usted de ellas, don Clímaco?

—¿Qué hice? Las tiré á la cerrada.

—¡Ocho cargas de azulejos árabes! —exclamó dolorido don Manuel.

—¡Pero tanto valían! —interrogó arrepentido el capellán.

—¡Querido don Clímaco, es usted un animal!

Don Clímaco se mordió los labios y abrió la puerta.

—¡Y esto han hecho de tan linda joya! —volvió á exclamar don Manuel moviendo la cabeza en torno—. Baldosas blancas en vez de azulejos; muros enjalbegados llenos de estúpidas inscripciones y feos ex votos en lugar de los prodigios que sobre la piedra bordó el artista; un confesonario de pino frente á otro confesonario de roble que hace cinco siglos esculpió con devota inspiración algún desconocido maestro de la talla... ¡Horrible, abominable!...

—¡Por Dios, don Manuel! —observó tímidamente el maestro—. ¡Por Dios, que le está oyendo la Virgen!

Don Manuel todavía elevó su indignado acento:

—¿Y no es una injuria al buen gusto rodear la cara divinamente gitana de la Virgen con ese decorado, que tal vez no sentase mal á una Inmaculada de templo jesuítico, si los grandes soles dorados y las constelaciones azules de la cúpula no fuesen unos violentos manchones que crispan los nervios? ¡Querido don Clímaco, es usted un animal tolerando eso!

—¡Por Dios, don Manuel! —le reconvino el maestro santi-
guándose.

Don Clímaco estaba confuso y sin saber qué decir. Por fortuna acudieron en su auxilio voces del exterior. Era la *Rubia* que llegaba con su marido y sus hermanos, y le esperaban afuera.

III

El maestro se acercó al camarín de la Virgen para rezar un momento, y don Manuel se dirigió á la sacristía con la caja de pinturas. Desde la puerta misma se descubría la grandeza del espectáculo que un rato antes había cautivado al rudo don Clímaco. Con los ojos atónitos y el ánimo empequeñecido cruzó la sacristía, reposó el pecho en el alféizar de una ventana que daba al campo, y al abarcar toda la magnitud del cuadro, sintió un largo estremecimiento, la descarga que en el espíritu produce lo sublime. Enajenado balbuceó: —¡Miguel Ángel!... ¡Visión miquelangesca!...

Los pelos se le encresparon; sus ojos se dilataron más, y el corazón le pulsó con fuerza.

El cielo empezaba á aclararse, pero allá á lo lejos las nubes rodaban sombrías como gigantescos mundos miltonianos que estuviesen en perenne guerra. Rachas de viento huracanado las empujaban, las deshacían, las retorcían y las enviaban contra las grandes moles fijas de Sierra Nevada y de Sierra Segura. Á derecha é izquierda alzábanse altas montañas de aterciopelado azul recién lavadas por la lluvia, y entre unas y otras abríase el largo y hondo abismo tupido por las neblinas inquietas. Un ruido ensordecedor y profundo llenaba de secreto pavor el pecho de don Manuel: á cuatro pasos de él abríase una angosta cerrada. El empuje secular de las aguas había desgastado una roca enorme, habíala horadado, y por su seno corría impetuoso el torrente, lanzábase espumoso de pena en peña, hasta hundirse en inexploradas profundidades donde rugía y bramaba. Con este ronco estruendo confundíanse otros que la distancia iba atenuando: eran las linfas que murmuraban en la Gruta de los Adarves, reían en la fantástica Gruta del Agua, cantaban á lo largo de la verde cañada cubierta por las adelfas y zarzamoras. Á su izquierda alzábase

el ruinoso castillo de las hazañosas leyendas, límite del granadino reino, cien veces conquistado por los moriscos y otras tantas recobrado por los cristianos. Y más á la izquierda del castillo veía alzarse escueta y embozada en el obscuro manto de las nubes á la fantástica Peña Negra. Desde aquella ventana que daba al abismo, los ojos atónitos de don Manuel no paraban de viajar desde la nebulosa cúspide hasta Sierra Nevada, que se erguía á diez y ocho leguas, y se maravillaba del milagro de equilibrio con que se sostenía este vecino monolito. Pensando en el Rocher Bayard de Dinand, que admiró en otro tiempo, sentíase orgulloso de tener tan cerca de su pueblo á esta desconocida reina de las rocas. ¿Qué eres tú, pobre Rocher Bayard, comparado con la insigne Peña Negra, cuya testa sólo besan las nubes y las águilas? Otro nombre pasó fulgurando por el recuerdo del absorto espectador, y otra frase se le escapó ahogada: —¡Emerson!... ¡La propiedad del poeta!

¿Cuánto habría que pagar si este espectáculo tuviese precio? Pero esto no se paga; es la propiedad exclusiva del poeta que puede contemplarlo con los divinos ojos del alma. ¡Qué pobres son los ricos! Don Manuel había subido á los Pirineos durante su juventud heroica al servicio de don Carlos; luego había morado en las ciudades acuáticas de Italia y Holanda; había contemplado desde el Vesubio el Mediterráneo chispeando bajo el sol; había navegado en viajes de amor por los lagos de Suiza, y se había perdido entre las silenciosas nieves del San Gotardo; pero ningún espectáculo de su varia é intensa vida habíale impresionado como el espectáculo de este día por lo bravío y único.

—¡Unico, único! —iba murmurando al retirarse de la ventana.

Y ya no le quedaron fuerzas para indignarse contra las injurias que la codicia y la ignorancia habían consumado en la

sacristía. Con ojos melancólicos se detuvo ante una vieja cajonera de roble carcomido, que aun conservaba dos cajones de primorosa talla representando escenas de la pasión de Cristo. Los otros cuatro eran blancos, de vil pino blanco, claveteados por algún carpintero de las aldehuelas dispersas en los repliegues del valle. Don Manuel había oído hablar de las riquezas artísticas que guardaba esta sacristía; pero al ver abiertos los cajones asaltóle un mordaz presentimiento. ¿No habrían desaparecido, víctimas de la avaricia ó de la estultez, como los mosaicos árabes, los cajones tallados y los diamantes de la gran corona sustituidos por vidrios falaces? Don Manuel repasó uno tras otro los seis cajones, y de los preciados ornamentos antiguos sólo encontró un cáliz del siglo XVI y una estola sucia y deshilachada, obra del siglo XIII.

Cuando el maestro hubo terminado sus largas preces, entró en la sacristía con paso meticoloso para advertir á su amigo.

—Cuando usted guste, don Manuel...

Este se apresuró á cerrar los cajones.

—¡Vamos, vamos, que se hace tarde!

Ambos salieron á la iglesia para pasar al camarín de la Virgen.

—¿Llamo á don Clímaco? —preguntó el maestro.

—¿Para qué, don Pedro?

—Para trasladar á Nuestra Señora.

—¡Bah, es pequeña y los dos nos sobramos!

—¿Y el palo?

—¡Qué palo!

—El báculo de San Ofidio. ¿No sabe usted que si el báculo no la precede la Virgen no se mueve?

Don Manuel miró á su compañero entre asombrado é irónico, y tomando por una escalerilla que había á la izquierda del presbiterio, subió el camarín. Don Pedro le siguió temeroso.

—¡No la toque, don Manuel! ¡No la toque por Dios!

Y prosternándose á su lado, volvió á orar brevemente.

Luego, sin desviar su mirada del rostro moreno y agrietado de la Virgen, se excusó piadosamente de tener que llegar á ella con sus indignas manos.

—¿Ha traído usted la pasta, don Manuel?

—En la sacristía está.

—Es preciso retocar su santa cara; mire usted las grietas abiertas. ¿Y la frente? Veamos la frente.

Al llegar á la corona para destocar á la Virgen, don Pedro sintió un súbito terror religioso, y cayendo otra vez de rodillas, imploró con las manos cruzadas á la Reina de los cielos que le perdonase la audacia de tocar á ella.

Fortalecido con esta súplica, levantó la corona, la besó dulce y devotamente y se la presentó á su compañero. Menos respetuoso éste, la dejó en un escalón aterciopelado del camarín.

Don Pedro acabó de destocar á la Virgen, quedando al descubierto dos grandes hendiduras que le dividían cabeza y frente. Santiguándose, exclamó: —¡Milagro, don Manuel! Sólo hace cuatro años que cubrí estas horribles heridas que los infieles hicieron á Nuestra Señora, y véalas otra vez abiertas. Créame usted: es un milagro de Ella para recordarnos que los moros vencedores la arrojaron impiamente á la Cueva del Agua, para transformar su santuario en cuadra de Mahoma.

Don Manuel se limitó á decirle:

—Bajémosla, que se hace tarde.

Y como intentase levantarla, el maestro le detuvo aterrado: — ¡Qué va usted á hacer, pecador! ¿Cree que la Virgen podrá moverse sin que el báculo vaya delante? Espere, atrevido, que en seguida vuelvo con don Clímaco.

Don Pedro descendió rápidamente del camarín, cruzó la iglesia, y salió á la plazoleta donde el capellán y la familia de la *Rubia* se afanaban en reparar los destrozos del turbión.

—¡El báculo, don Clímaco; el báculo de San Ofidio! Pero dése prisa, porque ese empecatado de don Manuel es capaz de hacer un desatino.

—¡Eh! —exclamó don Clímaco.

—¡Pues no quería trasladar á la Virgen sin que la precediese el báculo!

El capellán hizo un gesto de asombro.

—¡Jesús, María y José!... Moriría en el acto.

Y dando algunas instrucciones á los hombres, entró en su casa para recoger el báculo del bendito Santo Ofidio. Provisto de él, dirigiéronse ambos amigos al Santuario. Ante la puerta se detuvieron helados... El camarín estaba vacío... ¡La Virgen de la Sierra no resplandecía sobre su argentada peana!

Don Clímaco miró estupefacto al maestro. Don Pedro estaba pálido, y apoyado en el quicial, movía los labios en oración. Cuando hubo terminado miró interrogativo á don Clímaco, y ambos se contemplaron sin saber qué decirse. Luego dirigieron una instintiva mirada hacia el camarín donde don Manuel tenía que yacer fulminado; pero no vieron nada.

—¡Será posible! —murmuró el sacerdote.

Como si fuese un eco, repitió don Pedro:

—¡Será posible!

Un rumor apagado llegó hasta ellos. Los dos hombres volvieron á mirarse, y avanzaron con timidez por la iglesia. El maestro alzaba los ojos hacia el camarín vacío, y los dirigía en seguida hacia el rectángulo de luz que trazaba la puerta de la sacristía. Al llegar junto á ésta, miró temblando. Don Manuel estaba sentado ante la ventana, y se entretenía en desnudar á la Virgen, que tenía apoyada en una silla.

Don Pedro se santiguó y le dijo con voz ahogada: —¡Don Manuel!

Su amigo volvió sorprendido la cabeza, y al verlo tan pálido exclamó: —¡Qué sucede!

—¡Á mí! ¡Á mí, nada! ¿Y á usted?

—¿Yo?...

—¿No le ha ocurrido?...

—¿Qué ha de ocurrirme, don Pedro?

Don Clímaco murmuró:

—¡Es usted el mismo diablo, don Manuel!... ¡Perdón, Virgen Santa!...

—¿Por qué? —le consultó el forastero.

—¡Atreverse á traer Nuestra Señora sin precederla el báculo!

—¡Ah!...

El capellán contempló largo rato el palo que tenía entre las

manos, y sin saber qué hacer de él. Luego aconsejó al impío: —¡Pero guarde usted el secreto, don Manuel; guarde el secreto! Dirían que mentía, ó pensarían que se burlaba. ¡Ni una palabra, don Manuel!

Este había concluido de desnudar á la Virgen. Una brillante lámina de plata recubría su cuerpo, y dentro de la sólida envoltura sonaban los restos.

—¿En cuántos pedazos quedó deshecha? —preguntó don Manuel mientras el maestro preparaba la pasta para cubrir las grietas.

—En mil setecientos catorce —le replicó don Clímaco.

—Me parecen muchos.

—Ni uno menos hay encerrados en esa camisa de plata.

—¿Y no faltó ninguno?

—Todos los encontraron los cristianos victoriosos en la Gruta del Agua cuando reconquistaron el castillo y el Santuario á la morisma infiel.

—Es extraño que al arrojar á la Virgen el torrente no se llevase sus pedazos.

—¡Ahí está el milagro, don Manuel!

—¿Y cómo los sacaron todos siendo la cueva tan honda, y llevando siempre tanta agua?

Don Clímaco no respondió. Fuera le esperaban sus hombres, y tuvo que separarse de los huéspedes.

Luego de orar otro rato, don Pedro se decidió á comenzar los retoques. Con gran tiento y esmero fué cubriendo de pasta las grietas de la cabeza y rostro. Cuando hubo terminado este

preliminar trabajo, preparó la pintura. Don Manuel le aconsejó que la cara de la Virgen debía ser más oscura.

—¿Por qué? —le interrogó su amigo.

—¿No es la Virgen de la Sierra? Pues cara de serrana, y las serranas, viéndose tan bien personificadas en ella, la amarán mucho más.

El maestro no necesitó otras razones para convencerse, y recargando el negro, hizo lo que su compañero le aconsejaba. Á mitad de su piadosa tarea le interrumpió don Manuel: —La verdad es que, si pudiésemos contemplar á esta Virgen con ojos de artista, libres de la devoción que tan simpática nos la hace, podría decirse que no es muy bella.

Don Pedro le miró con ojos atónitos:

—¡Don Manuel! ¡Don Manuel!...

—¡Le diré á usted, don Pedro! Tiene un encanto que yo no puedo explicarme; pero convenga usted en que como obra de arte...

—¡Pero si es adorable esta divina prenda, señor mío!

—Sin duda. Es adorable, y todos la adoramos; pero yo aseguraría que es una imagen egipcia.

—¡Calle esa boca! ¡Usted ha perdido el juicio, ó Satanás le ha tentado!

—¡Perdone usted, don Pedro! Yo no quisiera agraviar á Nuestra Señora; pero al verla, yo no puedo por menos de pensar en alguna Isis antigua revalidada cristiana.

El maestro cogió la Virgen y se la acercó á su amigo: — ¡Demándeles perdón, y no diga blasfemias!... ¿Ha olvidado usted que es obra de Santiago, hermano de Nuestro Señor

Jesucristo, y que el bienaventurado San Ofidio la encontró entre estos riscos en el siglo IV de nuestra Era?

—Es posible; es posible.

—No lo dude, don Manuel, que eso es pecado.

Cuando hubo terminado su obra, don Pedro se recreó en ella mirándola con ojos húmedos.

—Tenía usted razón, mi querido amigo. Aunque ya era morena, la Virgen gana en expresión y gracia dejándola más morena...

—Y más egipcia también.

—¡Sea usted respetuoso, don Manuel!

—Y ahora. ¿La dejaremos aquí hasta que esté seca, ó la trasladaremos á su camarín?

—Aquí no está bien; tendremos que llevarla á su sitio.

—¿Desnuda?

—No. La *Rubia* la revestirá, y cuando se haya secado en el altar no habrá más que ponerle las tocas y cubrirla con su corona.

Avisada por don Pedro, acudió la *Rubia* con limpios pañizuelos y el manto suntuoso de las grandes solemnidades. Don Manuel se quedó suspenso ante la aparición de aquella ingenua flor de la sierra, fuerte y bella, realizada por el apocamiento del ánimo y el rubor creciente que la hacía inclinar sus grandes ojos azules viéndose entre extraños.

—¿Cómo te llamas? ¿Quiénes son tus padres? ¿Eres soltera? ¿Qué haces en este sitio?

Don Manuel iba preguntando, y la *Rubia* contestaba con débil

y temblorosa voz. Las últimas interrogaciones pusieronla en gran aprieto. Don Pedro tuvo que intervenir: —¡Déjela usted, don Manuel, y acabemos presto!

Pero don Manuel no le hacía caso. Los sesenta años aún no habían cerrado el ciclo de sus aventuras, y de tiempo en tiempo todavía comentaba la gente alguna hazaña del antiguo oficial carlista.

—¿Y no preferirías venirte al pueblo y servirme á mí mejor que á don Clímaco?

—¡Don Manuel, que está usted ante la Virgen! —gritó el excelente maestro lleno de angustias y trasudores.

Luego tosió fuerte para acallar ó no oír las palabras de su compañero, si proseguía aquellos perversos discursos, y ofreciendo una silla á la *Rubia*, le dijo: —No haga caso, hija mía, y comienza tu buena tarea.

Don Manuel acercó los paños, y al recibirlos la *Rubia*, sintió presas y estrujadas sus manos. El maestro elevó sus ojos al cielo en demanda de perdón, y se arrodilló ante la joven para ayudarla en el piadoso trabajo. La *Rubia* extendió sobre su falda un pañizuelo de finísima batista para envolver el cuerpo de la Virgen. Don Manuel acudió con la imagen, y hubo un momento de indecisión, porque ella no se atrevía á aceptar la divina entrega por miedo de que sus manos sufriesen otra sacrílega prisión. Don Manuel esperó otro momento, pero al ver que la *Rubia* no se decidía á extender los brazos, depositó sobre la blanca batista su preciosa carga.

—¡Eso no es digno, don Manuel! —gritó sofocado el maestro.

—¡Pues!...

—¡Pues!

Bien sabía él por qué hablaba. Y la *Rubia* también, cuyas lágrimas pugnaron por correr al recibir los dos pellizcos en sus muslos carnosos. Luego sucedió un largo mutismo. Don Pedro y la *Rubia* rezaban. Ella envolvía el diminuto cuerpo de la Virgen en los finos paños que el devoto la ofrecía, y en su rostro, ya encalmado, había toda la dulzura luminosa de la madre que atavía á su hija. Don Manuel se había sentado junto á ella para contemplarla más de cerca, y no pudiendo resistir el hechizo de aquella serenidad beata, alargó el brazo y ciñó fuertemente la cintura de la joven.

La *Rubia* lanzó un grito de sobresalto y se puso de pie. La Virgen cayó sobre el maestro, rebotó y dió en el suelo.

—¡Virgen santísima! exclamó aterrado don Pedro.

Y por tres veces se santiguó temblando. La *Rubia* hizo lo mismo, y ambos miraron á don Manuel, como si en él hubiese encarnado el enemigo malo.

IV

La sordidez del capellán era proverbial en todas las aldeas de la sierra.

«Eres más ruin que don Clímaco», acostumbraban á decir.

Don Manuel estaba seguro de que se moriría de hambre entre aquellos breñales si confiaba en don Clímaco, y había abastecido sus alforjas de abundante comida y rancio vino de Valdepeñas. La *Rubia* surtió la mesa con aquellas suculencias, y el capellán comía y bebía estimulado por su rico amigo, que parecía complacido viéndole tan jovial.

—¡Cuenta las estrellas! —decíale don Manuel.

Don Clímaco empinaba la bota, y mirando por el ancho cañón de la chimenea, bebía y contaba largo tiempo. El vino glugluba en sus hondas fauces, y al terminar reía la gracia, pasándose la mano por la boca y mostrando sus dos dientes y medio.

—¡Muchas!... ¡Sería capaz de contar todo el camino de Santiago!

La *Rubia* no estaba tan contenta. Sentíase desazonada, y varias veces tuvo que decirle don Clímaco: —¿Pero qué te sucede esta noche? Cualquiera diría que te molestan las pulgas ó que llevas por el cuerpo pica-pica.

También don Pedro estaba nervioso. Costábale trabajo deglutir los bocados, y tan pronto elevaba los ojos al cielo —y no para contar las estrellas, á imitación de don Clímaco—, como los fijaba en su compañero de viaje, mostrándole enojo.

Sólo don Manuel se asociaba á la jovialidad del cura, comiendo bien y bebiendo largo.

—¿Te vas á estar quieta? —repitió don Clímaco á la *Rubia* con agrio gesto.

La joven había dado tan brusca sacudida, que la mesa retembló y dos vasos rodaron.

Á mitad de la cena estaba el capellán tan contento, que por primera vez en su vida reveló un secreto. El Santuario le rendía cuatro mil pesetas anuales.

—Cuatro mil, ¿eh? ¡Pero no lo digan!

Los dos amigos se lo prometieron.

—¡Caramba, caramba! ¡Y pensar que el señor obispo quiso relevarme este invierno por hacerle creer que ganaba muy poco!

Y don Clímaco hizo un guiño picaresco.

—¡Ah! ¿si?... ¿Y cómo fué ello? —le preguntó don Manuel.

—¡Estate quieta, *Rubia*!... Pues verán ustedes. El señor obispo quiso visitar á la Virgen y conocer estos alrededores. Como yo no soy tonto, y sé que en Palacio rondan muchos niños bonitos á la caza de gangas, me dije: ¡Alerta, Clímaco, que tu puesto peligra!... ¡Y dale, *Rubia*!... ¿Y qué hice?... Como yo soy muy listo, me fingí mucho más pobre de lo que era, y salí á recibir al señor obispo con alpargatas de esparto y con esta sotana remendada que ven ustedes. Su Ilustrísima me miró atentamente sin decir nada, y al entrar en la casa, volvió á mirarme. Todo muy limpio, eso sí; pero á casa del sacristán llevé casi todo: camas, sofá, baúles. Sólo dejé una sartén y dos pucheros; una silla rota y varios platos viejos. El señor obispo se admiró de tanta pobreza. «El Santuario no rinde para más —le dije muy tímido— y los campitos que lo rodean tengo que cultivarlos yo mismo, porque las tierras son malas y apenas rinden». «¿Y cómo vive usted, pobre ami-

go?», me dijo él. «Pues comiendo patatas y hortalizas que planto en el huerto; y gracias que un buen feligrés me trajo ayer una gallinita para que se regale Su Ilustrísima...» ¿Se puede saber qué te pasa, *Rubia*?... Ustedes no pueden figurarse las preguntas que entonces me hizo: «¿Y dónde duerme usted, don Clímaco?» «Pues en este mismo banco de la cocina, señor obispo: en él pasará Su Ilustrísima la noche; pero no se apure: como es ancho y tengo dos buenos colchoncitos, se los pondré á Su Ilustrísima y aquí, al lado del fuego (la leña no falta, gracias al Señor, en estas montañas) dormirá Su Ilustrísima tan ricamente.» «Pues yo tenía entendido que el Santuario era muy productivo.» «Y es cierto, señor obispo: las limosnas son numerosas; pero eso pertenece á la Virgen y la Cofradía se encarga de administrar los productos. ¿Pero qué quiere Su Ilustrísima que me llegue á mí, pobre capellán? Las cincuenta ó sesenta misitas que cada año me encargan los buenos devotos que vienen á la fiesta, y pare Su Ilustrísima de contar; pues los feligreses son tan pobres que se amontonan en vez de casarse, y á la mayoría tengo que enterrarlos gratis, y aun los hay á quienes he de darles algo de lo poco que me sobra. ¡Pero, no me quejo, señor obispo; no me quejo! Aquí vivo en santa paz y gracia.» «¿Y no querría usted mejorar de situación, don Clímaco?» «¡Oh, no; no, señor obispo!» «¡Es que me da lástima de usted, buen amigo; tantos años lejos de los hombres, en esta negra miseria y en una especie de destierro que reviste aspecto de castigo! Confíe en mí, don Clímaco, que no tardaré en darle mejor destino...» ¡Y dale que le darás, *Rubia*; pues no parece que estás hoy azogada!... ¡Figúrense ustedes el temblor que me entró escuchando al señor obispo! Por fingirme pobre, yo mismo me condenaba á la pobreza perdiendo el Santuario. «¡Por la Virgen, señor obispo! No me separe Su Ilustrísima de Ella, si no quiere matarme de pena. Nuestra Señora de la Sierra es mi madre, y mi hija, y toda mi familia, y el día en que me separen de ella será el último de mi vida! ¡Por caridad, señor obispo! Prefiero vi-

vir mendigo al lado de mi Virgen, á gobernar diócesis, con perdón de Su Ilustríma sea dicho...» En fin, consintió en dejarme aquí. Luego se acostó en este banco de la izquierda; sus dos acompañantes se acomodaron lo mejor que pudieron en ese otro, y yo me fui á pasar la noche en casa del sacristán.

Un grito ahogado de la *Rubia*, hizo exclamar á don Clímaco: —¿Qué demonio te ocurre hoy?

Las lágrimas estaban á punto de saltarle y sus dulces ojos inclinados parecían más bellos.

Don Clímaco descargó un puñetazo en la mesa.

—¿Quieres hablar, mujer?

La *Rubia* balbuceó una excusa. ¡Nada!... ¡Un dolor; que no se sentía muy bien!

—¡Pues arregla la cama á estos señores, y á dormir!

Hasta que la *Rubia* no se levantó, don Pedro apenas pudo respirar. Había observado todos los manejos que don Manuel sostenía con pies y manos, y antes que la joven en las blandas vecindades de la silla había sentido él en las honduras de su corazón atribulado el último pellizco de su travieso amigo.

—¡Á la paz de Dios! —gritaron desde la puerta.

—¡Adelante, tío Cleto! —respondió el capellán.

Entró un vejete calzado con esparteñas y el gorro en la mano. Al ver la mesa tan bien puesta y á dos caballeros sentados, se quedó suspenso. Don Clímaco hizo la presentación.

—Mi único amigo en estas alturas; tío Cleto el sacristán. ¡Ochenta años y aun está para vivir cuarenta, si Dios no dispone otra cosa mejor!

El sacristán se inclinó ante los extraños:

—Así lo espero para servir á don Manuel Fernández de Celis y á don Pedro de Alcaraz.

—¿Los conoce usted? —le preguntó el capellán.

—¡Pues no faltaba más! Sobre todo, á don Manuel. Su padre (q. d. D. g.) era grande amigo mío. ¡Buena persona!... ¡Mucho dinero y muy cabal con los pobres!... Y por cierto que era aficionado á las muchachas guapas, y en esto creo que se le parece su hijo... Me acuerdo que rondando un día por estas montañas...

Don Clímaco atajó al parlador vejete viendo que la *Rubia* acudía con los colchones.

—Dejemos esas historias para mañana, y dígame qué le trae á estas horas.

—¡Pues verá usted!... He llegado ahora mismo de Betura, y tío Alonso Colmenares me ha dicho...

Don Clímaco saltó en la silla:

—¡Cómo! ¿no viene este año el tío Alonso?

—Espere por Dios, señor mío. ¿No sabe usted que hizo promesa á la Virgen de subir cada año? Pero tío Alonso tiene trabajo en casa, y no podrá acudir el día de la fiesta.

—¿Retrasa el viaje?

—Al contrario; me ha dicho que le avise para que la misa de mañana se la dedique á él, y que esté usted levantado con el alba, pues á las siete desea ir de vuelta con su mujer.

—¡Bravo, tío Cleto! ¡Vaya un trago por el mandado!

Mientras el sacristán bebía, don Clímaco explicó á sus hués-

pedes quién era tío Alonso Colmenares: un labrador muy rico de Betura, que estuvo imposibilitado de andar diez y ocho años por unos reumas agudos. Hacía seis que le subieron en una camilla al santuario, y con tanto fervor imploró su curación á la Virgen, que fué oído. Tío Alonso mismo explicaba el milagro á cuantos querían oírle diciendo que Nuestra Señora de la Sierra inclinó misericordiosa la cabeza, y una voz dulce y secreta le repitió al oído las palabras de Cristo á Lázaro: «Levántate y anda.» Súbitamente sintió que una onda vivificante de calor circulaba por sus ateridas venas. Con gran pasmo de los que le rodeaban, el tío Alonso se levantó de la camilla, y acudió á prosternarse ante la Virgen milagrosa para rendirle gracias... Don Clímaco estimaba mucho á este devoto asiduo que siempre le encargaba cinco misas de á duro, un sermón de á cuatro, y nunca se olvidaba de llevarle un jamón bien curado y media docena de gallinas.

—¿Conque al amanecer, tío Cleto? —interrogó don Clímaco cuando hubo informado á sus amigos.

—Así me lo ha dicho.

—¿Y sólo vendrá con su mujer?

—Con tía Basilisa solamente.

—Tanto mejor; porque de ese modo no predicaré más que à ellos. Siempre impone la gente cuando le coge á uno sin preparación.

—¿Manda usted algo más, señor cura?

—¡Vaya el último trago, tío Cleto; y que pase buena noche!

El sacristán empinó la bota largo rato, y despidiéndose de todos con mil cumplidos se dirigió á su albergue, enclavado entre dos rocas vecinas del castillo.

Entretanto, la *Rubia* había acomodado los colchones en los poyos de la cocina, y acababa ahora de recubrirlos con limpias sábanas. Don Manuel se dirigió risueño al capellán: — ¡De manera que no quiere usted tratarnos peor que á Su Ilustrísima! Es mucha honra tener el mismo lecho que un obispo.

Don Clímaco también sonrió:

— ¡Si quiere usted mi cama!... La casa de la Virgen está cerrada, y aquí sólo hay dos habitaciones: la de la *Rubia* y la mía.

Don Manuel se excusó. La joven levantó los manteles, y encendiendo un candil, cruzó la cocina y se metió en su cuarto, que estaba enfrente.

Los tres hombres siguieron conversando algún tiempo, hasta que la fatiga y el sueño rindieron al maestro. Don Clímaco se despidió de los forasteros, y abriendo una puerta situada á la derecha de la cocina se acogió á su habitación.

Don Manuel se despojó de chaqueta y botas, y dando muestras de gran cansancio, se dejó caer en el poyo que le servía de lecho. El maestro permaneció algún tiempo arrodillado en el suelo y repasando las cuentas de su rosario. Luego se desnudó parsimoniosamente, se anudó un pañuelo á la cabeza y desplomándose en su banco se quedó al instante dormido.

Una hora había pasado desde que el silencio se estableció en la casa, cuando don Manuel se incorporó en su dura cama prestando atento oído. El maestro dormía allí enfrente respirando con ritmo dulce é igual. Al través de la puerta próxima llegaban los ronquidos de don Clímaco.

Don Manuel saltó del banco, y después de orientarse en las tinieblas, cruzó la cocina palpando con tiento para no tropezar. Cuando tocó en la pared frontera la repasó con las manos hasta encontrar la puerta que buscaba. Á una ligera presión,

cedieron suavemente las maderas. ¡La *Rubia* no había cerrado! Otro empujón, y la puerta exhaló un gemido. Don Manuel sintió que la sangre se le helaba y permaneció inmóvil temiendo que alguien despertase. La respiración del maestro percibíala aún dulce é igual y don Clímaco seguía roncando. Con mucho tino para no ser advertido, siguió empujando el desvelado caballero, y ya le faltaba poco para poder entrar, cuando á un nuevo empuje nervioso gimió la puerta más fuerte que antes. Al mismo tiempo sonó un ronquido más largo y sonoro. Don Clímaco empezó á toser y á pronunciar palabras ininteligibles: «¿Me habrá oído?», pensó don Manuel. Fuese la frialdad del suelo ó natural impulso contenido por la intensidad de la atención fija en el vedado objeto que buscaba, sintió deseo de toser oyendo la tos de don Clímaco, y tan irrefrenable fué el acceso, que hubo de retornar prestamente á su lecho para no ser traicionado por el ruido; pero al marchar entre tinieblas perdió el sentido del lugar y fué á caer en el banco de don Pedro.

—¿Quién va? —preguntó el maestro despertando sobresaltado.

Don Manuel quiso alejarse, pero con la precipitación, tropezó en una silla y cayó al suelo.

El maestro empezó á gritar despavorido:

—¡Socorro!... ¡Ladrones!... ¡Que me matan!...

Á sus gritos se desveló don Clímaco y prestó atención á los ruidos de afuera. Don Manuel se había levantado; pero en su zozobra volvió á tropezar en la mesa, que rodó con gran estrépito.

—¡Ladrones!... ¡Socorro!... ¡Que me matan!... —siguió voceando el maestro.

El capellán ya no quiso esperar. Saltando ágilmente de la ca-

ma, se abalanzó á la puerta y le echó doble llave. En seguida corrió el cerrojo, y como aún no se creía bien seguro, arrimó el sofá; reforzó el sofá con un baúl.

—¡Socorro, don Manuel! —insistió el empavorecido maestro.

Don Manuel consiguió reponerse.

—¡Qué escándalo es este, don Pedro!... ¡Cualquiera diría que va ya camino del infierno!

La voz tranquila de su amigo empezó á serenarle, pero los restos del miedo no le consintieron ahora hablar.

Don Manuel siguió removiendo sillas. Luego encendió un fósforo para alumbrar el candil.

Don Pedro estaba pálido y desencajado, y con el pañuelo que le había servido de gorro, se enjugaba el frío sudor que le manaba de la frente y le corría por el rostro.

—¡Ah, pero no eran ladrones! —murmuró cuando pudo alentar.

—¡Qué demonio de ladrones! Era yo, que me he desvelado y buscando el tabaco y las cerillas he tropezado en la obscuridad.

—¡Qué susto me he ganado, don Manuel!

—¡Bien se le conoce!

Don Manuel sacó la petaca y lió un cigarrillo. Mientras lo encendía en el candil, resonó la voz de don Clímaco fingiendo serenidad.

—¿Qué sucede, señores? ¿Está alguien enfermo?

El rondador se mordió los labios para no reir:

—¡Nada, don Clímaco! Un tropezón: puede usted dormir tranquilo.

Después de fumar un rato apagó el candil y volvió á acostarse.

Media hora después, la respiración del maestro se oía dulce é igual. Don Clímaco empezó á roncar.

Don Manuel esperó otra media hora, y cuando creyó á los dos bien dormidos, se alzó de la cama, recorrió la cocina con más cuidado que antes y encontró la puerta de la *Rubia* como la había dejado. Con gran pulso fué entreabriéndola algunas pulgadas más hasta que pudo pasar su cuerpo.

Dentro ya, asaltóle una duda. ¿Por qué lado estaría la cama? ¿Y si al despertar la *Rubia* gritaba como don Pedro?... ¡Don Clímaco celoso; una escena de violencia!... Instintivamente se llevó la mano al bolsillo del chaleco. Allí estaba, fría y menuda, la pistola Browning... ¡Un tiro, un hombre muerto! De súbito le acudieron al recuerdo sus peligrosas aventuras por las villas pirenaicas en tiempos de la guerra civil; el asalto después de los cortijos en busca de las mozas más garridas; sus nocturnas excursiones por las callejas negras y tortuosas en días de tormenta, el revólver en la cintura y el corazón animoso, cuando los padres y los maridos agraviados habían hecho juramento de matarle. ¿Qué podía temer ahora de este pobre don Clímaco, que afianzaba su puerta murándola con baúles al oír unos gritos de alarma?... Alargando los brazos, paseólos en torno, y avanzó en las tinieblas. En seguida retrocedió. No; mejor era seguir sin desviarse de la pared; y así prosiguió, exagerando las precauciones, hasta tocar un cuerpo duro: un arca. Después dió con un armario. Sin desviarse de la pared llegó á un rincón. ¿Estaría el testero de la cama en este lado? ¿Estaría en el otro? Y aun continuó lleno de dudas, y obstinado en no retroceder, hasta tocar una silla... En la

silla había ropas de mujer... Un largo estremecimiento de temor y de placer le corrió de arriba á abajo: ¡la *Rubia* estaba cerca! Dominando el nervioso temblor de sus piernas, reprimiendo el aliento con el que parecía huírsele el alma, adelantó un poco las manos, avanzó á rastras los pies... ¡El lecho de la *Rubia* estaba allí!... El corazón le batió tan fuerte, que hubo de acudir á él con la izquierda... ¿Qué hacer ahora? ¿El asalto brutal cómo le incitaba su sangre en ebullición, que al martillarle en las sienas le enajenaba el juicio? ¿La caricia suave? ¿El nombre de ella pronunciado con voz enamorada y desfalleciente?... Primero fueron las astutas manos quienes fueron á la descubierta del codiciado objeto palpando muy poco á poco... ¡Nada; la cama estaba allí; pero la *Rubia* no estaba!...

Don Manuel se sintió frío y desalentado. Volvió á palpar con ánimos de retirarse en seguida, y advirtió que la cama estaba hecha. ¿Cómo la ropa al lado, y el nido intacto? La esperanza le renació súbitamente. «La habitación será grande — pensó— y tendrá dos lechos: busquemos al lado.» Y separándose con tino, volvió á caminar en las sombras. ¿Dónde estaba? Habíase alejado de la pared, y otra vez perdió la noción del lugar. ¿Tendría que retroceder hasta tocar en un muro y proseguir esta interminable excursión por un cuarto? Una temeraria idea le asaltó: encender una cerilla para salir pronto de dudas. ¿Y si despierta y grita aterrada?... «¡Bah, terminemos de una», pensó. Y buscando la caja, encendió en el pantalón para no hacer ruido. La llama vaciló un momento. Don Manuel alzó el brazo para explorar la grande y destartalada habitación... ¡La *Rubia* no estaba!...

Primero sintió un acceso de cólera; después una tentación de risa.

—¡Demonio!... ¡Esta sí que es buena!...

La cerilla se le agotó achicharrándole los dedos, y volvió à encender. En la cama había ligeras huellas de un cuerpo, y la ropa abandonada era seguramente la de la *Rubia*. Hecho este reconocimiento, encendió por tercera vez para rematar la inspección del cuarto. Allá, junto al rincón de la izquierda, había una puerta de madera que comunicaba con otro aposento.

—¡Muy bien, don Clímaco!... ¡Bien me la has jugado!

Murmuró el rondador sin poder reprimir la risa.

Ya iba á retirarse, cuando bruscamente cambió de parecer.

—Me acostaré aquí y veremos la cara que mañana pone don Clímaco.

Y desnudándose alegre, se metió en la blanda cama de la *Rubia*. Un rato después dormía profundamente.

El sacristán empezó á voltear la campana del Santuario antes de apuntar la aurora. Tío Alonso Colmenares acababa de llegar con su mujer. Sin necesidad de que le despertase el bronce, don Clímaco estaba ya desvelado al tocar la señal, y vistiéndose de prisa, salió á la cocina. Don Pedro dormía con la tranquilidad de un justo; pero don Manuel faltaba. El capellán tomó asiento en una silla y encendió un cigarro, hasta que el segundo volteo de la campana le anunció que era tiempo de revestirse para decir la misa. Entonces miró alrededor. La puerta que daba al corral —donde don Clímaco suponía á su amigo— estaba cerrada; la de la calle también.

—¡Eh! ¿qué significa esto?...

Un negro pensamiento le asaltó entonces... ¿Sería capaz aquel diablo de hombre?...

Cogió el candil; se acercó al cuarto de la *Rubia*, y miró á la cama. ¡Allí estaba don Manuel!... Con el candil en alto, si-

guió avanzando: el intruso dormía y en sus labios se había cuajado una plácida sonrisa. El gesto de estupor de don Clímaco fué desapareciendo sustituido por otra sonrisa de picardía palurda. Sus ojos empezaron á hacer maliciosos guiños, y sus dos negros dientes y medio asomaron en el fondo de la boca abierta en un principio de carcajada reprimida.

—¡Te has lucido, don Manuel!

Y para no despertar al huésped, se retiró de puntillas.

V

Don Patricio tuvo que gritar tres veces con su formidable voz para que don Manuel despertase. Al abrir los ojos y ver á su amigo, exclamó regocijado: —¿Usted por aquí, *Zumalacárregui*?

Y el otro le replicó risueño:

—Aquí me tiene usted dispuesto á hacer barbaridades.

Era don Patricio alto y seco, la color tostada y las patillas canas. Á pesar de sus sesenta y ocho años y de la ligera curvatura de su espalda, era fuerte y tenía el aire característico de un antiguo militar. La gran boina que siempre llevaba derribada sobre la oreja derecha, dábale además aires de típico militar carlista. *Zumalacárregui* le llamaba don Manuel, y en verdad que si él no le hubiese motejado así, cualquier otro recordaría, viendo á don Patricio, al famoso caudillo de la primera guerra civil. El estaba orgulloso de esta semejanza física, y aun por dentro sentía el ánimo belicoso de los grandes paladines legitimistas. Á pesar de los años y de los inevitables desengaños, aun esperaba que el rehacio don Carlos muriese y que el joven don Jaime llamase á los defensores de la causa para ceñirse el sable y montar á caballo.

Don Patricio sentía admiración por don Manuel desde que le vió reñir y batallar en la campaña del Norte. Terminada la guerra y vueltos ambos á su país, se convirtió en vocero de sus proezas. ¡Y con qué dolor hablaba ahora de este pícaro don Manuel, que había cambiado de ideas hasta frisar en la demagogia!... El general Elio lo tuvo de ayudante; doña Margarita le trataba con cariño y don Carlos había sentenciado que iría lejos... Secretamente le enviaban á Suiza y Bélgica para comprar armas; á él le confiaron, para que las depositase en propias manos del rey, las listas de jefes y oficiales

constitucionales que prometían abrazar los pendones legitimistas, y él fué el emisario que condujo á la frontera la arriesgada orden de un alzamiento en armas.

¡Y qué espíritu tan galán y romántico!... Sus aventuras amorosas se comentaban en los campamentos, y cierta noche en que el vino corrió en abundancia, cerró á estocadas contra cuatro oficiales por defender el honor de una dama calumniada. Más adelante, cuando la guerra finaba, desdeñó á una hija única, centimillonaria y fea, para casarse con una joven arruinada y huérfana, sólo porque á sus bellos ojos y á tener en las venas sangre de Chateaubriand el Magnífico, unía un corazón de artista.

¡Picaro don Manuel, y cómo había cambiado de ideas!... El cura de Santa Cruz fué su amigo, y aun viéndole casi imberbe, nunca osó gastarle ninguna de aquellas groseras chanzas á las que tanto apego mostraba. Y un día en que sus compañeros de armas censuraban los sanguinarios excesos de Cabrera, él les dijo: «¡Silencio, y no lo decantéis: Cabrera es un cordero!» La frase llegó á don Carlos, que le preguntó risueño: «¿Conque has dicho ante un grupo de oficiales que Cabrera es un cordero?» «Es cierto, señor.» El rey le miró irónico: «Si él es un cordero, ¿qué serías tú?» Y él le respondió: «Señor, si me matasen á mi madre yo sería un león.»

¡Picaro don Manuel, y cómo había cambiado!... Cierta día (¡con qué énfasis refería *Zumalacárregui* esta última hazaña!), cierto día acababa don Manuel de transponer los Pirineos é iba por una ciudad fronteriza, con el pelo agreste, los zapatos rotos y el uniforme sucio y remendado. Cruzando al acaso por un paseo, topóse con un grupo de lindas señoritas, á las que daban corte algunos caballeros estirados y dos oficiales que ostentaban los áureos cordones de ayudantes. Apenas entrevista la desaliñada catadura del militar carlista, la joven más hermosa —duquesa por otras señas— hizo un mohín de

repugnancia, y acudiendo prestamente á la cara con su pañolín perfumado, exclamó riendo: —¡Uf!... ¡Mirad qué soldados usa don Carlos!...

Don Manuel se cuadró en firme, interceptando el paso. Encarándose con los oficiales, como si fuesen ellos los que hablaban, díjoles en son de desafío: —Reconozcan al menos que á don Carlos le rodean hombres, mientras que al hijo de doña Isabel sólo le siguen mujeres.

Y esperó la agresión con la mano en el sable. Como nadie replicara, dió media vuelta y se alejó tranquilo.

¡Picaro don Manuel, y qué dolor de perderle para la causa!...

Don Manuel acababa de lavarse y empezaba á vestirse.

—¿Conque dice usted que el arcipreste y el alcalde también han venido?

—En la iglesia esperan terminando de arreglar á la Virgen.

—¿Y nadie más?

—Cuatro ó seis vendedores que descargaban sus mulas cuando entré á despertarle... ¡Ah, y alguien más!... ¿Á que no acierta?...

—Será difícil.

—Quien menos podría figurarse... *Las Vírgenes de Roca*...

—¿También?...

—No; ellas vendrán esta tarde. Quien ha llegado es un mozo con dos mulas bien cargadas. ¡Sí señor! *Las Vírgenes de Roca* no quieren hospedarse en la casa de Nuestra Señora, porque el día de la fiesta habrá mucho ruido, y han enviado delante una gran tienda de campaña para que el criado la instale en el

camino de Peña Negra.

—¿Y dice que llegarán esta tarde?

—Fijamente. Ayer recorrieron doce leguas en coche, y por la noche descansaron en el pueblo. Como la carretera está muy mala, terminarán el viaje en caballerías.

Don Manuel se puso el sombrero, y precedido de *Zumalacárregui*, salió del cuarto pensando en las viajeras. Ocho años hacía que no las había visto.

—¿Están muy transformadas nuestras ariscas vírgenes?

—Lo mismo, don Manuel: el tiempo no pasa por ellas. Siempre igual; igualmente feas siempre.

—¡Hombre!...

—La pequeña, ¡pchs!...

Y no se atrevió á seguir, recordando que años pasados, cuando su amigo enviudó, se dijo que amaba á la pequeña.

Al salir á la plazoleta vieron que los mercaderes de que habló *Zumalacárregui*, estaban montando ya los puestos, y hasta media docena de quincalleros, que acababan de llegar con sus mujeres, pedían sitio á don Clímaco. Don Manuel se detuvo un momento para contemplar aquellos raros tipos que, si por la morenez del color superaban á *Zumalacárregui*, también le aventajaban en dureza de expresión. Las mujeres, sobre todo, retuvieron su curiosidad. Eran atezadísimas como ellos, pero de un atezado brillante que tenía los reflejos de un bronce bien pulido. Al través de las ropas sucias y astrosas presentábanse carnes macizas y formas soberbiamente modeladas. Y los ojos —¡oh, los ojos, supremo amor del caballero!— eran de un brillo fascinador y salvaje. En ellos se veía la timidez y la fiereza; el miedo de la hembra domada y la fuerza tumul-

tuosa de la pasión homicida.

—¿De Ferreira? —les preguntó don Manuel.

Nadie respondió. Diríase que aquella horda estaba tan ocupada en la descarga de sus caballerías, que ni siquiera le habían visto.

—¿Del Ranvalle? —volvió á preguntar.

Tampoco ahora le escuchó nadie.

Don Manuel dió algunos pasos, y encarándose con una mujer, insistió en la pregunta: —¿De la Dehesa de Alicum?

La mujer le volvió la espalda para deshacer un bulto.

Una voz varonil le respondió detrás:

—De la Dehesa.

Tan seca y recortada fué la contestación, que ya no tuvo humor de renovar las preguntas.

—¡Qué gente tan extraña! —le dijo á *Zumalacárregui* mientras se dirigían al Santuario.

—Como gitanos.

—¿Quién sabe lo que son? Son más feroces que los gitanos, y más intratables también. Los gitanos procuran dulcificar su trato con los demás. Estos persisten refractarios y salvajes. Todos los ven, y nadie repara en ellos tomándolos por gitanos; jamás un hombre de otra raza ha podido inquirir en el fondo misterioso de su corazón... ¡Quién sabe!... Quizás residuos de aquellos moriscos de las Alpujarras, que luego descendieron al llano.

Al llegar á la puerta del Santuario se encontraron con el arcipreste y el alcalde que salían. El primero dió un cariñoso

apretón de manos al caballero. Más expresivo el alcalde, se arrojó en sus brazos con grandes transportes de alegría.

Zumalacárregui le gritó con gesto impetuoso:

—¡Cualquiera diría que no le ha visto en diez años, y se despidieron ayer tarde!

El alcalde hizo un pueril movimiento de boca y le respondió con voz aniñada: —¡Usted siempre tan impertinente, don Patricio!

—¡Cállese ese pico de gorrión!

—¡Me da la gana!

—¡Cursi!

—¡Grosero!

—¡Haya paz, señores! —intervino con solemnidad el arcipreste.

Don Patricio volvió la cabeza despreciando al alcalde.

—¡Por usted me callo, don Gervasio, que si no!...

—¡Qué! —galleó el otro.

—¡Mamarracho!

—¡Majadero! El arcipreste volvió á interceder.

—¿Otra vez, señores? ¿Y no se han cansado después de venir todo el camino disputando así?

—¿Pero no ve usted que no deja de insultarme? —lloriqueó el alcalde.

—¿Pero no ve usted que con sus tonterías siempre me está crispando los nervios? —voceó *Zumalacárregui* mirando

amenazador á su rival.

—¡Basta; basta ya! —aconsejó el arcipreste.

El alcalde era la antítesis de don Patricio. Bajito y delgado, correcto en sus maneras hasta el afeminamiento y pulcro hasta la nimiedad en el vestir. Estaba en constante guerra con *Zumalacárregui* y siempre parecían buscarse por el placer de rencillar. Diríase que se necesitaban recíprocamente: el alcalde para sentirse dominado; don Patricio para tener una víctima en quien descargar sus agresivos ímpetus. Pero en ambos se realizaba el curioso fenómeno de que habían de tener testigos para reñir. En ausencia, el presente hablaba bien del otro. El alcalde loaba la intrépida bravura de *Zumalacárregui*, y éste pregonaba el bondadoso natural del otro y su incapacidad de robar al pueblo. En la intimidad, y libres de testigos, no se querían menos, y juntos daban largos paseos por el campo sin que jamás disonasen sus opuestos caracteres. Verdad es que entonces apenas hablaban. Don Patricio delante; el alcalde detrás, ascendían á las montañas vecinas del pueblo, y sacando sus anteojos, miraban en torno largo tiempo.

—¡Qué panorama! —exclamaba admirado don Patricio.

—¡Qué perspectiva! —murmuraba no menos admirado el alcalde.

Luego seguían observando otro rato sin decirse nada. Don Patricio guardaba su antejo y descendía la cuesta. El alcalde bajaba el suyo y seguía á don Patricio. Y así circulaba media hora, una hora, hasta que superaban otra altura para volver á mirar.

—¡Qué panorama! —decía don Patricio.

—¡Qué perspectiva! —repetía el alcalde.

Y otra vez á caminar silenciosos, y vuelta á subir montes para

decir: «¡Qué panorama!» don Patricio y «¡Qué perspectiva!» el alcalde.

Muchas veces habían pensado á sus solas de corregirse y mantener en público la humanidad de sus relaciones privadas, pero les bastaba encontrarse ante testigos para que surgiese la pendencia.

La intervención del señor arcipreste los puso ahora en calma por el gran respeto que le profesaban. Sobre todo *Zumalacárregui*, que era el mayor admirador de su proverbial sabiduría y discreción desde un día en que le dijo que «tenía cosas».

«Tener cosas» era para el señor arcipreste el rasgo distintivo de los seres superiores. «El pueblo —decía— suele exclamar: *son cosas de Fulano*, sin caer en la cuenta de que así diferencia á Fulano del gran resto de la humanidad. «No tener cosas» es confundirse con el vulgo de la gente, vivir en perenne igualdad con los demás, y esta igualdad, si bien se considera, es una humillante inferioridad.» Y tenía razón el señor arcipreste. Y si no, vamos á ver: ¿cuántos disgustos no se había ahorrado *Zumalacárregui* por «tener cosas»?... ¿No se apostó cierta noche un padre agraviado con intención de matarle? Pero un amigo que conoció sus torvos designios le desarmó, diciendo: «¡Bah! no lo tomes á pecho, hombre; son «cosas de don Patricio», y tantas ha hecho iguales, que te llamarían tonto si fueses á presidio por ser tú quien lo matase!» Y también tenía razón el buen amigo; y si no respondan: ¿Cuál era el día en que don Patricio no se embriagaba, y cuándo estando borracho dejó de ultrajar á algún cristiano? Son «cosas de don Patricio», decían los agraviados, y al momento le perdonaban.

También el arcipreste tenía sus «cosas»; pero como todas se cifraban en altas virtudes —piedad, humanidad, liberalidad, que con frecuencia se manifestaban pródigamente—, el vulgo apenas las tenía por cualidades salientes. Sólo don Manuel

había observado que esas virtudes tenían su raíz y principio en un ligero defectillo del arcipreste, y para confirmar su observación, sometíalas á cotidianas pruebas.

En las épocas calamitosas del año, cuando los pobres importunan demasiado á los ricos, el astuto caballero se los quitaba de encima enviándolos al señor arcipreste secretamente adoc-trinados: —Ponderad su tipo. Habladle de grandezas; y si él os despide de vacío, acudid otra vez á mí.

Y los menesterosos iban á casa del arcipreste humildes y tai-mados: —Dios lo guarde, don Gervasio.

—Bien venido, hijo mío.

—¡Caramba, don Gervasio; qué buena presencia tiene usted! ¡Es mucha lástima que no sea usted un señor obispo!

Y el arcipreste respondía con aquella dulce labia y aquel aire de modestia que á todos enamoraba: —Hijo, yo nada he pue-sto en mi humilde persona. Dios es quien se ha dignado dár-mela... En cuanto á la categoría, concédese en la tierra, y no es siempre la justicia quien la discierne.

Y adelantándose á la solicitud del necesitado, recomendaba á su ama de llaves: —Señora Alberta; dé usted á este buen hombre un celemín de trigo.

Pero don Manuel sabía que los hombres apenas sirven para el delicado pedir, y prefería enviar á las mujeres, y si eran de aquellas viejas arrugadas que en otros tiempos le prestaron sus doctas artes de tercería, mejor que mejor, pues su palique había de ser fructuoso: —¡Buenos días, don Gervasio!... ¡Je-sús, don Gervasio; usted cada día más joven y guapo!...

—Gracias, mujer; á Dios se lo debo todo.

—¡Y qué majestad, don Gervasio! Tiene usted una majestad,

que se merece ser cardenal ó Papa.

—Mil gracias, mujer; no seria el primero que ha tenido mi familia.

—¡Ya lo creo, don Gervasio!... De sus abuelos se cuentan unas cosas... ¡Ay, don Gervasio: tanta grandeza usted, y tanta miseria en mi casa!...

—Dios lo ha dispuesto así, y Cristo nos dijo: «Los últimos serán los primeros...» ¡Señora Alberta; un cuarterón de aceite para esta buena mujer!

—¡Ay, don Gervasio; Dios que se lo pague y aumente en gloria por el bien de caridad que me hace; pues usted no puede figurarse cómo estábamos hoy en casa! ¡Mi marido furioso, y yo sin aceite ni pan para hacer unas malas tostadas á los nietecillos que me dejó mi hija (q. e. p. d.)!

—¡Señora Alberta; saque dos panes, y que coman estos hermanos nuestros!

—¡El Señor que se lo haya en cuenta, don Gervasio; porque tiene usted un corazón de oro! Con razón digo yo todos los días que don Gervasio debía de ser canónigo ó cardenal... Dios se lo pague y aumente en salud para hacer muchas obras de caridad... ¡Con tal de que ahora encuentre para comprar algunos garbanzos y comer de caliente!... ¡Ay, señor arcipreste; cuánto daría yo por verle de obispo, y en un coche tirado por buenos caballos!...

—Señora Alberta; añada usted medio almud de garbanzos. No es justo que á mí me sobre todo, y que esta pobre mujer no tenga nada.

—¡Ay, don Gervasio de mi alma y de mi corazón! ¡Qué sería hoy de mí, si no es por usted; sin un pedazo de pan que llevamos á la boquita hambrienta, ni un céntimo chico para

comprarlo!... ¡Si de mí dependiese, lo hacía á usted mañana mismo rey de España ó cura de la catedral de Santiago; porque hombres tan buenos como usted, he conocido yo muy pocos!...

—¡Gracias, mujer! Toma una peseta por si te falta algo, y cuando te encuentres en alguna necesidad acuérdate de que estoy en el mundo.

Tal era don Gervasio, varón prudente y magnánimo. El pueblo acabó por decir que era el sacerdote ejemplar, y el paño de lágrimas de todos los pobres.

VI

Sobrábale el espíritu á don Gervasio, pero la manía de las grandezas le perturbaba el seso. Menos mal que ese defecto estaba atemperado por su natural prudencia, y aunque no dejaba de halagarle que sus pobres feligreses le hablasen de majestades y jerarquías, tomando sus palabras por admirativa declaración de méritos, él jamás osaba hablar de nada que personalmente le tocase, y así progresaba con la edad el respeto que le discernían todas las villas y lugares del contorno.

Sólo á don Manuel se atrevió á confiarle un día esa flaqueza de su carácter, y aun lo hizo algo confuso y rebuscando giros.

—¡Dígame, don Manuel! ¿No tuvo Aquiles un punto vulnerable?

El interrogado le dijo con naturalidad:

—¿Y quién no lo tiene?

Estimulado por esta espontánea concesión, siguió diciendo: —Muy bien dicho. Todos tenemos nuestro punto vulnerable. Sí señor... Yo también tengo una vanidad, un deseo no satisfecho, que con ser pueril no dejo de anhelarlo...

Don Manuel no dudó, creyendo adivinarlo.

—Me parece muy justificado. ¿Qué tiene de particular su ambición?...

—¡Ah! ¿la adivina usted?... Pero no; es imposible... Á nadie se la he confesado... ¿En qué se figura usted que se cifra?...

—En ser canónigo.

—Sí, eso está muy bien; pero ahora me refiero á otra vanidad.

—Pues no atino. Hable usted.

—Lo que yo desearía es poseer un título nobiliario como usted; pero á falta de él, me contentaría con una condecoración... Por ejemplo: con la cruz... con la cruz de Isabel la Católica... por ejemplo...

El arcipreste se quedó corrido al ver la ironía en labios de don Manuel. ¡Cómo se arrepentía de haberle hecho aquella indiscreta revelación! Pero su amigo le dió á entender que su sonrisa no implicaba ningún menoscabo.

—¡Si no ambiciona más que eso!... ¡Tratándose de un hombre como usted no me parece difícil conseguir la cruz de Isabel la Católica!...

El arcipreste tuvo que reprimir su júbilo.

—¡Cree usted, don Manuel!...

—Basta con que el diputado se empeñe.

—¡Eso, don Manuel; eso mismo quería decirle yo!... Me ha adivinado el pensamiento... ¡Si el diputado se empeña!... El diputado ha sido director general y es candidato á ministro... ¡Si él, sí usted se empeña con él!...

—Cuenta conmigo. Y á usted le sobran méritos... Rico por su casa; arcipreste; amado en el distrito; bien visto en el episcopado... ¡Y la dignidad con que usted ostentará la cruz sobre una sotana de seda ó paño fino!... ¿Eh, don Gervasio?...

Don Gervasio estaba loco de contento. Inclinando pudorosamente la cabeza y con las manos en el pecho, murmuró: — Eso sí que puedo afirmarlo sin vanidad. Creo que no haría Un mal uso de ella.

Don Manuel habló con el diputado, que torció el gesto al oír la petición. No es que se negase á hacer gestiones; demandándoselo don Manuel no le era lícito sustraerse á ellas; pero

en Madrid hilaban ahora mucho más delgado y la gran cruz de Isabel la Católica...

Su amigo le interrumpió:

—¿Quién habla de la gran cruz?

—¡Ah! ¿se conformaría con otra?

—Don Gervasio aceptará cualquier cosa; la que menos trabajo cueste.

—¿La encomienda?...

—¡Admirable! ¡Encomienda; comendador!... ¡Le llamaremos comendador de Isabel la Católica!...

—Pues deje eso de mi cuenta.

—El arcipreste es rico. Si necesita repartir gratificaciones, no las escatime. El caso es que vea pronto realizado su ideal.

Tres meses después, todo el pueblo felicitaba á don Gervasio por la señalada distinción de que le había hecho objeto la Gaceta. Hubo comida pública para los pobres; limosna generosa para el hospital; reparto de trigo entre las familias necesitadas. Don Patricio organizó un banquete, que estuvo á punto de fracasar por ser escaso el número de los que podían aprontar las diez pesetas del gasto; pero el arcipreste llamó al organizador, y con su habitual prudencia, le recomendó que no desistiese por el dinero ni que nadie se abstuviese por el precio, que allí estaba él para abonarlo todo con tal dé que don Patricio le guardase el secreto. Ante más de ciento cincuenta comensales hizo don Manuel un estupendo alarde oratorio, frecuentemente interrumpido con vivas y aplausos, encareciendo la virtud, la sabiduría y la majestad del nuevo é ilustre comendador de Isabel la Católica... El arcipreste habló después para dar las gracias, y sin vanidad ni exagerada modes-

tía, como tocaba á un hombre de su calidad, mostróse muy obligado á aquellos señores de la corte que se habían acordado de él para honrarle con tan alta prenda de distinción... Sólo en la intimidad solía luego decir á don Manuel —por quien ahora sentía triplicada estima— que debía exhumar sus antiguos pergaminos y ostentar los títulos, á que por tantos conceptos tenía derecho, para formar ambos la cabecera de una aristocracia local, benigna y próspera, que influyese en las costumbres y dignificase al pueblo.

Pasados quince días del banquete, don Gervasio recibió la visita de un comisionado que llegaba de Madrid. Había leído la concesión de la gracia insigne que realizaba los méritos del señor arcipreste, y suponía que aun no habría encargado el manto.

Don Gervasio abrió grandes ojos y el contento empezó á rebullir en su cuerpo.

—¡Cómo!... ¿La orden de Isabel la Católica lleva anejo el derecho de ostentar manto?...

El comisionado se admiró de la pregunta:

—¿Lo ignora usted, señor comendador?... Á usted le corresponde un soberbio manto de terciopelo bordado en plata y oro.

—¡Francamente, lo ignoraba!...

—Sí señor; como le corresponde también el tratamiento de excelencia.

—Sí; eso ya lo sabía...

—Y usted me perdonará que sin conocerlo le haya hablado.

—¡Pues no faltaba más!... ¡Déjese de darme el tratamiento, que eso es vanidad de vanidades!... Decía usted...

—Que he venido para ofrecerle un soberbio manto... ¡Algo carillo; eso sí!...

—¿Como cuanto?

—Unas cinco mil pesetas.

—¡Caro me parece!

—Cuenta el señor arcipreste que comendador de Isabel la Católica no lo es un cualquiera, y que *á tout seigneur, tout hôteur*. ¿Qué haría el señor arcipreste si mañana tuviese que presentarse en el obispado ó en la corte como tal comendador, ó si quería asistir de hábito á alguna solemnidad religiosa?... Afortunadamente, yo puedo ofrecerle un espléndido manto que le costará más barato que si lo encarga nuevo á Madrid.

El arcipreste experimentó honda contrariedad.

—¡Ah, es usado!...

—Muy poco.

Don Gervasio dijo entonces que le parecía un demérito ostentar hábitos de segunda mano; pero el comisionista no se dió á partido.

—Tenga en cuenta el señor comendador que mi manto sólo se lo puso dos veces su primitivo dueño; y que es un manto superior, de rico terciopelo y finamente bordado. Perteneció á un alto personaje recién fallecido, y la familia necesita desprenderse de la artística prenda por no tener miembro allegado con derecho para ostentarla; pues como sabe Su Excelencia, estas dignidades no se heredan, sino que se otorgan al mérito personal de los hombres.

Don Gervasio se sintió dispuesto á entrar en tratos; pero antes quería someter el caso á un amigo. El vendedor podría volver con el manto á la siguiente mañana y discutirían el precio.

El comisionista rondó la casa de don Manuel, y cuando vió la calle desierta, se entró con rapidez.

—¿Qué tal, qué tal el arcipreste? —le preguntó el dueño.

—Muy bien; he seguido todas las instrucciones que me daba usted en su carta, y está ya casi decidido. Quiere consultarle á usted: si le aconseja en mi favor doy el trato por hecho.

—¿No le cobrará usted demasiado?

—¡Oh, no! Me pondré en razón.

—¿Cuánto le costó el hábito?

—Mil pesetas; pero vale bastante más. Fué un apuro económico de los dueños.

—¿Y por cuánto piensa enajenarlo?

—Por tres mil.

—Es algo exagerado. En fin; aconsejaré al arcipreste que se lo compre.

Don Gervasio se quedó atónito cuando el vendedor le mostró al otro día el amplio manto y la gorra adornada de espléndido airón blanco.

—¡Pruébeselo, señor comendador!...

El arcipreste se cubrió con el noble manto.

—¡Si le está pintiparado!... ¡Qué majestad, señor arcipreste; qué arrogancia le presta el hábito!... Póngase ahora la gorra... ¡Qué nobleza, señor comendador!... ¡Si parece nacido Vucencia para arrastrar mantos en estancias reales!... ¡Mírese al espejo, Excelentísimo Señor!...

—Ante todo, le suplico que prescinda del tratamiento, amigo

mío. Creo haberle dicho que agradezco la distinción de que en Madrid me han hecho objeto; pero no me envanece.

—Esa modestia le honra á usted, señor arcipreste. ¿Quiere usted mirarse al espejo?...

Don Gervasio no se sentía mal. Su talla parecía más alta y majestuosa. Sólo experimentaba alguna torpeza al arrastrar la cola.

—¿Cuánto? —preguntó sobriamente mientras se despojaba de los ricos atavíos.

—¡Pues verá usted, señor comendador!... Siete mil pesetas costó de nuevo... ¡Un gran manto, fígrese bien; terciopelo de seda; artístico bordado en plata y oro, obra maestra de unas primorosas manos monjiles allá en Toledo!... Siete mil pesetas costó de nuevo; pero la familia del difunto sabe que no á todas horas podrá vender un hábito así, y quiere aprovecharse de la ocasión enajenándose lo á Vucencia por cuatro mil pesetas solamente.

Al arcipreste le pareció caro. Hubo dares y tomares, y al fin se cerró el trato en tres mil pesetas. El comisionista recibió cincuenta duros de gajes, y billete gratis para volver á Madrid.

Aunque don Gervasio no se atreviese á alterar la externa severidad de su continente, sentíase por dentro lleno de infantil alborozo, y sólo deseaba que llegase pronto la gran fiesta de la Virgen para estrenar el manto, como su ilustre amigo le había recomendado.

Así es que, apenas hubo puesto paz entre don Patricio y el alcalde, se acercó á don Manuel para decirle quedo: —He traído eso, ¿sabe?

—¿El hábito?...

—Sí señor; en la sacristía lo tengo.

—Ninguna ocasión como pasado mañana para estrenarlo. ¡Pero tenga cuidado para no deslucirla solemnidad! El camino que ha de recorrer la procesión es muy malo, y necesita un hábil juego para ostentar el hábito. Unas veces le convenirá llevar la cola arrastrando; otras necesitará que un paje se la sostenga, y para que nada desdiga en su porte, algunas tendrá usted que enrollársela al brazo. ¡Se necesita mucha habilidad y práctica, don Gervasio, para saber llevar un manto!

—¡Me lo figuro, don Manuel; me lo figuro!

—Así, pues, conviene que se ejercite antes.

—¿Cree usted, don Manuel?

—Llamemos al sacristán, y que abra la puerta. Los dos solos, sin que nadie nos vea...

Don Gervasio aconsejó á *Zumalacárregui* y al alcalde que diesen un paseo mientras él trataba de cosas graves con don Manuel. En seguida llamó al tío Cleto para que volviese á abrir la puerta del Santuario. Cuando quiso despedirle, le dijo don Manuel: —No; que cierre por dentro para que nadie entre, y que se quede con nosotros para servirle de paje.

Ayudado por su amigo, el arcipreste se revistió con el hábito.

—¡Magnífico, don Gervasio!... ¡Si parece usted un rey!... ¡Vamos á ver; muévase!...

El sacerdote empezó á andar solemnemente por la sacristía.

—¡Esto es pequeño, don Gervasio! Salgamos fuera.

El comendador dudó:

—No me parece bien, don Manuel.

—¿Por qué?

—¡Ahí en la iglesia!... ¡En presencia de Nuestra Señora de la Sierra!

—¿Y qué hay en eso de malo?

—Parece algo irrespetuoso.

—¡Bah; bien considerado, la cosa no tiene importancia, y la Virgen nos perdonará!

Don Manuel tuvo aún que insistir para disipar los escrúpulos de su amigo, y ya fuera le dijo: —¿Ve usted? ¡Esto es amplio y podrá moverse con libertad!... ¡Veamos; ande usted con paso mesurado, cual conviene á un comendador!

El arcipreste empezó á pasear erguido y ceremonioso.

—¡Muy bien; muy bien! —gritó don Manuel.

Y volviéndose al sacristán, le preguntó:

—¿Qué le parece á usted, tío Cleto?

El pobre anciano estaba pasmado con aquella magnificencia que jamás había visto en su larga vida, y sólo pudo responder con un «¡ah!» de embeleso.

—Vuelva usted, don Gervasio —volvió á decir don Manuel.

El arcipreste dió media vuelta, y se enredó en la cola.

—¡No le dije á usted! ¡Si sabría yo que era difícil llevar un manto! Adelante un poco el pie izquierdo, recoja la cola con él, é imprimiéndole un movimiento de rotación, láncela hacia atrás.

Hízolo don Gervasio como le mandaban; pero el movimiento fué tan brusco, que la gorra cayó al suelo.

—¡Con más suavidad, señor comendador!... ¡Otra vez!... Así; ahora ha salido mejor; pero aun falta bastante... ¡Marche con paso lento!... ¡Muy bien; lo que es andando, no hay quien pueda competir en majestad con usted!... ¿Eh, tío Cleto?...

El viejo cerró los ojos para afirmar con más fuerza:

—¡Mucha; pero mucha majestad!

—¡Media vuelta, don Gervasio!

El arcipreste volvió á girar lentamente, lanzando la cola hacia atrás.

—Bastante bien; pero conviene que no incline el cuerpo para rechazar la cola... ¡Otra media vuelta, don Gervasio!... ¡Bravo; ahora sí que ha salido bien!... ¿Qué le parece, tío Cleto?...

—¡Mucha; pero mucha majestad!

—¡Veamos ahora cómo se recoge la cola, señor comendador!... Figúrese que la procesión abandona ya el camino llano, y que ha de subir entre las peñas. La cola debe usted de llevarla recogida para que no se le rompa. Póngasela al brazo.

El arcipreste se la recogió como su amigo le ordenaba.

—¿No le dije, don Gervasio, que era difícil llevar manto? Todavía le arrastra por detrás, y los pliegues no le cuelgan bien del brazo... ¡Otra vez, don Gervasio!... ¡Ahora resulta mejor!... Marche lento y con desenvoltura... ¿Qué tal, tío Cleto?...

—¡Ah, lo que es el señor arcipreste tiene mucha majestad!

—¡Otro punto muy importante, don Gervasio! La procesión ha descendido de la montaña y vuelve al camino. Hay que

lanzar la cola con arte y dignidad. ¡Míreme á mi: con un gesto así!...

Don Manuel hizo con el brazo izquierdo un amplio movimiento lleno de distinción.

—¡Veamos ahora usted, don Gervasio!...

La cola se desenrolló noblemente y descendió ondulando con gracia.

Don Manuel empezó á aplaudir y gritar:

—¡Soberbio gesto, don Gervasio!... ¡Ha sido un gesto imperial!... ¿Qué le parece, tío Cleto?...

—¡Mucha, pero mucha majestad!

El comendador exclamó paternal y complacido:

—¡No griten, que pueden oírnos de la calle!

—¡Veamos el último punto, don Gervasio!... Este es menos difícil. El paje sostiene la cola, y sólo se trata de conservar las distancias. ¡Coja de aquí, tío Cleto!...

El sacristán recoge la cola y se pone á la distancia que don Manuel le indica.

—¡Adelante, don Gervasio!... ¡Más derecho, tío Cleto!...

—¡Si no soy yo; son mis años los que me encorvan! El comendador avanza, y el viejo le sigue dócilmente; pero tan bien quiere hacerlo, que unas veces apresura el paso y el manto arrastra, y otras lo atenúa y el manto sube. Poco á poco se pone á tono, y el ejercicio termina á satisfacción de todos.

—¿Qué le parece, tío Cleto? —pregunta el arcipreste al anciano mientras se desnuda.

—¡Que tiene usted mucha, pero mucha majestad!

Una duda súbita asalta á don Gervasio al tiempo de doblar su hábito: —¿Y quién me servirá de paje, don Manuel?

—¿De paje?... Buscaremos á un niño.

Tío Cleto empezó á rascarse la nuca, y tímidamente insinuó: —¿Y yo no puedo servir, don Manuel?... ¡Me daría tanto gusto de llevarle la cola al señor arcipreste!

Don Manuel exclamó:

—¡Justo, tío Cleto; y que usted ya se ha ejercitado!

Don Gervasio emitió un prudente reparo:

—Pero el tío Cleto es el sacristán y tendrá que asistir á la procesión.

El viejo experimentó mucha contrariedad.

—¿Y no podría sustituirle nadie? —dijo don Manuel.

—¡Otro, otro! ¡Si don Pedro quisiera!... Sólo el maestro podría reemplazarle.

—¡Ah! Entonces no hay que apurarse. Eso corre de mi cuenta.

Don Gervasio volvió á observar:

—¡Pero á última hora! ¿eh? Conviene que no sepan nada.

—¡Descuide!

El arcipreste inspeccionó al sacristán:

—¿Y no tiene usted otra sotana?

—La puesta nada más, señor arcipreste. Quince años hace

que la gasto, y á saber los que la llevaría antes don Clímaco.

—¿Y de trajes no estará mejor?

—¡Figúrese usted, señor comendador; como para andar por estos montes! Pero como usted ha de ponerse esa ropa tan rumbosa, podrá prestarme su sotana.

Don Gervasio exclamó risueño:

—¡Hombre, si yo soy medio metro más alto que usted!

—¡Y es verdad, señor arcipreste! Bueno; iré así. ¡Aquí me conocen todos!

Don Manuel intervino para resolver la dificultad á gusto de ambos: —Ni de seglar ni con sotana puede hacer de paje el tío Cleto. Necesita traje más vistoso. Afortunadamente faltan cuarenta y ocho horas para la fiesta, y como no dejará de ir y venir gente á Rosales de la Sierra, hablaré al alcalde para que reclame la dalmática de un rey de armas.

Y dirigiéndose al anciano, le preguntó:

—¿Tiene usted zapatos?

—En mi vida he gastado otro calzado que el de esparto.

—Pues le buscaremos unas botas, y se acabó.

—¡Amén! —dijo el comendador.

VII

Don Clímaco estaba loco de alegría. Los vendedores llegaban sin cesar, y todos le anunciaban las comitivas que se organizaban en los pueblos para subir al Santuario. El agua del día precedente causó gran pesar; pero como el sol no tardó en reaparecer, la gente volvió á animarse.

¡Y el arcipreste y don Manuel no dejaban de tratarse y tratarle á cuerpo de rey!... ¡Vaya unos señores sabiendo comer!... ¡Y vaya un arroz con pollo que encargaron á la *Rubia*!... ¡Y además habría jamón en dulce, natillas, Jerez del bueno, café, puros habanos, coñac!... ¡Coñac, señores!... ¡Ahí que no le gustaba á don Clímaco el coñac!...

El señor arcipreste ocupó la cabecera de la mesa, y los demás fueron sentándose conforme á sus años y categoría; pero muy pronto hubo que rectificar para que don Manuel se colocase entre el alcalde y *Zumalacárregui* que, apenas sentados, estaban ya rencillando. La *Rubia* servía solícita y con los ojos bajos.

Don Clímaco la felicitó con la boca llena:

—¡*Rubia*, este arroz te ha salido muy bueno!

—¡Muy bueno! —repitió el arcipreste.

—¡Muy bueno! —confirmó don Patricio.

Y con gran disimulo, ¡zas! un pellizco á la *Rubia*, que pasó para todos inadvertido.

Don Clímaco prosiguió el elogio:

—Y como á mí me gusta, sí señores: picantito para llamar al vino.

Y de un soplo dejó seco su vaso.

—Y picantito.

Repitió don Patricio vaciando el suyo.

La *Rubia* acudió á llenarlos y ¡zas! ¡zas! Don Manuel pellizcó por un lado y *Zumalacárregui* por otro. El maestro elevó los ojos al cielo, y en seguida empezó á mirarlos moviendo la cabeza en señal de reprimenda.

—Tienen ustedes razón —exclamó el alcalde con su voz afeminada.

—¿Cómo? —le interrogó el arcipreste.

—Que está bueno el arroz.

—¿Hasta ahora no se había enterado? —gritó colérico *Zumalacárregui* apurando otro vaso.

—¡No me dirijo á usted, insolente! —le replicó el alcalde enojado.

—¡Cursi!

—¡Grosero!

—¡Haya paz, señores! —intervino conciliador don Gervasio.

—¿Pero no ve usted que siempre está en contra mía? —protestó el alcalde.

—¿Pero no ve usted que siempre me está crispando los nervios? —rugió el otro.

—¡La culpa la tengo yo, que salgo de mi casa con un hombre tan grosero!

—Pues márchese pronto de aquí, mequetrefe, si no quiere que

le coja de un pie y le tire á la cerrada.

—¡Inténtelo si es capaz, valentón!...

Y el arcipreste tuvo que interceder nuevamente con gesto severo.

—¡Basta ya de escándalos, señores míos!

Zumalacárregui contuvo su cólera echando sobre ella otro vaso de vino.

—¡Por respeto al señor arcipreste me contengo, que si no!...

Y su rival murmuró:

—¡Por él me callo, que si no!...

—¡Qué! —rugió don Patricio.

—¿Qué? —le remedó el alcalde.

—¡Mamarracho!

—¡Majadero!

El arcipreste abandonó su cuchara.

—¿Pero se han empeñado en no dejarme comer?

Don Patricio tuvo nuevamente que calmar el oleaje de su cólera echándole encima otro vaso. Á cada vaso de *Zumalacárregui* correspondía otro de don Clímaco, que no quería ser menos.

—¡Observo que usted no se descuida! —le dijo el viejo carlista.

—¡Sigo su ejemplo! —le respondió el capellán.

—Muy bien, don Clímaco. ¿Chocamos?

—Sirve vino, *Rubia*, que choquemos.

—¡Por que caigan muchas misas, don Clímaco!

—¡Don Patricio, por que se divierta mucho!

—¿Don Clímaco, repetimos?

—Repitamos, don Patricio... ¡*Rubia*, más vino!

—¡Don Clímaco, á la salud de usted!

—¡Á la de usted, don Patricio!

El arcipreste exclamó alarmado:

—¿Quieren ustedes emborracharse cuando apenas hemos empezado?

Y ambos á coro repitieron:

—¿Emborracharme yo, señor arcipreste?

—¿Señor arcipreste, yo emborracharme?

—¡Don Clímaco tendrá que caer antes!...

—Don Patricio, ¿yo caer?... ¡*Rubia*, más vino!...

—¡Basta, señores, basta! —aconsejó el arcipreste.

—¡Por que tenga gran cosecha de misas y sermones, don Clímaco!

—¡Por que se divierta mucho, don Patricio!

La verdad es que don Clímaco estaba como si bebiese agua; pero don Patricio...

Mientras que ambos sostenían esta animada escena, el maestro no separaba la vista de don Manuel, y tantas veces como la *Rubia* llenaba el vaso á *Zumalacárregui*, don Pedro repetía

atribulado: —¡Don Manuel, don Manuel!

Y don Manuel le decía risueño:

—¿Pero hago yo alguna cosa, don Pedro?

Hacia el remate de la comida, don Clímaco sostenía firme la cabeza; pero *Zumalacárregui* tenía turbios los ojos, sudaba copiosamente y hubo de quedarse en mangas de camisa.

—¿Y usted no bebe? —le dijo al alcalde.

—¿Á usted qué le importa?

—¡Cursi!

—¡Borracho!

—¡Haya paz, caballeros! —recomendó el arcipreste.

—¿Por qué se mete conmigo? —gimió compungido el alcalde.

—¿Por qué me responde así? —tronó don Patricio.

—¡Mamarracho!

—¡Mariquita!

El arcipreste se santiguó.

—¿Pero no se cansan, caballeros?...

—¡Que no me diga nada!

—¡Que no me hable así!

—¡Chitón, señores! —ordenó don Manuel—. ¡Una cosa se me ocurre!...

El humor de *Zumalacárregui* saltó en seguida de cuadrante. Poniendo cara plácida, y cruzando los brazos sobre la mesa,

reclamó atención: —¡Oigamos, oigamos! Siendo de don Manuel, buena idea será.

—Don Pedro, que es poeta...

El maestro inclinó avergonzado la cabeza.

—¡Aficionado, aficionado solamente!

—Don Pedro, que es poeta, pudiera componer algunas coplas para que don Patricio las cantase á la Virgen pasado mañana.

Zumalacárregui batió calurosas palmas.

—Me ha dado usted por el gusto, don Manuel.

¡Y que no me felicitaron por las que le entoné la noche de la despedida!... ¿Estamos, don Pedro?

—Yo pronto las compondré. Hasta quizás me sirvan algunas de las que tengo hechas. Sólo habrá que copiarlas...

—Y yo las ensayaré.

Don Clímaco intervino alborozado:

—¿Y no podrían arreglarse de manera que la *Rubia* también cantase? La *Rubia* tiene una voz de ángel.

Zumalacárregui la cogió del brazo y atrayéndola hacia sí, le dijo: —¿Te atreves, prenda?

La *Rubia* inclinó los ojos y asintió con la cabeza.

—¡Pero con ese aire, mi vida! ¿No te asustarás ante la gente?

Don Clímaco empezó á reir mostrando sus dos dientes y medio.

—Aunque parezca una mosquita muerta, la *Rubia* sería capaz de cantar en la Opera de Madrid.

Todo quedó prontamente convenido. Don Pedro arreglaría la letra y *Zumalacárregui* y la *Rubia* la ensayarían luego para cantarla desde lo alto de las rocas, dominando el inquieto océano de la muchedumbre, cuando la Virgen saliese.

Esforzando la voz para poner á prueba sus pulmones, *Zumalacárregui* inició una canción de su juventud.

—¿Se acuerda usted, don Manuel, cuando la cantaba en los campamentos del Norte?

La verdad es que don Patricio tenía una soberbia voz. Cuando él cantaba, todo el regimiento acudía en torno de su tienda y no había fiesta de oficiales sin contar con él.

—¿Se acuerda usted, don Manuel?

¡Pícaro don Manuel! ¿Por qué había abjurado de aquellas ideas que defendieron en su juventud, y á las cuales estaban incorporados los mejores recuerdos de su vida?

Y *Zumalacárregui* repitió por millonésima vez las gloriosas aventuras de don Manuel... En cuanto á él, no podría referir muchas de las amatorias; pero de las guerreras... ¡Vamos, que no había sido de los peores!...

—¿Verdad, don Manuel?...

Don Manuel hizo un cálido elogio de sus proezas. Don Patricio se volvió loco de entusiasmo.

—¿Se acuerda usted de la batalla de Estella, don Manuel?... Dígales, dígales usted cómo se portó mi escuadrón. Y cuénteles usted de su capitán... ¡Zis, zas!... Cada sablazo mío derribaba un enemigo... ¡Zis, zas!...

Zumalacárregui se había levantado para mejor reproducir con el gesto el momento heroico y el entusiasmo y el vino le arrebatában. De sable le servía su chaqueta de alpaca. Iracundo la

blandía sobre la cabeza, la esgrimía en torno para alejar al enemigo. Y de cuando en cuando, ¡zis, zas! sablazo fuerte que aniquilaba á un hombre... Una bala le mató el caballo.

—¿Se acuerda usted, don Manuel?

Entonces tuvo que batirse á pie. Los alfonsinos le rodearon, y él gritaba lleno de sangre: «¡Viva don Carlos!» Loco, ciego ya, no hacía más que avanzar entre los enemigos asestando sablazos: ¡zis, zas!...

En uno de éstos, la chaqueta dió en el rostro del alcalde, que se llevó á él las manos y empezó á gritar con su voz aññada: —¡Miserable! ¡Mal caballero!

El concurso lanzó una carcajada; pero don Patricio se quedó atónito. ¡Cómo! ¿Era cierto lo que había oído?...

—¡Bandido! ¡Facineroso! ¡Mal caballero!

El héroe de Estella empezó à rugir.

—¿Yo?... ¿Bandido yo?... ¿Yo mal caballero?

¡Zis, zas!... Como si la chaqueta de tela fuese su antiguo acero, cayó sañudamente sobre el infeliz alcalde, que hacía dolorosos gestos, recibiendo la lluvia de supuestos sablazos.

—¿Facineroso yo?... ¿Yo mal caballero?...

Los chaquetazos seguían cayendo sobre la espalda de la víctima y los espectadores reían. El arcipreste tuvo que echar el pecho sobre la mesa para no caer de risa, y hasta la discreta *Rubia* no pudo reprimir la carcajada por lo bien que los dos rivales representaban la farsa.

Y don Patricio seguía voceando:

—¿Bandido yo?... ¿Yo mal caballero?

Don Pedro aconsejó al vapuleado:

—Desdígase, señor alcalde.

—¡Pídame perdón ó le mato á sablazos! —le conminó el defensor de don Carlos.

El paciente se retractó.

—¡Buen caballero, buen caballero!...

Tan buen arte se daba, que gemía y lloraba y todos los amigos reían.

—¡Ya está dicho: buen caballero!

Don Patricio aun no estaba conforme.

—¡Ni siquiera basta eso! ¡Desde esta altura tendrá que desagraviarme!

Y tomando un medio celemín que había en un rincón, lo puso en el centro de la cocina.

—¡Súbase ahí! —le decía amagándole con la chaqueta—. ¡Súbase ahí, y en presencia de todos implóreme perdón!

El alcalde se dirigió á la picota y los demás reían viéndole andar como un tullido. Sólo *Zumalacárregui* no reía.

—¡Pronto, pronto á desagraviarme! —le gritó añadiendo otros dos chaquetazos.

Con gran trabajo, porque sus pies apenas cabían en el medio almud, subió el alcalde para repetir contrito el desenojo.

—¡Buen caballero! ¡Don Patricio es un buen caballero!

Don Patricio le perdonó humanizado.

—¡Puede bajar! ¡Perdonado está!

El alcalde fué á sentarse rehacio y descolorido. En la frente, sobre el ojo izquierdo, tenía una moradura.

—¿Qué es eso? —le preguntó don Gervasio—. ¡Si parece un cardenal!

Y el golpeado respondió con débil acento:

—El cuerpo entero debo de tenerlo así.

—¿Pero no ha sido broma?... ¡Si la chaqueta es de tela!...

—Pero algo duro había en la chaqueta.

Don Manuel se levantó para reconocerla. En el bolsillo interior encontró una formidable navaja albaceteña. Luego acudió al paciente para inspeccionarle pecho y espalda. El pobre alcalde estaba todo acardenalado.

Don Gervasio miró severamente á don Patricio.

—¡Buena la ha hecho usted!

El héroe se avergonzó de su conducta; balbuceó algunas excusas, y cayendo de rodillas ante su víctima, le dijo: — ¡Ahora perdóneme usted!

El alcalde le sonrió y le hizo un signo para que se levantase, pero él no quiso obedecer.

—¡Antes vénguese usted dándome dos bofetadas!

—¡Gracias, don Patricio!

—¡No señor; de aquí no me levantaré mientras no me pegue!

—¡Pero don Patricio, amigo mío!...

Por las mejillas atezadas del indómito guerrero rodaron dos lágrimas.

—¡No señor; la conciencia me remuerde de haber maltratado á un ser inofensivo, á un amigo del corazón, y de aquí no me muevo sin que me castigue antes! ¡Deme tres ó cuatro bofetadas!

—Mejor será que me lleven á la cama y que me den una fricción.

—¡Entonces me abofetearé yo!

El borracho se dió dos de las mejores, y cogiendo al alcalde entre sus brazos, lo transportó con paternal solicitud al lecho de don Clímaco.

VIII

Los señores tuvieron que dejar la mesa para recibir á las *Virgenes de Roca*, pues no era cortés que tan grandes señoras llegasen al Santuario como vulgares romeras. La *Rubia* se quedó en casa cuidando al alcalde, que cada vez se sentía más dolorido.

Cuando la joven le ofreció una taza de té y se hubo sosegado un poco, el paciente se dispuso á ser friccionado. Pero ¿por quién? ¿Habría que llamar á algún vendedor para que le curase?

La *Rubia* no pensó en tal cosa. Dulce é ingenua acudió al lecho del alcalde con una botella de alcohol alcanforado y un buen trozo de bayeta.

—¡Vamos á ver! ¿Podrá usted quitarse la camisa?

El enfermo quiso obedecerla; pero los dolores eran mayores que su buena voluntad.

—¡Ese bárbaro de don Patricio me ha molido! —exclamó haciendo visajes de impotencia.

La *Rubia* acudió en su auxilio, y solícitamente, con amorosísimo para no molestarle, le despojó de la camisa, le quitó la camiseta. Sobre el cuerpo blanco, limpio, afeminado, destacábanse grandes y azulencos los cardenales que le hizo la navaja.

La *Rubia* empapó de bálsamo la bayeta, y empezó á frotarle el cuerpo: blandamente al principio; con progresiva energía después.

—¡*Rubia*, que me haces daño! —gemía el enfermo.

Y ella le exhortaba en tono dulce y confortador:

—¡Paciencia, señor alcalde! ¿De qué le serviría si no frotase recio?

El paciente se estremecía como un pájaro medroso en cuanto ella empapaba el trapo é iba á recomenzar la operación.

—¡Ay, ay, ay!... ¡Por todos los santos, *Rubia*!

Y cogiéndola de las manos, suplicábala que le librase de aquel dolor.

Pero la *Rubia* parecía empeñarse en apretar cada vez más.

—¿De dónde sacas esas fuerzas, hermosa?... ¡*Rubia*, por favor!...

Y se afianzó á ella, impidiéndola de continuar.

—¡Ya falta menos, señor alcalde!... ¡Ánimo; un poco más!...

—¡*Rubia*, por caridad, hija mía!

—¡Pero suélteme, señor alcalde!... ¿No ve que me va usted á ahogar?

—¡Es que me escuece mucho!

—¡Pero suélteme usted ya!

La *Rubia* se desasíó con dulzura del nudo esclavizador, é inagotable de paciencia, recomenzó á friccionar.

—¡*Rubia*, por Dios!

—¡Si le froto con cuidado!

—Pero tus manos son de hierro.

—Resista un poco, señor alcalde, y verá como mañana está curado.

—¡Ay, ay, ay!... ¡Basta ya!

Y otra vez se abrazó á su cuello.

La *Rubia* no se impacientaba. Sentía temblar al alcalde amparado en su pecho, y esperaba que se repusiese poco á poco.

Cuando hubo pasado algún tiempo, le dijo con cariño:

—¡Vamos, un ratito más, y en seguida le fajaré con la bayeta!

Pero él se sentía muy bien junto á ella, y la imploraba mimoso: —¡*Rubia*, otro poquitín!... ¡Ese bestia de *Zumalacárregui* me ha molido!...

—¡Que se va usted á enfriar!

—¡No, no, no! ¡Con el calor de tu cuerpo no me enfriaré! ¡Déjame aún estar así!

La verdad es que el dulce calorcillo que emanaba de ella era un regalo que le hacía más bien que las fricciones de alcohol.

—Que se hace tarde —le dijo la joven queriendo deshacer el abrazo.

Pero el enfermo la retuvo más fuerte, temiendo que recomenzase.

—En seguida acabo, señor alcalde. Otra fricción, y ya basta.

—¡Espera, *Rubia*!... ¡Espera otro poquito!... ¡Así, así!... ¡Pero qué buena eres, preciosa!... ¡Si supieses que bien estoy así!...

Y para mejor testificarle su agradecimiento, la premió con un beso en el cuello. Luego prosiguió: —¿Eres soltera, *Rubia*? ¡Ay, cómo se me alivia el dolor!... ¿Conque sirves á don Clímaco?... ¡Dichoso don Clímaco que tiene á una sirvienta tan buena!... Dime; ¿te vendrías al pueblo para servirme á

mi?...

—¡Pero suélteme, buen cristiano!

—¡Ay, *Rubia*; no he visto mujer tan buena como tú!...

—¡Pero no me bese tanto, señor alcalde!

—¡Ay, ay, ay!... ¡Por Dios no me muevas, *Rubia*!...

—¡Que me está usted ahogando!...

—¡Ay, ay, ay!... ¡*Rubia*, por favor!

—Espere que le faje con la bayeta.

—¡Ay, qué consuelo, hija!... ¿Me darás luego otra fricción?

Entretanto que la *Rubia* curaba al malparado alcalde, el arcipreste y don Manuel, don Clímaco, el maestro y *Zumalacárrregui* llegaron al Vado, donde la carretera se interrumpía, y tomaron asiento junto á una fuente de triple caño para aguardar la llegada de las ilustres viajeras. Unos vendedores que encontraron dando de beber á sus bestias, dijéronles que no podrían tardar mucho, porque al salir del pueblo habían visto las caballerías preparadas ya á la puerta de la casa. Tanto á éstos como á los siguientes, pedíales don Clímaco prolijos informes de los lugares por donde habían pasado, y todos se los comunicaban buenos. La lluvia del día anterior no había desanimado á los fieles, que organizaban grandes grupos para acudir en romería al Santuario.

El capellán se frotaba las manos de gusto, y repetía:

—¡Eso por arriba! ¡Por abajo ha cundido mucho más la devoción á Nuestra Señora, y los romeros serán más numerosos!

Media hora pasó y las *Virgenes de Roca* no llegaban. El maestro propuso continuar el paseo subiendo por el monte

oloroso hasta llegar al empalme de la carretera. Desde arriba podrían divisar mejor. Todos aceptaron, y cuando ya tocaban al término de la ascensión, vieron aparecer en un recodo del camino á las dos hermanas cabalgando en lozanas mulas, y custodiadas por dos criados de á pie.

—¡Ahí están las señoras marquesas! —exclamó don Clímaco para que ellas le oyesen.

Y el tímido maestro, que sentía orgullo de poder alternar un día de su vida con las ilustres Aguila-Fuentes lanzó un débil viva á las marquesas, que repitieron con brío el capellán y *Zumalacárregui*.

Este se dirigió en voz baja á don Manuel:

—Estará usted emocionado, ¿eh?

—¿Por qué?

—Por la llegada de las vírgenes.

Don Manuel hizo un gesto de indiferencia.

—¡Vamos; no finja!...

Y no dijo más; pero él bien sabía lo que se hablaba.

Damas y caballeros se encontraron.

El arcipreste fué el primero en acercarse á ellas para darles la bienvenida con el sombrero en mano y gravedad discreta que nada tenía de ceremoniosa para que el exceso de estiramiento no disimulase el placer que sentía en verlas. Al arcipreste siguió don Clímaco, alegre y campechano, muy orgulloso de tener entre sus huéspedes á tan egregias damas. ¡Cómo les agradecería la Virgen aquel molesto viaje! Don Manuel, *Zumalacárregui* y don Pedro se acercaron después.

—¿También usted por aquí, mi querido don Patricio? — exclamó la hermana mayor al terminar los saludos.

Don Patricio se acarició las patillas, y muy ufano por la amable acogida respondió: —Aquí me tienen para servirlos en todo lo que de mí dependa.

La comitiva emprendió la marcha hacia el Santuario; parladora la virgen mayor, silenciosa su hermana. Enriqueta y Blanca eran sus nombres. La primera era seca y baja; alta y bien formada la segunda. Aquélla de una fealdad pintoresca: grande la boca, pequeños y saltones los ojos, torcida la nariz acartonada, rojiza su piel de mujer herpética. Blanca era fuerte y de atrevidas curvas. Analizando minuciosamente su rostro, nada reprehensible se advertía; pero á la primera impresión hacíase refractaria, por la dureza del gesto y la altivez sostenida. Ambas eran rubias: la mayor de un rubio claro, que con las canas de que estaba salteado su pelo, parecía de estopa; la menor era de un rubio que con el tiempo tiraba á castaño.

¿Cuál era la edad de cada una?

Nadie á punto fijo lo sabía.

Decían unos que Enriqueta no bajaba de cincuenta y cinco años, y otros, haciendo cálculos comparativos, aseguraban que no subía de los cuarenta y cinco. En esta última edad sostenían los primeros que frisaría Blanca, mientras que los segundos le descontaban diez. Quizás en el justo medio anduviese la verdad: cincuenta y cuarenta respectivamente. Pero muy bien llevados, eso sí: lo mismo podía pasar por cuarenta la mayor, que por treinta la más pequeña.

Hacía poco tiempo que la gente las designaba por las *Virgenes de Roca*; pero el mote hizo tanta gracia, que no tardó en pasar de pueblo en pueblo. Habíaselos aplicado un estudiante travieso, admirador de D'Annunzio, cuando acabó de leer *Las*

vírgenes de las Rocas. Las dos hermanas solían pasar gran parte del año en una antigua propiedad de la familia, con habitación mitad cortijo, mitad castillo, rehacías al trato de las gentes. Descendían de los antiguos Aguila-Fuentes, y en la generación anterior tuvieron tres prelados y dos generales: uno que escaló el más alto puesto del ejército, y otro de aquellos que gobernó una orden monástica. Herederas de innumerables millones, tuvieron muchos pretendientes; pero nadie les conoció novio. Enriqueta se reconocía fea, insuperablemente fea, y siempre exclamaba: «No me buscan á mí, sino á mis dehesas, y á mis olivares, y á mis acciones del Banco.» Blanca arrojaba altanera los billetes amorosos ó volvía la espalda cuando algún embajador insinuaba el motivo de su embajada. Su orgullo le hacía rebajar el mérito de los aspirantes á su mano, y ni de hablar se dignaba. Como tampoco dieron pretexto para que la murmuración canallesca se cebara en ellas, la gente dijo al conocer el mote: —¡Es verdad; son unas *Vírgenes de Roca* esas mujeres! ¡Son insensibles!

—¡No tanto; no tanto! —había dicho alguna vez don Manuel.

Pero nadie ignoraba por qué lo decía. También él estuvo enamorado de Blanca cuando enviudó de su primera mujer, y le costaba trabajo declarar su derrota.

Según su orgullosa costumbre, Blanca nada dijo durante el resto del viaje. En cambio, su hermana hizo gran derroche de palabras; porque la palabra era la única belleza con que la adornó Natura. Sabíalo ella, y cuando estaba entre escogida compañía gustaba mucho de hablar, y todos la oían horas enteras sin experimentar cansancio.

—Es tan dulce su voz —solía decirse— que si su fealdad repugna y aleja al amor, un príncipe ciego ardería por ella de entusiasmo.

No sólo era dulce la voz. También la palabra tenía un fatal é

irresistible encanto. Jamás una torpe expresión mancilló sus labios, ni ante sus escasos amigos trataba de cosas triviales. Con embeleso de los presentes, iba ahora explicándoles por qué habían tardado tanto. Y aun tardaran más á no ser por Blanca, que le daba prisa tantas veces como hacía alto para pasmarse ante el paisaje que desde las grandes curvas de la carretera se contemplaba: el valle rumoroso abajo, los campos llenos de paz geórgica á lo lejos, las montañas celestes en el fondo, las nubes acumulándose allende los montes para sufrir el último incendio del sol de la tarde.

—¿Y qué dirá usted cuando llegue al Santuario y vea el espectáculo que se extiende al otro lado? —le preguntó alborozado don Clímaco, que no dejaba de pensar en las misas y sermones que las opulentas marquesas le encomendarían.

—¡Ah, siento muchos deseos de verlo!... Sólo he estado en el Santuario una vez, allá de niña, y he conservado un recuerdo perdurable. Era en invierno, y las montañas estaban blancas, y un rebaño de ovejas iba por ellas confundiendo su blancura con la nieve que caía... ¿Y Peña Negra? ¿Siguen las águilas anidando en ella?... ¡Cómo deploraba yo no ser águila entonces para contemplar desde arriba la amplitud del espacio!... ¿Y la Gruta de los Adarves?... Ustedes dicen la Cueva de los Abades; pero su nombre es morisco, y así es justo que sea, pues aun la recuerdo como un camarín árabe... ¿Y la Gruta del Agua?... He oído que han abierto un túnel para llegar más fácilmente á ella... ¡Cómo recuerdo las estalactitas!... ¡Y qué bella la gruta cuando al mediodía el sol la iluminaba!... ¡Verde, rosa, amarilla!... Todos, todos los colores del iris reflejados y combinados en sus sonoras concavidades, en una fantástica profusión de luces... ¿Han dilatado la entrada cenital?... ¿Que no?... Han hecho bien. Esos espectáculos han de ser fugaces para que encanten. El ojo habituado perdería interés... ¡Así, así; un momento, un momento!... El sol entra en la gruta y se disuelve en los húmedos cristales de las estalacti-

tas. Pasa, y las sombras envuelven el prodigio chispeante de sus colores... ¿Y el torrente, señor capellán?... ¡El torrente no rugirá ahora como en el invierno!... ¡Qué lástima!... ¡Ah! ¿sostiene usted que sí?... No era la canción de las aguas, como dicen los poetas; yo lo recuerdo como una tempestad sinfónica, inexplicable é inconfundible, rodando por los huecos senos de los montes; todo ruido al principio; todo gradaciones y matices orquestales luego... ¡Tenemos que bajar á comer!... ¡les invito á comer mañana en la Cueva del Agua!...

Los cinco amigos escuchaban atónitos á la *Virgen de Roca*. Don Manuel había inclinado la cabeza para no verla, y caminaba como un sonámbulo adormecido por la virtud de aquella música oral. Cuando se extinguió la última vibración, don Manuel irguió la cabeza, y sus ojos se detuvieron en la pierna izquierda de la hermana. La ropa había quedado en desorden al cabalgar, y sobre el zapato lustroso asomaba un buen trozo de media fina y calada que estallaba al aprisionar la carne compacta. Los ojos del caballero ascendieron relampagueantes hasta los ojos de ella. Ella le observó, é hizo un movimiento con el pie para ordenar la falda; pero su rostro no se inmutó.

—¿Y qué cuenta usted, Blanca? —le preguntó don Manuel.

La virgen hizo un esfuerzo para hablar. Con voz lenta y velada por el desuso, le respondió: —Nada.

Don Manuel volvió á fijarse en ella. Con ser más hermosa que fea, no inspiraba interés. Su frente estaba hondamente marcada por el surco de una orgullosa tenacidad, y sus ojos diríanse de vidrio por lo fijos é impasibles, si algún tardío parpadeo no traicionase su animación.

Al descender otra vez al Vado, internáronse en una cañada bordeada de rocas escuetas. Las herraduras resonaban en los guijarros, y la voz de Enriqueta, que empezó á hablar, susci-

taba claros y suaves ecos.

—¿Es bonito, eh?

Y elevando ahora el tono y atenuándolo luego, complacíase en escuchar aquel secreto y fiel remedo.

—¡Hable usted, don Patricio!...

Zumalacárregui lanzó su voz de trompa, que rebotó por las quiebras y se prolongó á lo lejos hasta expirar débilmente en la cerrada.

Don Clímaco rió del grito y su risa también encontró un eco entre las peñas.

—¿Es bonito, verdad? —repetía la *Virgen*—. ¡Y don Patricio tiene una hermosa Voz!

—Pues ahora verán ustedes —exclamó envaneido.

Y como si estuviese al frente de la antigua caballería carlista, comenzó á dar voces de mando, que, agrandadas por la oquedad, parecían pronunciadas por un gigante. Don Clímaco quiso emularle entonando á pulmón herido el *Miserere*, y los gritos de uno y los cantos del otro retemblaban en torno y proyectaban sus ondas sonoras por todos los ámbitos.

Don Manuel miró á Blanca, que seguía impasible, como si aquella grotesca chanza en nada modificase su carácter. Los bruscos vaivenes de la mula en los malos pasos habían desordenado la falda, y su pierna firme y redonda estaba otra vez de manifiesto. Don Manuel se fijó en ella, pero un nuevo movimiento del zapato reparó el desorden.

—¿Está usted fatigada, Blanca?

Con su voz precisa y velada le contestó:

—No.

El valle se había ensanchado, y el eco de las palabras fué atenuándose.

La mayor de las hermanas interrogó:

—¿Es el Santuario ese edificio que blanquea entre las montañas?

El arcipreste le dijo:

—Es la casa de la Virgen. El santuario y la residencia de don Clímaco ocupan otro lienzo que da á la cerrada, y forman con la casa de la Virgen un ángulo recto.

—Tan pequeña era cuando vine, que apenas recuerdo la posición de las cosas. Hasta me representaba el Santuario más separado de la cerrada.

—¡Oh, no! El monte de la derecha y el que á la izquierda sostiene al castillo debieron de formar primitivamente uno solo, pero el empuje secular de las aguas lo escindió, sin duda. Entre las rocas escarpadas que bordean el abismo es donde se apareció la Virgen y se alza ahora el Santuario.

El castillo primero, Peña Negra después, se mostraron de súbito al recodar el camino.

—Es el castillo, ¿verdad? —preguntó Enriqueta.

—El mismo —asintió don Gervasio.

—¿Y Peña Negra no tardará en surgir?

—Está al lado. Mírela á su izquierda.

La *Virgen* se desilusionó:

—¡Qué decepción!... ¡Y cómo engaña el recuerdo cuando lo

avalora la fantasía!... Yo me representaba á Peña Negra tan alta, tan alta, que era diez veces más alta.

—Señorita, desde aquí todo nos parece bajo, porque bajamos de unos montes dominadores y perdemos la noción de la altura en que estamos; pero desde el otro lado todo cambia. Lo que ahora parece chico se agiganta en seguida, y no es el menor encanto de este paraje el cambiar tan bruscamente de espectáculo.

—Así debe ser, señor arcipreste. Los años me habrán hecho perder el recuerdo de la parte en que estamos, mientras que he conservado presente y viva la impresión de la otra: abismos y montañas, torrentes y cascadas, grandes extensiones sinuosas en segundo término y cordilleras nevadas en el con-fín del firmamento.

En estas pláticas se habían acercado al término del viaje. La casa de la Virgen se destacaba encima de la comitiva, acribillada de ventanas. La senda se angostó tanto, que los hombres tuvieron que caminar uno á uno. Las caballerías treparon por la rampa pedregosa y sonora, y las viajeras tuvieron que inclinar el cuerpo hacia adelante para no caer. La pierna de la más joven, recta y en tensión, volvió á asomar bajo la falda, y don Manuel, que cerraba la marcha, tuvo que hacer un esfuerzo para no besar aquella media fina y de suave color que le daba turbaciones.

Cuando entraron en la plazoleta, los criados tomaron del diestro á las bestias para acercarlas á unos grandes poyos adosados á las paredes del Santuario. El arcipreste ofreció la mano á Enriqueta. Don Manuel acudió diligente á Blanca. Ella pareció no reparar en el caballero, y apoyándose en el hombro del criado, dió un salto y descendió sobre el poyo.

IX

La tienda de las *Virgenes de Roca* se destacaba en el camino de Peña Negra, blanqueada por la luna é iluminada por la luz rojiza de un quinqué. Componíase esta tienda de dos cuerpos, y aun mejor de dos tiendas continuadas. Grande y octogonal la que servía de dormitorio; más pequeña y cuadrada la que precedía sirviendo de comedor y antesala. En la primera habían colocado dos camas de campaña. En la otra se veía una mesa, una maleta y cuatro sillas. Dos compuertas de madera cerraban este albergue, y los cuatro criados de las marquesas les servían de custodios durmiendo ante la entrada.

La plazoleta estaba ya llena de puestos en espera de los compradores que llegarían al siguiente día. Terminada la faena de ordenar objetos, los vendedores se reposaban ahora cenando á cielo raso, ó departiendo en grandes corros. Algunos elevaban temerosos la mirada para interrogar las ligeras neblinas que bogaban sobre cielo y tierra.

De pronto sonó un rasgueo de guitarra en un rincón de la plazoleta, y como si convenida apelación, de una tienda de quincalla le respondió una flauta.

—¿Música tenemos? —exclamó el arcipreste cuando iba á despedirse para dormir.

—Donde vaya esta gente allí habrá música —añadió don Manuel.

Y asaltándole una idea propuso:

—¿Qué les parece de dar serenata á las *Virgenes de Roca*?

—¡Magnífico! —gritó don Patricio, que siempre estaba dispuesto para ir de broma.

—Me parece que con dos instrumentos va á resultar la or-

questa un poco desairada —observó don Gervasio.

—¿Cree usted?... Ahora verá si son dos ó sin son doce.

Don Manuel llamó á los que tocaban y les consultó brevemente.

Un rato después templaban y se ponían á tono ante la puerta de don Clímaco cinco guitarras y tres bandurrias, dos violines y una flauta, un clarinete y una ocarina.

—¿Estamos? —preguntó don Manuel que hacía de director.

El arcipreste, siempre correcto, advirtió:

—Quizás sea una imprudencia que no halague á las señoras marquesas. Hace cinco minutos que apagaron la luz, y es posible que con la fatiga del viaje estén ya durmiendo.

—Mejor así. Una música suave arrullará el sueño á nuestras encantadoras *Virgenes*. ¡En marcha y sin ruido, señores!...

Todos se pusieron en movimiento, y don Manuel delante. Cuando salieron de la placeta y el director se detuvo un instante para contemplar la vastedad de los campos envueltos en la azulada palidez de la luna, *Zumalacárregui* le tocó en el hombro, y le dijo muy quedo: —¡Yo quiero cantar!...

—¡Y yo quiero reir!... ¿Cantar ahora, *Zumalacárregui*?... Usted no está bueno.

—¿Por qué, don Manuel?

—Súbase á Peña Negra y cante desde la punta hasta que salga el sol. ¡Adelante, señores, sin hacer ruido!

La proximidad del numeroso grupo desveló á los criados. Don Manuel les hizo un signo para que callasen. Cuando llegaron ante la tienda, ordenó en fila á los músicos, y les dijo

que le siguiesen. Dos señales de atención con el índice, y á la tercera rompió la serenata con un aire tenue y lánguido, que parecía inspirado en la dulzura nocturnal. Don Manuel delante y los músicos detrás, fueron dando vuelta á la tienda con paso lento y al compás de la música blanda y cadenciosa. Las cuerdas tirantes que retenían la tienda obligábanles á inclinarse, y á la mitad de la marcha, el organizador se desvió algunos pasos para presenciar el desfile de sus hombres, que sucediéndose unos á otros y con el cuerpo doblado, parecían uno de esos grupos melancólicos de ciegos que con marcha lamentable pasan tañendo sus concertados instrumentos bajo nuestros balcones. El aire lánguido, la tibieza del ambiente perfumado de tomillos y romeros, de mejoranas y espliegos, la paz solemne de la noche, el murmullo de las aguas al correr por las cañadas y despeñarse en los abismos, la gran idea de majestad y calma que del todo emanaba estuvieron á punto de arrancar lágrimas á don Manuel. Los músicos terminaron la ronda, y al expirar el último acorde en un imperceptible desvanecimiento, estalló una salva de aplausos que resonó en la concavidad de los montes y tuvo mayores repercusiones allá en la plazoleta obscura, donde se hablan reunido todos los vendedores.

Cuando el silencio se restableció, sintióse en el interior de la tienda ligero silabeo. Luego se hizo una rojiza claridad, que fué acrecentándose hasta convertirse en dos luces.

—¿Cuadros disolventes tenemos? —murmuró *Zumalacárregui*.

Las *Vírgenes de Roca* se habían sentado en las camas, y sus bustos se proyectaban en las telas: largo y delgado uno; fuerte y ampuloso el otro. Durante algunos segundos fué un curioso entretenimiento para los espectadores observar en la sombra los movimientos del interior. Las hermanas estaban poniéndose las medias y prevenían las ropas. Los músicos iniciaron

una tocata retozona y lasciva, que hizo bailar la alegría en el cuerpo de don Patricio. De súbito, una sombra larga, sutil, que se quebraba en la altura de la tienda, se destacó en el lienzo iluminado haciendo grotescas contorsiones. La *Virgen* mayor se había puesto en pie, y comenzaba á vestirse. ¡Fué una carcajada general, que ni el arcipreste ni el maestro pudieron reprimir!... La otra hermana también se irguió, y su móvil visión esplendorosa aumentó la alegría.

—¡Qué redondeces, santo cielo! —murmuró *Zumalacárregui* al oído de don Manuel, que peligraba morir de risa.

La joven se había vuelto de costado, y una gran prominencia terminada en firme punta apareció recortada en el lienzo indiscreto. Á un nuevo movimiento del interior correspondió otra sombra más grande y circular. La sombra fué descendiendo, descendiendo, y el círculo obscuro se ofreció casi perfecto; tal como una gran esfera armilar ó como una luna de triplicado tamaño sostenida por un eje... ¡Y don Manuel estaba para morir de risa!... Levantando la mano, se acercó á la tienda. El arcipreste y el maestro quisieron detenerle; pero desasiéndose de ellos, llegó, batió el lienzo, y á la vez que el lienzo, la carne recia que en él se apoyaba... Un leve grito de sorpresa sonó dentro; la sombra se estiró bruscamente, y las dos luces se apagaron.

—¡Es usted el demonio! —le dijo el arcipreste.

Don Manuel no hacía más que reír.

—¿Y si ahora se enojan?...

—¡Qué le hemos de hacer, don Gervasio!... Un gusto bien vale por una desazón.

—¿Pero qué dirán de nosotros?

—Cuando abran lo sabremos... ¿Oye, oye usted?...

Una risa ligera sonaba en el interior. Las *Virgenes de Roca* seguían vistiéndose á obscuras. Luego volvió á encenderse una luz, y la más delgada pasó á la primera tienda, descorrió el cerrojo de la compuerta y se mostró desgreñada y fea.

—¡Muchas gracias, señores; muchas gracias!

La otra hermana apareció detrás, silenciosa y altiva.

El señor arcipreste se dió prisa en excusarse:

—Perdonen ustedes, señoritas, si las hemos molestado. Ha sido una ocurrencia de don Manuel, que ha querido darles serenata. Ya le advertí que estarían ustedes durmiendo y podríamos molestarlas.

—Pues ha sido una encantadora humorada —exclamó la *Virgen* parlante. En efecto, yo acababa de quedarme dormida, y los primeros acordes los he percibido como si fuesen un ensueño, y era una música tan tenue y discreta, que me ha despertado poco á poco: hasta ha habido un momento en que el sueño se ha confundido con la realidad... ¿Pero qué hacen á la puerta?... Pasen; pasen ustedes... Don Patricio, usted en mi cama; pero cuidado con rompérmela... Usted, don Pedro, siéntese en la de Blanca... Usted en esta silla, señor arcipreste...

Don Gervasio volvió á excusarse:

—Es tarde, señoritas; ustedes necesitarán descanso.

—Un rato más, y que toquen algo los músicos.

En seguida salió á la puerta, y habló quedo á un criado. El mozo salió de huida hacia la plaza, volviendo á los cinco minutos bien provisto de dulces y botellas.

Blanca no se movió de la silla en que se había sentado, y persistía muda y altanera. Su hermana ofreció dulces á los caba-

llos, mientras el criado obsequiaba á los músicos. Luego tomó Enriqueta una botella, que *Zumalacárregui* le arrebató: —Perdone usted, señora marquesa, esto es cuenta mía.

Y después de descorcharla, le ofreció la primera copa.

La tocó ella con los labios, é hizo un gesto de rechazo: — ¡Jesús, don Patricio!... ¡Si esto es fuego del infierno!

—Perdone usted; no me había fijado que era ron.

Y empezó á leer los rótulos de las botellas:

—Ron; coñac, coñac; ron; coñac; Jerez... Esta es de Jerez. ¿Les gusta á ustedes el Jerez? La verdad es que en estas alturas no se puede ser muy exigentes.

Luego de ofrecer Jerez á las damas y coñac á los caballeros, salió de la tienda para obsequiar á los músicos, y antes de terminar la ronda, la primera botella había fenecido. Mientras *Zumalacárregui* entró por la segunda, los músicos reían y se hacían guiños. Según refirieron luego, cuando alguno había bebido, don Patricio entablaba con él largo diálogo. «¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres? ¿Cuánta familia tienes?» Y en tanto que el interrogado se explicaba, él apuraba, distraído, copa tras copa. Hasta aseguraron hiperbólicamente que don Patricio había consumido más coñac que todos ellos juntos. Lo cierto es que al concluir la ronda habían sucumbido dos botellas; pero cuéntese que á los criados no los echó en olvido. Sin beber tanto como decían, la verdad es que el calorcillo del alcohol aumentó su alegría, y que empezó á gritar: — ¡Música! ¡música!...

El arcipreste tuvo que reconvenirle:

—No grite usted tanto, hombre, y tenga cuidado, que á poco derriba la mesa.

Los músicos consultaron con el clarinete, que en ausencia de don Manuel hacía de director, y empezaron á tocar el Vals de las olas, inevitable entonces.

—¿Quiere usted bailar, Blanca? —le preguntó don Manuel, que estaba sentado á su vera.

La *Virgen* joven pareció no comprender. Don Manuel se puso de pie y la invitó entreabriendo los brazos.

—Esto es muy fácil, señorita...

Blanca estaba indecisa. Ya iba á rechazar, alegando ignorancia, cuando él la contuvo: —Y diremos que toquen más lento.

Blanca se irguió arrogante é impasible.

—¡Muy bien, muy bien por la pareja! —exclamó *Zumalacá-rregui*, pretendiendo levantarse para invitar á Enriqueta.

—¡Quieto, mi querido don Patricio! —le dijo el arcipreste deteniéndole con un gesto.

Pero no fué preciso, porque al intentar alzarse recayó pesadamente en el lecho.

Blanca y don Manuel salieron de la tienda y empezaron el vals. El desuso se manifestaba en la *Virgen* por torpeza.

—¡Más lento! —gritaba el galán á los músicos.

Y dirigiéndose á ella, le murmuró suavemente:

—¡Ve usted, Blanca! ¡Si es muy fácil! Basta con mover los pies, y aquí nadie puede vernos... Pierda el temor, Blanca... ¡Así, así!...

Y empezó á canturrear, siguiendo el aire de la música y del baile: Olas que al llegar...

Su cuerpo rozaba muellemente con el de ella, comunicando un delicado calor á su alma aterida.

Insensiblemente habían rodeado la tienda, y ahora se encontraban lejos de testigos.

—¿Y no le entusiasma á usted —le dijo él— la placidez de esta noche incomparable, que invita á la vida y al amor? Mire usted hacia abajo, Blanca. Como el mar que describe el vals es el espacio infinito y hondo que se extiende ante nuestra mirada: pasos hacia la izquierda, y ese confuso mar rumoroso que la luna aclara nos tragaría para siempre. ¡Ay, Blanca, Blanca!... La muerte tan cerca y nuestras pobres vidas bailando sobre ella. ¡Y cómo se siente aumentar la vida tan cerca de la muerte!... Sin ser joven, siento los bríos de mi juventud al lado del abismo, sólo porque aquí, al lado de mi corazón, tocando con él, oigo latir el suyo...

La *Virgen de Roca* nada decía, pero don Manuel observaba en el naciente fulgor de sus ojos que la roca se fundía. Hasta sintió que por el cuerpo de ella corría un súbito estremecimiento; quizás el fresco de la noche; tal vez el miedo glacial de la muerte evocada, que le hacia unirse más estrechamente á él. También él sentía frío al pensar que los músicos, fatigados, pudieran cesar, y alargando los pasos, desanduvo lo recorrido, sin perder la cadencia del vals. Al pasar ante la puerta sonaron los vivos de don Patricio. Seguir adelante era imposible. Estaban al lado del precipicio, y tuvieron que retroceder. Al repasar ante los músicos, don Manuel los animó: —¡Sigán, sigan y no paren hasta que les avise yo!...

Insensiblemente volvió á alejarse la pareja por el otro lado de la tienda.

—¿Hace fresco, verdad? —dijo él.

Blanca nada respondió; pero acogió sin resistencia la presión

de don Manuel para retenerla más cerca. Por espacio de cinco minutos sus cuerpos siguieron el ritmo del vals; pero sus pies no se desplazaron. Ella tenía los ojos acuosos puestos en la lejanía iluminada por la luna, y él miraba los ojos extraviados de ella... ¡La roca se fundía!... Á otra estrecha y dulce presión del caballero, respondió un largo y comprimido sollozo de la marquesa, y con voz velada por la secreta emoción, murmuró en un supremo abandono de sus fuerzas: — ¡Ingrato!...

Don Manuel la oprimió con más vigor, y acercando sus labios resecos á la boca de ella, replicó entre besos: — ¡No fué mía la culpa!...

Blanca se sintió acometida de nerviosa crispadura, y aceptando con total renuncia de su altivez los abrazos de él, murmuró desfalleciente: — ¡Fué la juventud de la otra!...

Los músicos, fatigados, cesaron de tocar.

— ¡Tan pronto! — exclamó don Manuel sin darse cuenta del tiempo que había circulado.

Y ofreció el brazo á su dama para acompañarla á la tienda.

En el camino se inclinó galantemente para murmurarle al oído una frase, que fué acogida con una negativa de la cabeza. Don Manuel insistió, y un suspiro ahogado fué la contestación.

— ¿Entendido? — preguntó él.

Y ella murmuró muy quedo:

— ¡Sí!

Al entrar en la tienda, la *Virgen de Roca* tomó asiento en su silla, sin que un ligero temblor de los músculos faciales traicionase su emoción. Don Manuel aun pareció más animado

que antes, é iba y venía sin cesar, hablando con músicos y criados, y dando de beber á todos.

—¿El viaje habrá sido largo? Querrán ustedes dormir, ¿eh?...

Y distraídamente dejó dos botellas de ron sobre los aparejos que sirvieron de lecho á los criados.

Poco después se alejaron todos. La tienda volvió á cerrarse, y el silencio imperó en el camino de Peña Negra.

La música continuó algún tiempo ante la puerta de don Clímaco. El arcipreste fué el primero en retirarse á su habitación, que era la de la *Rubia*. Esta bajó á dormir á la aldea, en casa de sus hermanos, y el capellán se refugió en la casa de la Virgen —abierta ya para acoger á los romeros pudientes—, por ocupar su cama el alcalde.

Don Manuel y don Patricio se quedaron en la plazoleta.

—¿Y usted no se acuesta? —le preguntó beodo *Zumalacárregui*.

—En seguida voy.

—Bueno; pues me quedaré con usted. Tampoco tengo yo sueño.

—No; acuéstese, *Zumalacárregui*.

—Antes moriré que dejarle solo.

Don Manuel tuvo que abandonar el poyo para que le siguiese el borracho. Don Patricio cayó vestido en la cama, y al poco rato dormía profundamente. Su compañero saltó del lecho y salió de puntillas. Al llegar á la plaza todo estaba tranquilo. En el interior de un puesto aun se veía luz.

La luna ya no iluminaba el castillo, y sólo una tenue claridad

blanqueaba la aguda punta de Peña Negra. Don Manuel cruzó la plaza sin mover ruido y ascendió por la angosta vereda que conducía á la tienda. El astro noctívago se escondía lentamente, entre unas nubes lechosas que coronaban Sierra Morena, y los grandes campos ondulantes estaban envueltos en misteriosa penumbra. Don Manuel creyó divisar un bulto sentado en una roca, allá en el fondo, á cien metros de profundidad. Casi al mismo tiempo vió otro bulto que salía de la casa de la Virgen, y para no ser descubierto, se encajó entre dos peñas. El último avanzó por la plaza mirando recelosamente en torno, y tomó por un caminejo pedregoso que conducía á los dispersos poblados de la hondonada. Al llegar junto al bulto sentado, detúvose un momento, y ambos prosiguieron el descenso. Don Manuel sonrió al reconocer á don Clímaco en el trasnochador y á la *Rubia* en quien esperaba, y cuando se hubieron perdido entre las sombras y los riscos, se encaminó hacia la tienda.

La luna acabó de ocultarse y la tierra parecía envuelta en una bruma universal y confusa. Peña Negra se erguía más negra rodeada de tinieblas, como un fantasma gigantesco y medroso. Algunas aves luctuosas revoloteaban en torno lanzando graznidos, y luego desaparecían en las quiebras y oquedades abiertas hacia la mitad de ella. Su cresta altiva era la región y el alcázar de las águilas, que á esta hora dormían.

Extremando el cuidado, don Manuel se aproximó á la tienda solitaria. Los guardianes dormían pesadamente sobre el aparejo de las caballerías y al lado estaban las dos botellas enjutas. Acercándose al lienzo que daba al abismo, el nocturno rondador pulsó con los dedos. En seguida sintió retirarse un cuerpo y la cama crujió levemente. Todavía hubo de esperar buen rato. Luego le pareció que alguien se movía dentro; la compuerta gimió; se entreabrió cautelosa...

Don Manuel entró.

X

Eran las once de la mañana, víspera de la fiesta, y aunque la plaza estuviese llena de vendedores, los romeros no llegaban. Don Clímaco miraba á lo lejos desde el camino de Peña Negra, y en toda la gran extensión que abarcaba, sólo pudo percibir á una familia que venía en dirección del Santuario. Consultando luego el cielo observó la presencia de algunas nubes entre el castillo y Peña Negra. Ante la aparición de aquellos jirones grises sintió un ligero estremecimiento, pues el buen capellán temía más á las nubes que á la falta de peregrinos á esta hora. Bien sabía él que hasta las dos de la tarde no empezarían á llegar de las cuatro provincias limítrofes.

—¿Vamos, don Clímaco? —le gritó *Zumalacárregui* desde la plaza.

—Cuando ustedes gusten.

Los amigos del día anterior, con las *Virgenes de Roca*, el alcalde y la *Rubia*, habíanse reunido en los poyos del Santuario para bajar á la Gruta del Agua. Al incorporárseles don Clímaco empezaron el descenso del monte. Las *Virgenes* se quejaban del mal camino y de las molestias que en los primeros momentos les causaban las alpargatas de cáñamo con que hubieron de calzarse para andar entre los riscos. Don Patricio ofreció el brazo à Enriqueta y don Manuel á Blanca; pero pronto tuvieron que renunciar á esta galantería, porque las fragosidades del terreno no consentían el descenso de dos en dos.

—¿Y usted no teme caerse? —preguntó la *Virgen* mayor á la *Rubia* que, cargada de cestas, marchaba delante de todos con la seguridad de una cabra triscadora.

—Yo estoy acostumbrada —le respondió volviendo la cabeza y firme sobre la arista de una roca, en la que apenas cogían

sus pies.

Y como si quisiera hacer gala de su soltura apresuró la marcha brincando de peña en peña.

Enriqueta se sintió fatigada y quiso descansar un momento. Al pasear la mirada en torno lanzó una exclamación de sorpresa.

Estaban en la mitad de la vertiente y la altura que se erguía sobre ellos era incalculable. Arriba se destacaba la tienda, pequeña y blanca como un copo de nieve entre las rocas oscuras. Por encima de la tienda se alzaba desolado el castillo de las épicas leyendas, y más á su derecha, venciendo al castillo y á las montañas próximas, surgía escueta y altiva, como en un ímpetu de independencia que la hiciera destacarse de todas sus rivales, la gigantesca Peña Negra. Las *Vírgenes* y sus compañeros estaban frente á ella, y la miraban sobrecogidos, temiendo que se les desplomase encima. Grandes pájaros negros se cernían sobre la, punta, sin mover apenas sus largas alas abiertas.

—¿Son águilas, verdad? —exclamó Enriqueta siguiendo con envidia los pausados círculos que en el aire describían.

Don Clímaco le respondió:

—Son buitres, señora marquesa... ¡Si usted los viese!... Son enormes.

—¿Más que las águilas?

—Más todavía... Mire hacia abajo, señora marquesa; allá muy lejos... ¿No ve una sombra que avanza?

—Ya la veo.

—Esa es un águila. Preste atención, porque viene hacia nosotros.

La sombra se agrandó entre los oros de la mañana; avanzó; pasó zumbando sobre la cabeza de los espectadores y detuvo su raudo vuelo en el pico de Peña Negra. Señora de tan alto trono, extendió, sacudió sus grandes alas, y empezó á pasear contemplando la grandeza de sus dominios. Súbitamente, como si surgiese de alguna oculta habitación de la roca, apareció á su lado otra águila agitándose nerviosa. En seguida batió triplicadas veces las alas, tembló un momento en el espacio, y en vuelo súbito cortó el aire, pasó con el claro rumor de un proyectil de artillería sobre el grupo, y se alejó, se alejó veloz é incansable en el piélagos de luz matinal, hasta sólo destacarse como un ínfimo pajarillo.

—¿Adónde irá? —gritó Enriqueta temblando de alegría.

—Quizás no pare el vuelo hasta tocar en Sierra Nevada —le dijo don Manuel.

Pero apenas terminó de hablar, el punto microscópico se dejó caer como si un rayo le hubiese fulminado.

—Alguna presa que descubrió desde Peña Negra —observó don Clímaco.

—¡Desde tan lejos! —exclamó Enriqueta—. ¿Qué distancia habrá, don Clímaco?

—El águila ha caído cerca de Betura. En algún cortijo de Betura... Cerca de tres leguas, señora marquesa.

—¡Quién fuese águila!

—¡Ya está de vuelta! —murmuró el arcipreste extendiendo el índice.

La reina de las alturas retornaba con vuelo igual que partió. Su sombra fué agigantándose en el espacio, y pasó como una exhalación.

—¿Qué lleva en el pico? —preguntó la *Virgen* habladora.

—Una gallina —le respondió el capellán.

—¿Y no se cansa?...

—Cada momento las veo pasar conduciendo corderos en sus garras.

—¡Quién fuese águila! —repitió ella reanudando la marcha.

La *Rubia*, que esperaba ya cerca de la gruta, la llamó: —¡Por aquí, señorita; tire hacia la izquierda!

Tomando por donde ella decía, dieron con una vereda que serpenteaba entre las rocas. Luego se encontraron interceptado el paso por otras rocas más altas y resbaladizas, vecinas del túnel. Enriqueta no se atrevió á descenderlas hasta que *Zumalacárregui* bajó delante y le tendió los brazos.

—¡Láncese sin miedo, señorita!...

Tan sin él lo hizo, que se quedó abrazada á don Patricio. El viejo carlista la estrechó contra su pecho; y siguió bajando.

—Basta; basta ya, don Patricio —le gritaba ella riendo.

Pero el hombretón no la abandonó hasta dejarla en buen seguro.

En seguida bajó don Manuel.

—¡Venga la mano! —le dijo á Blanca que le seguía.

Ella pareció no oírle, y quiso descender sola. La falda se le enredó en unos zarzales, y al volverse para desengancharse, las piernas quedaron más al descubierto. Su hermana reía desde abajo, y sus risas llenaban de iracundia á la prisionera. Dando un fuerte tirón quiso libertarse de aquellas garras punzadoras; pero perdió pie, y quedó suspensa y debatiéndose en

la pendiente. Don Manuel y *Zumalacárregui* acudieron en su ayuda, y con gran trabajo pudieron libertarla, arañadas las piernas, sangrando las manos.

—¿Se ha hecho daño, Blanca? —le preguntó don Manuel.

Y con su palabra fría y precisa, le contestó:

—No.

El arcipreste, don Clímaco y el maestro bajaron sin dificultad; pero el alcalde aun estaba dolorido y carecía de fuerzas.

—¿Y quién le manda venir? —le gritó colérico *Zumalacárregui* trepando para recogerle.

—Me da la gana —le contestó el alcalde con su voz infantil.

—Á ver si á mí me entra la de echarle en medio del zarzal.

—¡Inténtelo si se atreve!

—¿Que lo intente?...

—¡Ay, ay, ay!... Suélteme, bruto...

El arcipreste intervino suplicante:

—¡No haga eso, don Patricio!...

Pero el gigante había colocado ya al alcalde en medio del zarzal.

—¿Qué dice usted ahora, mequetrefe?

—¡Bruto! ¡mamarracho! ¡animal! —exclamaba el alcalde acribillado por las zarzas—. ¡Mamarracho! ¡criminal!...

—¡Á que le pego fuego á los zarzales y me como á usted como un pájaro asado?...

—¡Caníbal! ¡animal!...

—¡Basta por Dios, don Patricio! —le gritaba don Gervasio.

—¡Sáquelo ya, don Patricio! —le suplicó Enriqueta.

Al oír esta voz, *Zumalacárregui* estiró los brazos, y cogiendo de los hombros á su víctima, la sacó de su erizada prisión. Las espinas se le habían clavado en todo el cuerpo, y con las quejas del escozor, el alcalde no hacía más que gritar: — ¡Asesino! ¡animal!

—¡Vamos pronto, ó le echo otra vez en las zarzas, estorbo!

—¡Ni al cielo voy con usted! ¡Mamarracho! ¡animal!...

—¿Quiere que suba una señorita á recogerle, so trasto?

Y cargándosele á la espalda, empezó á descender las rocas; pero el alcalde apenas le consentía moverse: sus piernas se cruzaban entre las de don Patricio y con las manos le estrujaba el cuello.

—¡Quieto, ó le tiro monte abajo!

—¡Suélteme, animal!...

Zumalacárregui sentíase perecer bajo la presión de las manos, y apresurando el paso, resbaló en la roca lisa, y cayó de espaldas.

—¡Ay, que me ha matado! —gritó el alcalde poniendo los ojos en blanco.

Los hombres cesaron de reír para prestarle auxilio, pero la *Rubia* subió antes, y levantando á don Patricio, se inclinó sobre la pálida víctima.

—¿Se ha hecho gran daño? —preguntábale con su voz mimosa é ingenua.

Durante algunos minutos no pudo responder. Luego respiró largamente, y sus primeras palabras, dichas con voz doliente, fueron éstas: —¡Es muy bruto ese hombre!

Don Patricio quiso protestar, pero Enriqueta y don Gervasio le contuvieron.

—¡Á la cueva, á la cueva! —gritó ella acercándose al túnel—. Desde aquí oigo el ruido de las aguas.

Pero aun tuvieron que esperar un buen rato antes de que el alcalde se repusiese.

—¿Nos mojaremos mucho? —preguntó la *Virgen* fea viendo el caudal que salía por la boca.

—Nada, teniendo cuidado —observó don Clímaco.

Abierto en alta roca veíase un gran agujero negro que daba paso á la Gruta del Agua. Antes se llegaba á ella rodeando la gran peña y deslizándose al borde peligroso de un abismo. Así eran muy pocos los que osaban contemplar el interior espectáculo. La cofradía de la *Virgen* dispuso años pasados perforar la gran mole, y por escasez de dinero no pudo hacerse tan elevado el túnel, que una persona pasase holgadamente. Para surtir de riego á un campo vecino lanzaron luego las aguas por la negra abertura, y los que visitaban la gruta tenían que deslizarse entre las tinieblas, apoyando cuidadosamente los pies en la doble fila de piedras colocadas á lo largo de las paredes.

—¿Pero no habrá peligro? —insistió Enriqueta antes de abismarse en las entrañas del monte.

—Ninguno; á lo más, un remojón de pies —repuse el capellán.

—Permítame usted que pase yo delante —dijo *Zumalacárre-*

gui.

—Si, sí; usted delante, don Patricio. Yo tengo confianza en don Patricio.

Su estatura era demasiado aventajada para que pasase fácilmente, y aun haciendo buen esfuerzo para inclinarse, rozaba en la bóveda hasta hacerse daño.

—Adelante, señora marquesa, y cójase á mí —sonó su voz cavernosa.

Enriqueta hizo el signo de la cruz, se remangó las faldas, y apoyando los pies en las aceras de piedras, le siguió.

—Ahora yo —dijo don Manuel—. Sígame usted con cuidado, Blanca.

Ambos pasaron trabajosamente, siguiendo don Clímaco para ayudar al arcipreste. El maestro, que era delgado, se ofreció á proteger al alcalde.

—¡Si yo no puedo inclinarme! —gimió éste—. Ese bruto de don Patricio acaba otra vez de molerme.

La *Rubia* aconsejó á don Pedro:

—Usted no conoce el túnel. Tome las cestas, y siga adelante, que yo me encargaré del señor alcalde.

—¡Gracias, *Rubia*; qué buena eres! —murmuró compungido éste.

La voz de los excursionistas resonaba opaca anunciando los malos pasos al que seguía. La *Rubia* entró en el agujero encargando al alcalde que se cogiese á su ropa.

—¡Ay, ay, ay! —gritó el molido señor no pudiendo inclinarse—. ¡Ese bruto me ha deslomado!

—¡Poco á poco! —le gritaba ella.

—Despacio; más despacio... ¡Ay, ay, ay! —seguía clamando él.

—Cójase bien, y resista.

—¡Ay, ay, ay!

La avanzada había llegado á la mitad del túnel. Sombras delante; sombras detrás.

—¡Ay, mi pie! —gritó la *Virgen* mayor.

—¿Se ha mojado? —le dijo *Zumalacárregui*.

—Hasta media pierna.

—¡Levante el pie; tenga cuidado!

Y para asegurar mejor á su compañera echó la diestra hacia atrás. Enriqueta se estremeció, y no pudo reprimir un débil grito de sorpresa.

—¡Quieto! —murmuró luego muy quedo, empujando á don Patricio al mismo tiempo que rechazaba el cuerpo.

Con la brusquedad del movimiento perdió otra vez el equilibrio, y cayó en la corriente. Por espacio de algunos segundos hubo en el agua un continuo debatimiento de personas que parecen eludir el naufragio, y la voz de Enriqueta sonó entre risas sofocadas: —¿Pero está usted borracho, don Patricio?

Y la de éste le replicó alterada:

—No haga caso, y asegúrese bien á mí.

Casi al mismo tiempo se oyó detrás otro chapoteo. También don Manuel, había extendido hacia atrás la mano, y al intentar rehuir el cuerpo, Blanca cayó en el agua. El caballero re-

trocedió un paso para socorrerla, y durante un minuto la comitiva tuvo que detenerse en el centro del túnel.

—¿Avanzan? —preguntó el arcipreste.

Y don Manuel repuso, esforzándose para contener la carcajada: —¡Á ver si avanza, don Patricio!

Pero los pasos de éste se oían á alguna distancia, y su bronca voz resonó delante: —Ya veo la luz del otro lado.

Don Manuel tuvo que reanudar la marcha, y Blanca tras él.

La cola avanzaba con más lentitud. El alcalde profería quejas lastimeras, y la *Rubia* le alentaba con sus palabras suaves é ingenuas.

—¿Llegamos al remate? —preguntó don Gervasio.

—Ya falta poco —dijo *Zumalacárregui*.

La opuesta boca del túnel veíase á cinco metros de distancia, y aunque la oquedad estuviese por allí bastante ensanchada, ó él estaba cansado ó no tenía ganas de llegar al término por lo parsimonioso de su andar. Á la tenue claridad que llegaba, don Manuel entrevió á Enriqueta siguiendo muy de cerca á su guía, y hasta le pareció observar que él la arrastraba muy poco á poco. Al llegar á la boca de salida, la *Virgen de Roca* exhaló un leve grito de dolor; contrajo el cuerpo, y sus faldas, remangadas para hacer la misteriosa excursión, descendieron al dar el último paso.

Casi al mismo tiempo que su hermana, dió Blanca otro grito más fuerte que la obligó á incorporarse y golpear con la cabeza en la bóveda. Don Manuel se detuvo, y si las tinieblas lo permitiesen, hubiérasele visto mordisquearse el bigote y reprimir la risa. Blanca gritó nerviosa y estridente: —Don Manuel, haga usted el favor de salir pronto.

Y le empujó con violencia.

Enriqueta sonreía fuera y miraba á *Zumalacárregui* con sus ojos saltones y radiantes. El antiguo capitán de la caballería carlista se mordía la uña del índice sin poder ocultar su excitación. Don Manuel apareció alegre en la boca de salida, y en seguida Blanca, impasible y altiva. Su conductor sólo observó en ella la frecuente palpitación de las aletas de su nariz... Don Clímaco, el arcipreste y el maestro no tardaron en desembocar.

La *Rubia* y el alcalde aun estaban en el centro del túnel. El gritaba que no podía seguir y ella le exhortaba con paciencia. Retroceder era ya imposible.

—Un poco todavía, señor alcalde. Esto es más ancho y caminará con soltura.

—¡No, *Rubia*, no! —lloriqueaba el pobre—. Ese bruto me ha baldado...

—Cójase bien á mi ropa.

—Si retiro las manos de la pared caeré en el agua.

—¡Vea si puede apoyarse en mí!

Retrocediendo un poco, se inclinó todavía más para que el paciente se afirmase.

El alcalde casi se tendió sobre las robustas espaldas que se le ofrecían y respiró con satisfacción.

—¿Va usted bien así?

—Bastante bien, hija mía... ¡Ay *Rubia* de mi alma, qué sería de mí si tú no me ayudases!...

—Pero no apriete usted tanto, que me hace daño.

—¡Ay *Rubia*; es que temo caerme!

—¡Que me ahoga, buen cristiano!...

—¡Ay, *Rubia* de mi alma, qué buena eres!... *Rubia* de mi corazón... ¿Quieres venirte conmigo? ¡Ay, ay, ay!... ¿Por qué me has dejado?...

Tanto quiso asegurarse el pobre alcalde, que la *Rubia* ya no pudo avanzar, y para desasirse de él, tuvo que rechazarle á la puerta misma del túnel. Fuera ya, tendióle la mano para sacarle del agua.

Reunidos todos, descendieron por una rampa escurridiza á una especie de plataforma que la cueva formaba. El ruido ensordecía. El agua bajaba rápida y espumosa de roca en roca y se despeñaba con fragoroso estruendo en una sima hondísima. Había que hablar á gritos para ser oídos. Arriba, el monte escindido dejaba ver una franja de satinado azul. Mirando hacia abajo, alargábase la angosta cerrada entre el enredijo de las zarzas que obturaban la entrada. Más allá, el valle verde y jocundo; los árboles de amarillentas hojas; los remotos y escalonados molinos al pie de los grandes saltos de agua. Y más lejos todavía, montes y montículos; dehesas y espártales; las estribaciones de Sierra Segura avanzando por la derecha; Sierra Nevada, azulina y brumosa, en el confín.

—Es magnífico, ¿verdad? —repetía Enriqueta absorta en la grandeza del variado espectáculo.

La *Rubia* quemó un hacecillo de ramas secas para que los mojados se secasen. Luego calentó la comida que había llevado en las cestas.

—¡Es curioso! —decía el señor arcipreste—. Sólo se han mojado los que exagerando las precauciones han querido ser conducidos al través del túnel.

Nadie contestó. Don Manuel miró de soslayo á *Zumalacárregui*, que aun estaba excitado y nervioso.

El silencio duró algunos segundos, hasta que la *Virgen* fea elevó su voz de plata: —¿Oyen ustedes? Ya empieza la música. Antes sólo era ruido. Ahora empiezo á diferenciar los tonos. Grande y profundo en la gruta, más grave y remoto allá abajo, claro y cantante á nuestra derecha, atenuado y continuo á lo lejos... ¿Qué sé yo, si son mil matices orquestales?... Gritos y sollozos; susurros y tempestades; súplicas y detonaciones; ayes y silbidos; galope de caballos; choque de corazas; truenos... ¿Qué es esto, un trueno?...

Y reparó en don Clímaco, que se había tornado lívido. Todos miraron al cielo: el cielo era de radiante azul. El trueno volvió á rimbombar y su eco solemne se esplayó en la cueva; bajó rodando por la cañada.

—La nube debe llevar otra dirección —murmuró el arcipreste.

Pero don Clímaco sentenció:

—No; viene hacia aquí; estoy seguro... ¡Si sólo es una nube pasajera!...

—La *Virgen* de la Sierra lo querrá así —dijo devotamente el maestro.

—¡Amén! —añadió Enriqueta.

El trueno volvió á bramar, pero más fuerte y prolongado. Poco después asomó en la altura una punta negra de la nube. La gruta se ensombreció, y algunas gotas grandes, fuertes, se aplastaron sonoras en el suelo. Al mismo tiempo pasó el relámpago como un sable de ígnea lámina, y el trueno crujió estremeciendo la cueva.

—¡Imploremos á Nuestra Señora, don Gervasio! —exclamó aterrado el maestro.

Otro relámpago llenó de vivo y pasajero incendio la oquedad, y un trueno seco, desgarrador, seguido de redobladas detonaciones pareció querer arrancar la montaña de raíz.

El arcipreste se santiguó tembloroso, y todos le imitaron. En seguida empezó á rezar con voz suplicante y recia, interrumpiéndole los continuos estampidos de la altura. El núcleo tenebroso de la nube estaba ahora encima. Los relámpagos se precipitaban zigzageando, y los truenos se rompían en un seco bombardeo sobre las cabezas aterradas. La voz del sacerdote seguía clamando fuerte y trágica. Sus compañeros, con la cerviz vencida, repetían sus palabras y cerraban los ojos al sentirse heridos por la luciente espada del relámpago...

La nube fué alejándose poco á poco; los truenos sonaron cada vez más lejos dejando que sus ecos se agrandasen á lo largo de la cerrada, y el cielo volvió á adquirir su intenso azul. La alegría renació á compás que la tormenta dejó de ser un peligro.

—Ya me figuré esta mañana que hoy tendríamos ruidos —dijo sentencioso don Clímaco.

—¿Pero se repetirán? —le preguntó Enriqueta.

—Supongo que no.

—¿Se aguará la fiesta?

—Lo dudo.

Pero en su semblante estaba retratada la preocupación.

—Por lo que pueda ocurrir, disponga pronto la comida —ordenó á la *Rubia* la *Virgen* vieja.

Y como la gruta empezaba á iluminarse débilmente, se puso á gritar alborozada: —¡El sol, el sol! Va á empezar el prodigio de las luces.

Saltando como una chiquilla, trepó por una peña que anteceda á la sima. Los demás asaltaron las peñas próximas, mientras ella voceaba estremeciéndose de dicha: —¡Qué profunda!... ¡Cómo rugen y se revuelven en el fondo las aguas despeñadas!... ¿No sienten el vértigo? ¿No experimentan la atracción del abismo?

Zumalacárregui se había colocado cerca, y miraba sus ojos saltones, que parecían escapar de las órbitas.

—¡Deme la mano, don Patricio, porque tengo miedo.

El la cogió del brazo, y ella siguió deslizando el cuerpo por la roca para mirar al abismo.

—Cójame bien, don Patricio, porque el torrente me fascina... ¿No ven cómo se ilumina la gruta?... El sol ya descende; las estalactitas se destacan de las sombras; el remolino se platea en las profundidades... ¡Ya están aquí los colores!...

Allí estaban los colores, y también los peregrinos dibujos que la Naturaleza inspirada bordó secularmente en las paredes. Allí estaban, y Enriqueta los enumeraba: blancos, verdes, amarillos; topacios y rubíes; toda la gama en una fiesta de luz; todas las piedras preciosas de los tesoros legendarios en una gruta de hadas.

—¡Miren cómo en lo profundo se irisan y chispean las espumas!...

En un rato ya no habló. Su pecho, suspirando de emoción, siguió avanzando sobre la roca para contemplar toda la honda sima en aquella súbita fulguración del mediodía.

—¡Ya declinan los colores! —murmuró luego arrobada.

Las aguas volvieron á sumirse en la penumbra, sólo aclarada por el albor de las espumas hírvientes. Las paredes de la gruta y las figuras de las estalactitas perdieron sus límpidos tonos y se desvanecieron con dulzura en el misterio de la obscuridad. Todos se retiraron de sus observatorios. Sólo la *Virgen* artista seguía abocada á la sima, anonadada, inmóvil, como si todos sus sentidos estuviesen ahora arrobados en la música estruendosa de las aguas que resonaban arriba y abajo, cerca y lejos y siempre en torno, como la tempestad redonda de múltiples órganos bajo las naves palpitantes de una catedral gótica.

Un suspiro pareció devolverla á la realidad. Entonces se aterrorizó, y al suspiro siguió un grito de espanto. Vióse tendida encima de la roca, con medio cuerpo colgando en el precipicio, y creyó caer en el remolino espumeante que en lo hondo hervía. Al mismo tiempo sintió fuerte dolor en sus piernas paralizadas. *Zumalacárregui* la había retenido de ellas, evitándola caer. Dulcemente la retiró de la roca y la dejó en el suelo.

—¡Gracias, don Patricio! —le dijo dándole un efusivo apretón de manos.

Á don Patricio le pareció hermosa.

XI

—¡Á la salud de usted, don Patricio!

—¡Á la de usted, don Clímaco!

Los dos amigos bebían y bebían sin cesar. Don Clímaco estaba como si bebiese agua, pero *Zumalacárregui*...

—¡Por Dios, don Patricio, que le hará daño! —le decía Enriqueta.

—¿Daño á mí? Aunque bebiese toda el agua que cae en la gruta convertida en vino. ¿Brindamos otra vez, don Clímaco?

—Brindemos, don Patricio.

—¡Por que caigan esta tarde muchas misas!

—¡Por que se divierta mucho!

Ambos tenían razón de estar contentos. La gente llegaba sin interrupción al Santuario, y hasta la Cueva del Agua bajaban las voces de las alturas. De cuando en cuando mozos y mozas desembocaban del túnel y se asomaban á la cueva; pero al verla ocupada por tan escogida compañía se retiraban en seguida. Ni siquiera era raro que al poco tiempo de alejarse una pareja se la viese reaparecer. Diríase que la jovenalla sentía contento en ir y venir, encorvada y á ciegas, por la oquedad del monte.

—El Túnel de los Misterios —decía don Manuel cuando lo nombraba.

Á cada pareja nueva que asomaba, el capellán repetía su pregunta: —¿Llega mucha gente, muchachos?

—Mucha, señor cura; los dos caminos son como rosarios negros.

Por su parte, *Zumalacárregui* bebía sin medida, y cuanto más bebía, más alegre y hablador estaba: —Si no fuese por estas ilustres marquesas, yo me hubiese aburrido como una ostra pegado tantas horas á las rocas. Pero desde este momento en que la gente llega, ya no podría aburrirme. Ahora es cuando comienza mi gran día: el día de mis grandes barbaridades... ¡*Sursum corda*, don Clímaco!... ¡Arriba el vaso!...

—¡Arriba el suyo, don Patricio! ¿Cantamos?

—¡Cantemos!

Y ambos á una empezaron:

¡Á beber á beber y apurar
las copas de licor,
que el vino hará olvidar
las penas del amor!

Enriqueta consultó con el arcipreste, y acordaron retirarse. El paso por el túnel se hizo en el mismo orden que antes; pero con mayor lentitud, porque don Patricio iba delante, y don Patricio estaba borracho. Al llegar á las entrañas del monte, donde las tinieblas eran más densas, sobrevino una imprevista dificultad; otros avanzaban en sentido contrario.

—¡Alto! —exclamó don Patricio en el tono imperioso de cuando mandaba carlistas.

Una voz juvenil y recia le contestó:

—¡Quieto estoy!

—¿Quién es usted?

—Gente de paz.

—Más vale así; porque es necesario retroceder.

—¿Y no será lo mismo que retroceda usted?

—¡No! —gritó amenazador *Zumalacárregui*.

—Pues yo tampoco.

—Detrás de mí vienen señoras.

—Y detrás de mí también.

—¡Atrás!

—¡Atrás!

—¡Allá voy!

—¡Toma!

Sonaron dos golpes sordos, cavernosos, que repercutieron á lo largo del túnel.

—¡Don Patricio, por la Virgen! —gritó Enriqueta aterrorizada y retrocediendo lo que pudo, pues la comitiva obturaba el paso.

Del otro lado sonó una voz femenina:

—¡Frasco, por Dios!...

—¡Hasta que me abra camino! —voceó Frasco rechinando los dientes.

—¡Antes me lo abriré yo! —le replicó iracundo su rival.

—¡Toma!

—¡Toma!

Después de los primeros golpes, ambos cuerpos se enclavijaron en las sombras; los pies chapoteaban en el agua; las cabe-

zas chocaban en la pétrea bóveda. Y los gritos de terror resonaban en uno y otro lado.

—¡Frasco, por Dios!

—¡Don Patricio, por la Virgen!

—¡Atrás! —rugía Frasco.

—Antes se desplomará el monte que retrocederé yo. ¡Atrás!
—bramaba don Patricio, y su voz sonaba en la oquedad como el eco del trueno en la cañada.

Don Patricio fué el primero en arredrar. Tan brusco fué el retroceso, que chocó con Enriqueta, lanzándola contra los que seguían. Unos cayeron en el agua, otros guardaron difícilmente el equilibrio, y todos creyeron morir en la negra angostura, donde hasta el aire les faltaba. Á un nuevo y vigoroso empuje del llamado Frasco, *Zumalacárregui* retrocedió, y el pánico de sus amigos al sentirse arrollados, se convirtió en locura. La *Virgen de Roca* gritaba y lloraba; el arcipreste imploraba paz, y don Clímaco lanzaba su nombre y condición para infundir respeto al desconocido agraviador. Sólo Blanca enmudecía haciendo esfuerzos para sostenerse sobre la acera de piedras. El maestro invocaba delirante el socorro de Dios y de sus santos predilectos, y don Manuel, que conservaba su fría razón, recomendaba calma, y que fuesen recejando los que iban detrás; pero el alcalde, que era el zagüero, impedía retroceder gritando aferrado á la *Rubia* que sus huesos se rompían y que allí iba á perecer. Tan fuertes eran sus dolores y tan grande su terror, que ella empezó á chillar sintiéndose estrujada bajo la presión de él.

—¡Que me muero! ¡Que me ahoga!...

Y cayó en el agua, y el alcalde cayó con ella, lanzando agudos gritos de dolor. Al mismo tiempo vino sobre ellos el cuerpo del maestro, y sobre el suyo chocó el de los preceden-

tes, arrollados por el empuje varonil de Frasco. Don Patricio rodó en el agua, y su enemigo, cogiéndole del cuello, juraba que había de morir ahogado. El viejo carlista sintióse inundado de angustia, y haciendo un desesperado esfuerzo sacó la cabeza del limo, y revolviéndola como león hambriento, hizo presa con los dientes en un brazo de su vencedor. Frasco blasfemó de dolor y retrocedió para desasirse. *Zumalacárregui* se incorporó en aquel instante de respiro y avanzó con las manos crispadas. Los golpes recomenzaron furiosos. Luego hubo un rato de brega titánica en que sólo se oía la respiración anhelante de los luchadores, el ir y venir de los pies en el agua y el chocar de los cuerpos en el muro.

—¡Ladrón, ya te lo he cogido! —bramó don Patricio.

—¡Y yo te voy á arrancar las entrañas! —le replicó el otro.

—¡Atrás, atrás!...

Se había apoderado de un palo con que Frasco se ayudó para vencerle en la primera parte del combate. El desconocido requirió su navaja, y los muelles crujieron ásperamente en las tinieblas, aumentando el terror de ambos bandos.

—¡Frasco, por Dios!...

—¡Don Patricio, por la Virgen!...

—¡Atrás! —gritaba éste golpeando con el palo.

—¡Atrás! —repetía el otro blandiendo el acero.

Pero la punta de su arma no llegaba donde la punta del palo, y los golpes redoblaban sobre su pecho obligándole á retroceder.

—¡Atrás todos! —bramaba iracundo é imponente don Patricio—. ¡Adelante los míos!...

Y á cada grito de ¡atrás! avanzaba un paso hacia la salida. Frasco ya no hizo oposición y retrocedió de prisa para recomenzar la lucha á plena luz.

Su cara estaba ensangrentada y la navaja temblaba en su mano corajuda. Tres mujeres que le retenían de la chaqueta dieron tiempo á don Patricio para salir.

—¡Ahora nos veremos! —gritó el maltratado dando una vigorosa sacudida que hizo rodar á las mujeres.

Y ciego de ira se arrojó sobre *Zumalacárregui*. La torpeza de la borrachera no le permitió eludir diligentemente el cuerpo, y la punta de la navaja le rajó la chaqueta y le rozó el chaleco.

—¡Toma! —exclamó don Patricio asestándole un palo en el brazo.

La navaja cayó en el suelo; pero el desarmado se rehizo pronto, y como era fuerte y joven, se lanzó sobre don Patricio, que con la embriaguez dió fácilmente en el suelo. Su rival empezó á tundirle con vigorosos puñetazos; pero una patada en mitad del pecho le hizo caer de lado.

Don Manuel, el arcipreste y don Clímaco, salieron del túnel, y acudieron á interponerse. El joven había recobrado su navaja, y el viejo le esperaba con el palo en alto. La presencia de los sacerdotes moderó al forastero.

—Pero ¿á qué viene tanto ruido, señores? —exclamó con paternal acento el arcipreste.

Frasco se quedó confuso.

—¡Ah, si yo hubiese sabido que eran ustedes!...

—¡Ea, guárdese esa navaja!... ¡Y usted, don Patricio, baje ese palo!

Ambos obedecieron. Hubo disculpas mutuas, y aquel vehemente enojo, lleno de peligros, se disipó como nube de estío.

El grupo se dividió en seguida. Don Clímaco, el alcalde y don Pedro tomaron el camino del santuario, y con ellos se fué la *Rubia*. Todos tenían que hacer arriba: el capellán recibir los encargos de misas y sermones, que no faltarían de los fieles; el alcalde, como mayordomo mayor, era el encargado de distribuir entre los romeros pudientes las habitaciones de la Casa Grande, propiedad de la Virgen. En cuanto al maestro, necesitaba reponerse del susto pasado y componer las coplas que la *Rubia* y don Patricio cantarían durante la procesión de la mañana siguiente. Los demás acordaron descender al valle para contemplar desde allí las alturas. Inútilmente porfiaron Enriqueta y don Gervasio para que *Zumalacárregui* regresase al santuario para cambiar de ropa.

—¡Yo soy más fuerte que el hierro! —contestaba sacudiendo los pies sobre una peña para expulsar el barro recogido en el túnel—. ¡En marcha cuando gusten!...

Y comenzó el lento descenso entre rocas y malezas mojadas por el turbión. Allá á la izquierda, ascendiendo por una senda empinada y tortuosa, iban en larga fila los romeros: montados en caballerías los que llegaban de lejos, á pie los que venían de los lugares cercanos. De tiempo en tiempo veíase algún hombre, mujer ó niño ascendiendo penosamente por el caminito fragoso, desnudos los pies y apoyados en algún brazo familiar. Eran penitentes, los que habían prometido á la Virgen subir en esta guisa por haberles librado de alguna enfermedad ó haber salvado á algún ser querido. Entre estos ejemplos de dura piedad, Enriqueta se quejaba á Blanca de la leve penitencia que se habían impuesto. Ellas sólo acompañarían descalzas á Nuestra Señora en la procesión por las breñas.

Cuando llegaron al valle, Enriqueta se quedó atónita. Desde

arriba parecía atenuada Peña Negra. Había que contemplarla desde el sitio donde estaban para admirar su esbeltez y grandeza.

—¿La han visto, la han visto semejante?

—Yo conozco algo á Europa —decía don Manuel— y en ninguna parte he visto nada igual.

—¿No es usted aficionado á la fotografía? —le preguntó el arcipreste.

—Sí, y he intentado muchas veces sacar una vista de ella. ¡Todo inútil! Peña Negra se resiste á ser fotografiada.

—¡Pues!...

—¿Desde dónde podría usted tomarla? Este sería el punto adecuado para recibirla en toda su grandeza; ¿pero dónde está el potente objetivo que lograra reproducirla? Desde los montes vecinos aun sería peor, pues la distancia es muy grande y resultaría empequeñecida. Hace unos años vino el maestro Chueca, y á Madrid se llevó luego algunas vistas de Peña Negra; pero todas malas, tan deficientes todas, que apenas podrán sugerir idea de lo que es esa altiva princesa de las rocas.

Enriqueta murmuró contrariada:

—¿Y hay que renunciar á sacarla?...

—¿Qué hacer, señorita?... Como es necesario renunciar á reproducir el espectáculo que la rodea. Vuelto el músico Chueca á Madrid, lo decantó tanto á un pintor de nota, que algunas semanas después recibí su visita. «Es inútil —le dije—; ¡no podrá hacer nada!» Con sus pinceles hubiese trasladado al lienzo Peña Negra; pero ¿y el fondo; y el paisaje circundante? ¿Cómo divorciar á Peña Negra de la gigantesca visión artística, que el pintor contemplaba desde las alturas?

Con dolor de su impotencia tuvo que reconocer la inferioridad del arte ante la suntuosidad del viviente cuadro que le ofrecía la Naturaleza.

Durante estas pláticas habían echado en olvido á *Zumalacárregui*. ¿Dónde estaba *Zumalacárregui*?... Blanca extendió el dedo para indicar por dónde iba.

El arcipreste se puso á gritar:

—¡Don Patricio, don Patricio!

Zumalacárregui blandió el palo, y señalando no lejos á unos bultos negros que se movían trabajosamente, clamó loco de alegría: —¡Están «embuchados», están «embuchados»!... Siete; cuento siete y voy á matarlos todos.

El arcipreste no le comprendía.

—¿Qué va á matar, don Patricio?

—¿No los ve? Son siete buitres que están «embuchados».

Á cien metros de don Patricio yacían los restos de una mula, y en torno pululaban los buitres, negros, grandes, ensangrentados, devorando entre horribles picotazos su abundante festín.

Enriqueta hizo un gesto de repugnancia al presentir el espectáculo, y también le gritó: —¡Vuélvase pronto, don Patricio!

Pero él no respondió y siguió avanzando.

—¡Vuélvase! —insistió ella.

—Es inútil, señorita —observó don Manuel.— ¡Hoy es su gran día, y no habrá barbaridad que le detenga.

Zumalacárregui estaba á treinta pasos de los buitres, que devoraban glotonamente su presa. El buche henchido les arras-

traba y se movían con extrema lentitud; pero su voracidad era tan grande, que seguían embuchando. Don Patricio los miraba arrastrarse con los picos abiertos para hundirlo en la víctima. Como si fuesen tajantes cuchillas, cortaban, desgarraban, arrancaban anchas tiras de piel sanguinolenta, que devoraban con fruición. Sólo *Zumalacárregui* podía soportar aquel hórrido cuadro de piltrafas é inmundicias.

—¡Bonitos estáis, queridos! —díjoles alegremente.— ¡Para rato tenéis antes de que el costal de vuestro buche os deje levantar el vuelo!

Así era; el peso de la carnaza apenas les consentía moverse. Había dos que permanecían ya tendidos en el suelo, ahítos é inmóviles. Mientras que no hiciesen su horrenda digestión estaban inutilizados para surcar los aires.

La *Virgen* y el arcipreste avanzaron hasta colocarse en una alta roca y seguían exhortándole para que retrocediese; pero el temerario carlista continuó avanzando, hablando á sus enemigos, acariciando el palo. Su proximidad la saludaron los negros comilones con unos graznidos sordos, roncós, llenos de cólera contra el imprudente que iba á distraerles de su lúgubre banquete. Con lentitud de barcos que viran, fueron girando para hacerle frente.

—¡Retírese, don Patricio! —le voceó el arcipreste.

—¡Corra, don Patricio! —le gritó temblorosa Enriqueta.

Zumalacárregui siguió avanzando; pero cauteloso y con el palo presto á rechazar el ataque.

Los graznidos sonaron más roncós y coléricos; los buitres quisieron levantar el vuelo, y las alas se desplegaron, fuertes, largas, negras, en un furioso debatimiento, que paró en firme al imprudente agresor. De súbito se destacaron tres del grupo, y avanzaron arrastrando su buche como grandes bolsas llenas

y vacilando sobre las patas inseguras. Sus ojos se revolvían inyectos, y el recio pico ensangrentado y abierto parecía apeteecer otra presa. Don Patricio dió media vuelta y echó á correr; pero un buitre más ágil que sus compañeros le siguió de cerca, levantándose y cayendo, graznando su rabia, sacudiendo ruidosamente las alas. En medio de su borrachera comprendió que la bestia caería sobre él y le despedazaría, si no le daba frente y lograba vencerla.

—¡Corra, que le alcanza —gritábanle aterrados el arcipreste y la *Virgen de Roca*.

—¡No, no; resista como pueda! —objetó don Manuel sacando una pistola Browning y acudiendo en su auxilio.

Zumalacárregui dió media vuelta para afrontar la agresión. Ya era tiempo. El buitre estaba á dos metros de él, con el rojo pico en actitud de desgarrar. Sus alas se abrieron con estrépito á punto de lanzarse. Don Patricio se desvió á la izquierda, cerró los ojos, y asestó el palo con el vigor de su rabia comprimida. Sonaron huesos rotos: el ala derecha estaba quebrantada, y con el dolor empezó la bestia á exhalar recios graznidos que repetían los que iban en su auxilio. Un segundo golpe en el espinazo dejó al bicho atónito por un segundo; pero súbitamente empezó á dar furiosos aletazos que lanzaban las piedras á gran distancia, y otra vez acometió secundado por sus compañeros. Al tercer golpe, seguido de la rotura de la cabeza, cayó el buitre de lado entre estremecimientos de agonía. Don Patricio se sintió al mismo tiempo fuertemente retenido, y empezó á sacudir palos. Otro animal le había cogido por el jirón de la chaqueta que le tajó la navaja de Frasco, y le atraía con fuerza invencible. *Zumalacárregui* dejó caer el palo sobre la testa vigorosa de su enemigo, que cayó mal herido arrancándole el jirón; pero el impulso de rechazo fué tan violento, que él también fué rodando por el suelo. Cuando pudo levantarse estaba ya cercado por tres enemigos que avanza-

ban contra él con los ojos ardientes, apoyados en sus grandes alas desplegadas y con los picos tachados de sangre. Una detonación pareció pasmarles. El que iba delante batió las alas con gran estrépito, y rodó atravesado por un balazo.

—¡Firme, *Zumalacárregui*! —le alentó muy cerca don Manuel.

Y apoyando la pistola en el brazo izquierdo, apuntó un segundo, y el proyectil fué á clavarse en el costado de un superviviente.

—¡El último es mío! —gritó transportado *Zumalacárregui*.

Y lanzándose sobre él, lo abrumó á golpes; pero alcanzado por un aletazo rodó á un metro de distancia.

Don Manuel volvió á disparar, y el bicho cayó con un ligero temblor de las alas abiertas.

Don Patricio se levantó dolorido, y estremando la caída su rabia, tundió á los cinco vencidos hasta dejarlos sin vida.

—Ya está bien —le aconsejó su amigo—. Vámonos ya, que esperan.

—Cuando no quede ninguno —replicóle excitado.

Apresurando el paso, fué en busca de los dos que al lado de la bestia desgazada permanecían inmóviles. Don Manuel quiso seguirle, pero la repugnancia y la hediondez eran tan grandes, que hubo de pararse.

El triunfo de *Zumalacárregui* no fué ahora difícil. Los buitres apenas podían arrastrarse; sus movimientos eran muy pesados, y al estirar los cuellos con los rojos picos amenazadores, los golpes les caían en la cabeza.

Don Patricio se retiró del campo de batalla, donde todos los

enemigos habían sucumbido. Enriqueta le ordenó que tirase el palo ensangrentado, pero él se empeñó en ostentarlo como signo de su triunfo.

La ascensión fué penosa. En un cortijo que encontraron á orilla del camino demandaron caballerías para las *Virgenes de Roca*, que no podían caminar más tiempo. Los pies se les torcían dentro de las alpargatas y las piedras les hacían daño.

—¡Una silla para que monten las señoras marquesas! — demandó el arcipreste á la cortijera.

—¡No hace falta! —replicó don Patricio.

Y cogiendo á Enriqueta por el talle, la elevó como una pluma hasta dejarla sentada.

—Usted pesa más —le dijo á Blanca poniendo una rodilla en tierra para que le sirviese de estribo.

El arcipreste y don Manuel acudieron á ofrecerle la mano. Ella aceptó la del primero, y acomodándose en su mula, recomenzaron la subida. Frecuentemente tenían que pararse para contemplar á los peregrinos y romeros, que formaban largas sartas multicolores: los hombres con sus trajes de domingo, ellas dando al aire las notas abigarradas de sus chillones pañuelos de seda, de sus mantones de Manila, de sus variadas sombrillas. De cuando en cuando su atención la cautivaba algún penitente que subía abrumado y haciendo gestos dolorosos por los abundantes guijarros que se le clavaban en los pies desnudos. La gente iba y venía por las alturas, contemplando á Peña Negra, bailando en el camino que á ella conducía ó coronando el castillo. Desde él lanzaban grandes gritos, que eran contestados desde la plaza ó desde los montes fronterizos. Mirando hacia abajo veíase avanzar la gente por las varias sendas y caminos que daban en el valle, donde se formaba y resumía á todas la única senda que trepando por la

montaña conducía al Santuario.

—¿Por dónde me lleva usted? —preguntó la *Virgen* fea á don Patricio, que, desviando á la caballería de la vereda, la internaba por los riscos.

—Vamos á subir por San Nicolás para que vea á Peña Negra más de cerca.

Á la media hora de trepar entre los riscos pasaron junto á la aldea, amenazada por los derrumbes de la gigantesca roca, que se erguía enfrente y hacia arriba, mucho más arriba. La ladera estaba cubierta de enormes bloques desprendidos. Peña Negra se cubría en el invierno con un denso manto de nieve, y cuando el deshielo llegaba, caían láminas pétreas que hubiesen derribado calles enteras si otras rocas incrustadas en el camino no las detuviesen en su descenso.

—¿Y estos bloques?... —murmuró Enriqueta.

—Mire hacia Peña Negra —le dijo don Manuel—. ¿Ve esas costras tan pequeñas que cubren la superficie? Cada una es otra mole cuando llega aquí abajo.

La *Virgen* elevó los ojos y vió algunos fragmentos que parecían astillas á punto de desgajarse, y tuvo miedo de morir aplastada.

—¡Huyamos, alejémonos de aquí! —suplicó cerrando los ojos.

Don Manuel quiso tranquilizarla:

—En esta época no hay peligro, señorita. Pasarán años, una generación quizás, antes de desprenderse la primera de esas hojas que tan delgadas y quebradizas nos parecen desde aquí.

—¡Sin embargo, sin embargo!...

Zumalacárregui cogió del diestro la caballería, y poco á poco fué alejándola del peligro. Cuando llegaron á la plazoleta, la gente la atestaba. El ruido ensordecía: á los gritos de la muchedumbre uníanse las gangosas estridencias de las carracas, el rasgueo de las guitarras, las voces de los vendedores. La comitiva tuvo que detenerse é implorar paso, pero la gente se revolvía y circulaba sudorosa, sin hacer caso. Don Patricio tuvo que blandir el palo ensangrentado: —¡Paso, paso ó aplasto á uno! La gran masa humana empezó á escindirise. Los que conocían á *Zumalacárregui* por sus proezas de otros años y ya le echaban de menos, empezaron á gritar: —¡Aquí está don Patricio! ¡Viva don Patricio!

Los que no le conocían recejaban ante aquel hombretón de gitanesca estampa, lleno de sangre y lodo y cubierto con media chaqueta, que iba gritando: —¡Paso, paso ó aplasto á uno!...

XII

Algunos curas viejos que han llegado de los lugares lejanos observan envidiosos á don Clímaco que, sentado en los poyos del Santuario y con una mesita delante, toma nota de las misas que le encargan. De cuando en cuando se levanta, y mostrando risueño sus dos dientes y medio, avanza cuatro pasos para recibir alguna familia rica que llega de lejos.

—Muy cansados, ¿verdad?

—¡Figúrese usted! Tres jornadas de camino para visitar á Nuestra Señora.

—Ella lo tendrá en cuenta.

—Asi sea. ¿Y hospedaje, don Clímaco?

—No sé; creo que todas las habitaciones están tomadas en la casa de la Virgen.

—¿No quedará ninguna para nosotros?...

—¡No sé; no sé; como yo no intervengo en eso!... ¡El mayordomo mayor les dirá!

—¿Y si llueve?...

—La Virgen dispondrá otra cosa.

—Por Peña Negra aparecen nubes.

—¡Bah; la Virgen se las llevará!

—Sí; pero...

—Una mala noche en cualquier parte se pasa. ¡Miren al mayordomo mayor que se asoma al balcón!... Háblenle, y que él les acomode.

De la casa de don Clímaco sale ahora una voz dulcísima, que detiene á la gente para escucharla. Es la *Rubia*, que ensaya la canción compuesta por don Pedro. Como el aire es conocido, don Patricio, que está en todas partes y no está en ninguna, alza también su voz magnífica desde la plaza. Luego dice: — ¡Muy bien; bravísimo! Sólo me falta conocer la letra.

Y encarándose con el artificiero que está montando los juegos que han de quemarse por la noche, le grita: — ¡Oye, muchacho; haz caso de mi! Clava una rueda en esa grieta de Roca Lisa y verás qué bien luce después.

Roca Lisa es una Peña Negra reducida. Tiene cinco metros de altura, y se yergue vertical á la entrada de la plazoleta. El artificiero la mira, y responde á *Zumalacárregui*: — ¿Y si me rompo la cabeza?

— Eso no importa. Pon la rueda, que lucirá muy bien.

— Es verdad, caballero... ¡Si hubiese una escalera para subir!...

— La hay; la hay. Pídesela á don Clímaco...

En seguida se incorpora á un grupo que él llama de los «perdidos», y va de puesto en puesto catando todos los vinos para saber de cuál consumirán.

— Primero nos jugaremos una arroba, ¿eh?

— ¿Cómo? — le pregunta un perdido.

— Muy fácil; los que no lleguen con la mano á la señal que yo haga á la puerta del Santuario la pagarán por cuartillas.

Y cogiendo una piedra blanca, llega á la puerta, salta, y traza una raya.

— ¡Á ver los buenos saltadores! — dice retirándose.

La gente forma gran corro para presenciar el desafío de los bebedores. Al grupo de los perdidos se incorporan otros perdidos que también solicitan participar en la apuesta. Los altos y de sereno juicio logran llegar á la señal, y se eximen del pago; los que por embriaguez ó falta de talla no tocan, aprontan tres reales para la cuartilla de vino perdida. Los que vencen escuchan una salva de aplausos; los vencidos reciben silbas y chistes.

Uno de éstos, borracho desde que llegó á la sierra, siente piques por tocar en la raya, y quiere repetir.

—¡No, no; tú has perdido! —le gritan.

—Volveré á pagar si no llego.

—¡No, no! —insisten unos.

—¡Sí, sí; dejadle que pague! —sostienen otros.

El beodo retrocede para tomar carrera; luego se lanza impetuoso contra la puerta... La puerta se abre súbitamente, y cae de bruces en mitad del vestíbulo.

El primer movimiento público es de sorpresa; el segundo de alarma al ver inmóvil al caído.

—¡Es don Patricio; es don Patricio! —empieza á repetir la gente.

—¡Cómo no había de hacer alguna de las suyas!

Y las risas vencen á las primeras lástimas al reconocer el chasco.

Lllaman á don Patricio, y no responde. Le buscan y no aparece.

—¡Cosas de don Patricio!

La broma cunde rápidamente por la plaza al saber que el borracho no está del todo muerto. Dos hombres se allegan á él, y ayudándole á levantarse le conducen á la enfermería con la cara ensangrentada y jurando que ha de matar á don Patricio.

Pero aquí está *Zumalacárregui* otra vez. Había huido por la casa de don Clímaco al consumir su hazaña, y como oyó á lo lejos la música que llegaba, salió á recibirla con otros cuatro perdidos. Ahora entra en la plaza con el palo al hombro, á guisa de fusil y seguido de sus hombres, que hacen de gastadores. Detrás viene la música tocando un retozón pasadoble. Al llegar al centro de la plaza, el borracho herido se desprende de sus conductores y requiriendo la navaja se arroja contra don Patricio.

—¡Qué es esto! —le dice severo el agredido sacudiéndole dos palos—. ¡Á la fuente á lavarse esa cara, sucio! ¡Á la enfermería á que le curen!...

Y prosigue su camino marcando el paso hasta la puerta del Santuario. Don Manuel le llama, pero él apenas quiere escucharle.

—¿Quiere usted acompañarnos, *Zumalacárregui*?

—¿Adónde?...

El tono es tan detemplado, que bien advierte su disgusto por dejar á los perdidos; pero Enriqueta le invita y ya no puede eludir su compañía.

—¿Adónde? —repite.

—Al Vado. Á ver los que llegan por arriba.

Don Patricio hace copiosa provisión de dulces y licores, para consumirlos en el Vado, según costumbre de romeros, y se pone al frente de sus amigos para abrir marcha entre la multi-

tud que atesta la plaza.

Al pasar por la garganta y descender al vallecillo, el grupo se detiene para contemplar aquel nuevo espectáculo. Tan silencioso y tranquilo cuando lo recorrieron el día antes, la vida pulula y lo anima ahora. Tendida en el césped, agrupada bajo los árboles ó trepando por los montes, la gente canta, grita, ríe, se solaza en un pleno abandono á la Naturaleza. Los que acaban de llegar se agrupan en torno de las provistas alforjas. En otros corros las botas de vino pasan incesantemente de mano en mano entre los suspiros y los requiebros de los bebedores. Más allá la gente moza baila con inagotable ardor al rasgueo de las guitarras ó al compás de gangosos acordeones. Las frases picantes saltan por todo el valle y las frases gruesas bajan de las alturas sin suscitar protestas. Súbitamente suena una voz: —¡El matrimonio de Jabote!... ¡Ahí está el matrimonio de Jabote!

La algazara cesa. Los que comen y beben se incorporan para ver á los que llegan y las mujeres revelan superada curiosidad. El matrimonio de Jabote deja el pedregoso caramillo, y descabalga al amparo de un árbol, á seis metros de donde observan las *Virgenes de Roca* con sus amigos. La gente acude poco á poco para verlos más de cerca.

Son dos jóvenes: él no llegará á veinticuatro años, y es alto, fuerte, hermoso, encendido de color, llenos los ojos de franca bondad campesina; ella apenas tocará en los diez y ocho, y no desmerece de tan arrogante compañero. Ambos visten como holgados labradores, y las buenas caballerías que él empieza á pensar con solícito esmero también pregonan su excelente acomodo. Mientras él cuida de sus bestias, ella mira con tranquila sonrisa á la gente que los cerca. Un mozo grita: —¿Nos la ofrecerás este año?

El labrador parece no oír. Su mujer se sonroja levemente, pe-

ro sigue risueña. Las jóvenes que han ido acercándose, se sonrojan, ríen y se cuchichean al oído. Otro mozo exclama en son de zumba: —¡Anda, cobarde, que este año no te atreves!

El aludido acaba de cuidar sus mulas, y mirando al que habló, le responde encogiendo los hombros: —¿Por qué no?... ¡Si ella quiere!...

Y consulta á su mujer:

—¿Estás dispuesta, Lola?

Ella no duda:

—Cuando tú me lo mandes, Pedro José.

—Pues anda.

La muchedumbre se remueve susurrante en torno. Unos quieren retroceder y otros acercarse. Las mozas se llevan los pañuelos á la boca... Pedro José desdobra cachazudamente una manta y la extiende en el suelo.

—Cuando gustes, Lola.

La gente relincha de gozo. Las mozas ríen y se cubren la cara con púdica hipocresía; los mozos, inflamados, alargan el cuello. Ahora nadie retrocede: mozas y mozos se estrujan estrechando el círculo.

—¿Pero qué van á hacer? —pregunta el señor arcipreste.

—¿Qué hacen? —interroga Enriqueta.

—¡Ahora lo verán! —les dice risueño don Manuel.

Lola se recoge las faldas hasta media pierna y se sienta en la manta. Luego se tiende dulcemente entornando los ojos.

—¿Qué hace esa mujer, Dios mío? —exclama alarmado el

señor arcipreste.

—¡Eso es abominable! —gime santiguándose el maestro.

La joven labradora acaba de acomodarse en la manta. Sus faldas ponen al descubierto las piernas magníficas; en su ascensión muestran el principio de los muslos blancos y las mozas ríen y los mozos rabian. Después entreabre las piernas y deja caer los brazos á lo largo del cuerpo. Su marido se vuelve hacia los hombres y les dice risueño: —¿No me la pedíais?... Ahí está á vuestra disposición.

Y dando media vuelta acude á sus caballerías para desaparejarlas.

Don Manuel mira á Enriqueta, que observa intrigada la insólita escena. Blanca sigue impassible y altiva.

Los hombres contemplan envidiosos y atónitos á aquella mujer que tan liberalmente se les ofrece. Don Patricio ruge y brama: —¡Atreveos, cobardes!

—¡Silencio, por Dios, don Patricio! —le grita escandalizado el señor arcipreste.

—¡Vámonos pronto de aquí! —murmura compungido el maestro.

Pero *Zumalacárregui* vocea y blande el palo.

—¡Cobardes, cobardes! Os la dan y no os atrevéis á tocarla. ¡Más que cobardes!

Pedro José vuelve la cabeza y le invita complaciente.

—¡Baje usted si le gusta!

El arcipreste y don Pedro se llevan alarmados las manos á la cabeza; pero Enriqueta ríe.

Zumalacárregui ruge y duda.

Los hombres le dicen:

—¡Ve como usted tampoco se atreve!

Y las mujeres se le chancean:

—¡Si está ya helado!

El carlista va á lanzarse del ribazuelo que hace el camino, pero don Gervasio le detiene. Durante algunos segundos forcejean ambos, hasta que *Zumalacárregui* se desase y baja: — ¡Esto es abominable! —grita el arcipreste alejándose á buen paso.

—¡Esto es abominable! —repite el maestro cubriéndose la cara y siguiendo al anciano.

Enriqueta mira aquel regocijado cuadro con interés creciente. Su hermana lo contempla impassible y fría. Don Manuel, que la observa de soslayo, sólo nota en ella la palpitación nerviosa de su nariz.

Don Patricio llega al corro y se acerca á la dulce Lola, que espera con las piernas al aire.

—¿Á que no se atreve? —le dicen los mozos, que empiezan á temer por la resolución con que avanza.

—¡Si es un viejo! —azuzan las mozas.

—¡Cobardes, cobardes! ¡Ahora veréis si me atrevo!

Tan atrevido parece, que Enriqueta le grita indignada: —¡Don Patricio! ¿No le da vergüenza, don Patricio?

Y sospechando que las burlas pudieran rematar en veras, reanuda la marcha seguida de Blanca y don Manuel.

Al oír la voz vibrante de la *Virgen*, don Patricio se detuvo irresoluto.

—¡No se atreve; no se atreve! —corearon los hombres.

—¡Si está ya helado! —repitieron las mujeres.

Estos gritos de zumba hicieronle dudar otra vez. Enriqueta volvió la cabeza, é insistió con tono enérgico: —¿No oye usted, don Patricio? ¡Venga en seguida!

Zumalacárregui dirigió una postrer mirada á la mujer tendida y risueña, y se alejó con la cabeza baja y el andar remiso.

—¡No se atreve; no se atreve! —seguían canturreando los mozos, mientras que algunas mozas dirigían hacia él los índices inclinados y flojos, haciéndole mascullar como una docena de maldiciones.

Pedro José volvió á intervenir:

—¿Hay entre vosotros alguno que se atreva?

Y como nadie respondiera, se encaró con su mujer:

—¡Lo mismo que el año pasado! Levántate, Lola, que esta gente sólo sirve para hablar.

La joven se incorporó, y bajándose las ropas, aceptó cariñosa la mano que su marido le ofrecía.

Las *Virgenes de Roca* y sus compañeros se incorporaron á don Gervasio y al maestro, que se habían detenido en el pedregoso caminejo para interrogar á dos peregrinos que empujaban un carricoche de mimbres. Dentro iba acostada y doliente una jovencita rubia de finos rasgos. Los que la conducían, descalzos para mayor penitencia, eran sus padres. Según contaban al señor arcipreste, la joven se llamaba María y era su única hija; acababa de cumplir diez y sies años, y hacía dos

que la tenían postrada en el lecho. Los mejores médicos del contorno se declararon impotentes para aliviarla, y los grandes doctores de Madrid tampoco encontraron cura al porfiado mal que la inmovilizaba. Ya sólo creían en Nuestra Señora de la Sierra, y á Ella iban, después de dos jornadas de mal camino, con los pies lacerados.

El arcipreste les dió alientos prodigándoles sus mejores palabras, y exhortó á la joven para que depositase entera fe en la Virgen milagrosa. Ella se lo prometió así moviendo la cabeza, y con palabra suave como un suspiro dijo que todo el camino venía impetrando el milagro.

Los penitentes reanudaron su marcha empujando el carricoche, y nuestros amigos prosiguieron la suya, desviándose cada momento del caminejo para dejar paso á la gran fila de devotos, que desde el Vado hasta el Santuario iba en dolorosa y anhelante peregrinación para impetrar alguna merced á la Virgen serrana. La mayoría de los suplicantes caminaban descalzos; pero los más extremosos recorrían el trayecto erizado de piedras avanzando de rodillas ó arrastrándose con las manos en tierra. De cuando en cuando, algún agotado penitente caía al suelo sin sentido ó rodaba con los ojos inundados de angustia vueltos al cielo. Los compañeros que lo seguían acercábanse entonces duplicando la congoja, y entre rezos nerviosos y patéticas deprecaciones, le prestaban socorro con esencias y licores que fomentasen sus fuerzas ó restañándole la sangre que por las rodillas fluía.

Don Manuel hizo observar al arcipreste la crueldad de este sacrificio.

—¿Cómo remediarlo, si ellos voluntariamente se lo imponen?
—le contestó don Gervasio.

—Pero al menos debía usted de ordenar á don Chinaco que, algunos días antes de la fiesta, limpiase el camino de piedras.

¿No ve usted que hasta los calzados avanzamos con dificultad?

El arcipreste no se dió á partido. Verdad es que la penitencia se hacía muy dura; pero también sería más eficaz. Convocados los penitentes á plebiscito, por unanimidad aceptarían el mal camino.

En esto llegaron al punto donde el valle se angostaba, y la penosa impresión que el desfile de peregrinos les había causado, empezó á amortiguarse con el placer que Enriqueta sentía al escuchar los claros ecos que remedaban sus voces.

—¡Grite usted, don Patricio!...

—¿Que grite?... ¡Allá voy!...

Y lanzó un rebuzno, grande, largo, estridente... Aun no lo hubo terminado, cuando à poco trecho le respondió otro más vigoroso y claro, que resonó de monte en monte como acrecentado cuerno de guerra, como una trompa épica resoplada por un gigante. La carcajada fué unánime; ni Blanca pudo resistir á la tentación de reir; pero á la carcajada sucedió en seguida el silencio admirativo al oír resonar por el largo valle centenares de bélicas trompas, claras y ufanas, que conmovían las montañas y hacían surgir multiplicados ecos arriba y abajo, cerca y lejos, como si fuese la suprema apelación á invisibles ejércitos para empeñar un fabuloso combate. Ya se atenuaba la vigorosa llamada; ya el inflamado ánimo guerrero inquiría en torno para ver la aparición de los fogosos adalides que de los barrancos y de las quiebras, al revolver de los montes y dominando las cumbres, habían de surgir cubiertos de hierro y polvo, cuando otra vez el toque de los cuernos y las trompas volvía á resonar con superado esfuerzo, retumbando en las concavidades, rodando por los valles y cerradas, prolongándose en las remotas soledades renovado por innumerables ecos... Poco á poco fueron decreciendo las bélicas

sonoridades, hasta desfallecer en el espacio como la última vibración de una música lejana... El silencio que sobrevino pareció más profundo y prestigioso. Nadie se atrevía á romper el ilusorio encanto comentando el imprevisto suceso.

En este mutismo llegó el grupo al Vado.

Á la izquierda cantaba la fuente de triple caño. Ante ella hacían alto los peregrinos para reposarse del largo viaje y beber agua fresca. También se descalzaban allí los penitentes, y hecho el signo de la cruz, reanudaban su marcha, descalzos ó de rodillas. Á la derecha del camino y á cincuenta pasos de la fuente, las linfas huían del centro de una roca negra que parecía herida por la vara de Moisés, y se dilataban en torno formando ancho y transparente remanso. Mozos y mozas, viejos y jóvenes, solazábanse en este paraje lleno de frescura y verdor, consumiendo dulces, bebiendo licores, bailando y cantando con inagotable alegría de vivir. Don Patricio no tardó en fraternizar con los jocundos grupos, recibiendo anises y bebidas, y devolviendo (para más beber) de lo que él llevaba. Al lado suyo, y formando parte de un grupo vecino, dos mocetones sudaban tendidos en la hierba. Eran dos vencidos en los terribles combates de la danza por una joven de Betura, que al compás del canto y la guitarra empezaba á rendir al tercero.

¡Magníficas beturanas! De toda la región dilatada eran las que se llevaban la palma de la resistencia en el baile. Varón que no fuese beturano, era hombre vencido si con ellas se emparejaba. Nacidas y desarrolladas entre montañas y abismos, habituadas á triscar por los riscos como sus compañeras las cabras, habían adquirido agilidad y fortaleza insuperables. Sus tipos eran de puras serranas: más bajas que altas, de color bronceado, negras de pelo y de ojos, estrechas de cintura, anchas de caderas y adelantadas de pecho. Los buenos conocedores juraban que lo mejor de ellas eran las piernas, gruesas,

fuertes y elásticas, soberbiamente torneadas y fortificadas por el ejercicio asiduo en la plenitud de la Naturaleza, á la que estos privilegiados seres rendían culto hereditario é inconsciente. La vida en las ciudades hubiéralas entristecido pronto. Su pasión era el campo; subir á los montes; correr por los valles; bailar bajo los pomposos nogales; respirar siempre el aire puro saturado de ricos aromas. Este perenne contacto con la Naturaleza que les infundía su exuberancia de vida, manifestábase mejor que en otra pasión, en sus amores no domados. Nada del vicio cerebral que suele acompañar á las Evas de las grandes urbes, pero tampoco la continencia de los severos moralistas que marchita y abrasa la lozana flor de la carne con el fuego del reprimido y siempre atizado deseo. Honestidad, la necesaria para no pasar por deshonestas identificándose con los animales y las hetairas. Ocasiones jamás faltaban para rendir placentero homenaje al Amor, libres de testigos. La Naturaleza misma —grandes oquedades en las rocas que protegían de la nieve y la lluvia en el invierno; frescos valles de aguas canoras en el verano; y en todo tiempo la noche, la noche grande y callada que se enseñoa de los corazones y hace más blandos los suspiros y más deleitables los besos— la Naturaleza era su protectora.

—¡No puedo más! —exclamó vencido el tercer mozo dando á la beturana el abrazo con que terminan en la sierra estos ejercicios.

Y se tendió aliado de sus compañeros. Ella, en cambio, sólo conservaba un ligero carmín en las mejillas, y un ritmo algo más acelerado en el ascenso y descenso del pecho.

Don Patricio se encaró con la vencedora.

—¿Te atreves conmigo, prenda?

La joven se fijó en el estado algo inseguro de su retador, y haciendo una mueca desdeñosa, le replicó: —¡Escuchen el

viejo! ¡Me da lástima de cansar á tantos hombres!

Zumalacárregui sintió vejado su amor propio. Arrojando al suelo boina y palo y despojándose de su media chaqueta se dispuso á bailar. La moza le hizo cara, y un tañedor de guitarra inició el fandango. La gente los alentó con ¡olé! y palmas. Don Patricio empezó el baile con tanto calor, que hizo sonreír á su compañera. Los pies subían altos; pero la inseguridad de las piernas delataba su estado de embriaguez. La beturana comprendió que no tardaría en fatigarse, y á los gritos de él: —¡Olé tu cuerpo!... ¡Viva tu madre, serrana!... ¡Esos ojos negros me quemán la sangre!...

Ella respondía:

—¡Bien por mi viejo!... ¡Ánimo, y que los jóvenes no digan!...

Á los brincos y contorsiones de él, la buena moza correspondía con movimientos regulares, aquellos desesperantes movimientos uniformes y automáticos, que jamás la fatigaban y siempre la permitían derrotar á los mejores bailadores.

—¡Una copla, una copla! —demandó enardecido *Zumalacárregui*.

Y una vieja sentada al lado del tañedor, empezó á cantar.

Es la moza de Betura
de las flores la más linda,
y en poniéndose á bailar
no hay serrano que la rinda.

Los movimientos de la pareja adquirieron viveza. Con el ejercicio parecía serenarse don Patricio, y ella giraba en torno de él con sus movimientos rítmicos y acompasados, que le

hacían temblequear pechos y caderas.

—¡Olé tu madre! —le decía él.

—¡Bien por el viejo! —le respondía ella.

—¡Si yo tuviese cuarenta años menos!

—¡Con veinte bastaba!

—¡No me digas eso, que me vuelvo mozo!

Y excitado por la joven corría simulando su persecución; saltaba; retrocedía cuando ella le buscaba moviendo con voluptuosa cadencia pechos y caderas; giraba sobre sus talones cuando la hembra giraba arremolinando las faldas en torno de la doble columna de sus piernas robustas.

—El viejo no se cansa —decían los jóvenes.

—Es más fuerte que vosotros —replicaban las mujeres.

El viejo no se cansaba. Sólo había moderado su ardor primero, y después de la primera canción esperó la segunda y luego la tercera.

El gran círculo humano que se había formado alrededor de la pareja, interesábase en aquel duelo danzante, y no faltaron quienes apostaron cuartillas de vino por el resultado del baile. Las *Virgenes de Roca* empezaban á fatigarse con la monotonía del espectáculo, y Enriqueta dirigió algunas exhortaciones á *Zumalacárregui* para que terminase.

—Mientras que mi compañera no pare, yo no me entrego.

—Para largo va —dijo ella.

—¡Pues venga otra copla! —pidió él.

Ahora fué don Manuel quien cantó:

Allá arriba no sé dónde
habita no sé qué Santo,
y rezando no sé qué
se gana yo no sé cuánto.

Cuando hubo finado, preguntó el tocador.

—¿No se cansan?

—Todavía me queda coraje para bailar otro tanto —exclamó don Patricio.

—Y á mí también —añadió la beturana.

El tañedor dió un suspiro de alivio.

—¡Pues yo estoy cansado! —dijo parando de súbito y extendiendo la diestra sobre los cuerdas para acallar sus vibraciones.

—¡Olé por los viejos! —exclamó la bailadora mientras los demás aplaudían.

Y entreabriendo sus brazos dejó que *Zumalacárregui* se resarciera de la fatiga dándola dos apretones, que la joven le devolvió fortalecidos.

XIII

Ya comenzaba á anochecer cuando los amigos emprendieron su regreso al Santuario. Los romeros seguían llegando en grandes grupos y los penitentes aumentaban en esta hora crepuscular que los libraba de miradas indiscretas. Las muchachas, singularmente, preferían el rato de las luces indecisas para descalzarse y recorrer el trayecto.

Zumalacárregui echó de menos al entrar en el valle su palo ensangrentado, que abandonó para bailar, y quiso volver á buscarlo. Las súplicas asociadas del arcipreste y de Enriqueta consiguieron disuadirle, pero mal y á regañadientes. Su disgusto se tradujo en tenaz silencio. Al llegar á lo más angosto del valle quiso otra vez retroceder, y como los ruegos de la marquesa no se lo permitiesen, empezó á apedrear una roca solitaria que se alzaba á la orilla del camino, secularmente llamada el Bonete del Obispo, por otra piedra en forma de perfecto bonete que la coronaba. Esta supuesta roca era el punto de mira, pero el pulso de don Patricio era incierto y no atinaba á darle. Las piedras partían zumbando. Su violencia era tan grande que algunas se rompían al sufrir el choque del aire. Otras daban en el voluminoso obispo y saltaban hechas mil fragmentos. Gracias á su desacierto estaba á punto de realizar él solo y en un buen trozo el deseo expresado por don Manuel de que se limpiase de guijarros el camino.

—¿Pero no se cansa usted, mi querido don Patricio? —le preguntó el arcipreste.

Y él replicó irritado:

—¡He de darle al bonete! ¡De aquí no me voy sin tocarle al bonete!

La comitiva tuvo que suspender la marcha para dejarle hacer, y los penitentes que seguían también se pararon, porque las

piedras partían como errados proyectiles. Algunas pasaban por encima de la roca y caían al otro lado con riesgo de hacer blanco en las personas acampadas. Oyéronse avisos de hombres é insultos de mujeres. Ni el arcipreste ni la *Virgen* mayor pudieron disuadir ya al porfiado carlista.

Don Manuel se puso á gritar:

—¡Deténganse un momento!... ¡Deténganse, por favor!

Dirigíase á dos penitentes que bajaban al caminillo por una senda pedregosa; y tan pendiente era ésta, y tan lastimados debían de tener aquéllos los pies, que descendían con harta pena y prestándose mutua ayuda.

—¡Párense, por favor!

Una piedra de *Zumalacárregui* pasó ahora mismo por encima de la roca, lastimando á una caballería del otro lado. El animal empezó á cocear, poniendo en alarma á las bestias próximas y malhumorando á los dueños. Los gritos y denuestos sonaron más recios, y una granizada de piedras empezó á pasar por encima del Bonete del Obispo. El arcipreste y las dos *Virgenes* tuvieron que retroceder para no ser alcanzados.

—¡Que van á lastimarles! —volvió á gritar don Manuel.

Los penitentes parecieron no oírle. Tropezando y cayendo, estaban ya cerca del camino, frente á la Roca del Obispo, que era el sitio de mayor peligro. Empeñado *Zumalacárregui* en atinar al bonete, tiraba y tiraba, pero el cansancio cada vez desviaba más sus piedras: las bajas se rompían en la gran roca, irradiando como balas explosivas; las altas pasaban al otro lado, provocando las iras de la gente acampada. Los gritos se alzaban airados por distintos sitios y las réplicas fueron luego duros cantos que caían alrededor de don Patricio.

Lo que don Manuel se temía, acaeció. Una piedra lanzada por

el brazo fatigado de su amigo, se desvió más de la cuenta y fué á dar á un peregrino, que cayó pesadamente. Enriqueta exhaló un grito viendo desplomarse al hombre y el arcipreste elevó las manos al cielo: —¡Que no le haya matado, Virgen santa!

—¡Buena la ha hecho usted, *Zumalacárregui!* —dijo don Manuel acudiendo en socorro de la víctima.

Pero don Patricio no se dió cuenta de lo acaecido y siguió tirando. Tampoco el otro penitente tuvo al principio clara noción del suceso; pero viendo inmóvil á su compañero, la cabeza doblada y abiertos los brazos, entróle un acceso vengador y requirió la navaja. Al mismo tiempo empezaron á desembocar por el Bonete del Obispo grupos de hombres armados de palos y garrotes en busca del tozudo agresor.

—¿Quién es? ¿quién es? —gritaban coléricos.

—¡Yo soy! —replicó retador don Patricio, buscando su navaja en el forro de la chaqueta despedazada.

Don Manuel, que estaba ya al lado del penitente caído, recibió un súbito envite del otro: —¡Toma esa!

Ofrecíale una puñalada, que el caballero pudo eludir dando un salto de espaldas.

—¿Qué es esto? —exclamó sorprendido.

—¡Ahora lo verás! —le respondió el peregrino avanzando con la navaja empalmada.

Este espectáculo hizo dudar á los grupos que llegaban. Por una parte querían agredir al apedreador, que les aguardaba en actitud de reto, y por otra deseaban evitar la agresión del penitente. Algunos que reconocieron en la penumbra á don Manuel empezaron á nombrarle con sorpresa: —¡Si es don Ma-

nuel Fernández de Celis!

La dificultad con que su enemigo avanzaba dábale tiempo de conservarse á buena distancia; pero como medida de precaución contra cualquier brusco ataque, empuñó la pistola Browning.

—¡No dispare, don Manuel, que nosotros le sujetaremos! — gritaron los del grupo.

La navaja del penitente inspiraba respeto; pero algunos hombres avanzaron cautelosamente, y con persuasivas razones le suplicaban que depusiese su actitud. El otro no se daba á partido y les hacía cara á todos. Un mozo rodeó por las peñas, y acercándosele poco á poco, le sujetó de los brazos. Los demás acudieron en su auxilio, y se apoderaron de la navaja. El penitente protestó iracundo; forcejeó por recobrarla; pero sus esfuerzos se esterilizaron en lucha contra tantos. Comprendiendo que no podía matar á don Manuel, se cuadró ante él, y empezó á gritar: —¡Que baile! ¡Que baile!...

—¡Esta sí que es buena! —prorrumpió el joven que le había desarmado—. ¡Si está borracho!

—¡Que baile! ¡Que baile!...

El arcipreste sometió á *Zumalacárregui* obligándole á guardarse la navaja, y acercándose al grupo preguntó: —¿Pero no es un penitente?

—Es un borracho que no puede con su cuerpo.

—¿Y su compañero?

Al mismo tiempo que interrogaba, se acercó al tendido, que parecía muerto. Primero le tocó la frente, y como la sintiera cálida, cogióle del brazo y lo movió con dulzura. El hombre no dió señales de existir.

—¿Habrá muerto? —preguntó temblorosa la *Virgen* fea, que se había acercado al grupo.

—Muerto no está —observó el arcipreste—. Pero convendría avisar á un médico.

Y otra vez empezó á sacudirle más fuerte:

—¡Oiga, buen amigo!...

La víctima entreabrió pesadamente los ojos, y murmuró: —
¿Qué hora es?...

—¿Cómo está usted, buen amigo? —le interrogó el arcipreste.

—¿Yo? —exclamó paseando sus turbios ojos por los presentes—. ¡Bueno, gracias á Dios!... ¿No podrían darme un poco de vino, que tengo la boca como el esparto de seca?

El grupo coreó riendo:

—¡Lo mismo que su compañero! ¡Ambos borrachitos!

Más repuesto don Gervasio, volvió á interrogarle: —¿Pero no siente daño?

—¿Daño?... Sí; aquí en el pecho siento algo; como si me hubiesen dado un puñetazo. ¡Bueno; esto con un trago se me irá bajando!

—¡Veamos; deme la mano!

El borracho aceptó la que el arcipreste le ofrecía, y con gran trabajo logró incorporarse.

—¿Se siente usted bien?

—La boca muy seca. ¡Si pudieran darme un trago!

Un curioso le cogió del brazo y tiró de él.

—Vente con nosotros y beberás.

Otro amigo del primero le ayudó á conducirlo y todos siguieron al primer borracho que, dando traspiés, rompía la marcha gritando: —¡Que baile! ¡Que baile!...

Cuando las *Virgenes* y sus compañeros desembocaron en el ancho valle, sorprendióles la inusitada animación reinante. En vez de cantar y bailar, la gente iba y venía, ó formaba grupos sentados en torno de grandes hogueras para escuchar atentamente á alguno que hablaba con animados gestos. Dijérase selectos cuentistas escogidos por la muchedumbre para que le contase cuentos fabulosos que adquirirían prestigio por la noche, el resplandor de las lumbres que acrecentaban y daban misteriosa movilidad á las sombras de los hombres y de los árboles. De pronto, hacia la mitad del valle, sonó un potente «¡Viva la Virgen!» Dos mil, tres mil bocas, formaron en seguida una monstruosa boca para repetir el viva, que se explicó por las alturas sonoras, y encontró más fuertes repercusiones en la plaza del Santuario y en el camino de Peña Negra. Los que en este sitio estaban pudieron oír que su viva, volando por la quietud del espacio, se prolongaba á lo lejos y lo repetían invisibles bocas... El interminable cortejo de peregrinos y romeros que por aquel lado se encaminaba al Santuario oyó el grito que se despeñaba desde las alturas, y lo repitió á su vez, y luego los que venían detrás, y después muchos más, como claro alerta que de labio en labio pasase al través de un dilatado ejército. Y cada viva repetido por una boca, multiplicábanlo innumerables ecos que los agrandaban en las oquedades, los quebraban en las rocas, los hacían rodar con huecos sonos en el misterio de los campos extensos. Durante mucho tiempo el viva siguió resonando lejos, muy lejos, cada vez más lejos y atenuado, entre otros confusos rumores — ecos de ecos— que brotaban por aquí, y por allá, y por todas

partes, y sin poder precisar de dónde brotaban.

Exhortado por Enriqueta, don Manuel iba á descender del caramillo para informarse de lo que significaba aquel viva tan unánime y calurosamente repetido, cuando algunas frases que saltaron de unos y otros grupos les revelaron el secreto.

—¡Un milagro!... ¡La Virgen de la Sierra había hecho un milagro!...

Y la palabra milagro empezó á sonar con insistencia entre otras palabras menos perceptibles. Un grupo de mujeres que se encontraron al paso, lloraban de alegría y se invitaban á ir descalzas hasta el Santuario.

Enriqueta consultó á su hermana si debían de imitarlas, pero Blanca no se mostró propicia á realizar este acto de piedad hasta saber fijamente de qué se trataba. Apresurando el paso cuanto el mal camino lo consentía, llegaron á la plaza. El tránsito era imposible, y la muchedumbre se aglomeraba ante la puerta de don Clímaco, que habían cerrado para contener el ímpetu entusiasta de los asaltantes. Todos comentaban el milagro á porfía; todos lo habían presenciado, y cada cual quería añadir un detalle pintoresco ó prodigioso. Entre tanto detalle y comentario, las marquesas y sus amigos sólo pudieron enterarse de que una joven había recobrado la salud.

—¿Será María, la joven de esta tarde? —preguntó Enriqueta.

—Pronto lo veremos —le respondió don Gervasio.

No tan pronto como deseaba. Más que las súplicas del arcipreste, necesitaron los buenos puños de *Zumalacárregui* para que se abriese una senda entre la multitud apelmazada y avanzar muy poco á poco hasta la casa del capellán. Don Manuel golpeó y dió voces. Nadie respondía. Don Patricio tuvo que hacer entonces una apelación á sus vigorosos pulmones, para que la *Rubia* se asomara á una ventana: —¡Ah, son uste-

des!... En seguida abro.

Y acudiendo á la puerta, descrió un cerrojo; entreabrió con cautela. Apenas entraron, cuando la muchedumbre les siguió atropelladamente. La *Rubia* hacía esfuerzos inauditos para cerrar la puerta.

—¡Ahora, no; mañana la verán! El médico ha dicho que la dejen tranquila.

—¿Pero no está curada? ¿No ha hecho un milagro Nuestra Señora? ¿Qué tiene que ver el médico? ¡Queremos verla, queremos verla!

—¡Mañana la verán!

—¡Ahora, ahora!

Don Patricio tuvo que acudir en socorro de la *Rubia*, que ya flaqueaba. Dando empujones y puñetazos, hizo arredrar á la gente y cerró la puerta.

—¿Dónde está? —preguntó Enriqueta á la *Rubia*.

—En la sala. Vengan por aquí.

Tomando ella delante pasó á la cocina y les introdujo en el cuarto donde la primera noche durmió don Manuel.

Allí estaba, pálida y temblorosa de emoción, la joven que habían encontrado por la tarde. La madre se enjugaba cada momento los ojos, y con frases entrecortadas, refería al alcalde y á otras personas reunidas la enfermedad de su única hija; los viajes que habían hecho en busca de los mejores médicos; su postrera esperanza en la Virgen...

Al entrar el arcipreste renovó sus llores de felicidad.

—¡La Virgen nos ha oído, señor arcipreste! ¡La Virgen ha

hecho un milagro en mi hija!

—¡Conque es cierto lo que cuenta la gente!...

—¡Mírela aquí! Cuando la vió por la tarde no podía moverse del carricoche... Apenas se presentó ante Nuestra Bendita Señora, sintió renacer sus fuerzas; se incorporó, y hasta aquí ha venido por su propio pie.

Para confirmar las palabras de su madre, María se levantó de la silla, y muy poco á poco, vacilando como una convaleciente, dió algunos pasos por la sala sin sostén ajeno. Los circunstantes la contemplaban atónitos, y los padres lloraban de dicha, costándoles trabajo de dar crédito á sus ojos. La joven desanduvo lo andado y volvió á sentarse en la silla.

El arcipreste, el maestro y la *Virgen* fea también tenían húmedos los ojos. El primero se descubrió contrito ante la evidencia del milagro é invitó á los demás para dar gracias á Nuestra Señora de la Sierra. Todos se descubrieron; todos imitaron á don Gervasio ahinojándose. Hasta la joven curada quiso arrodillarse, no obstante su cansancio y los consejos de que permaneciera sentada. Durante cinco minutos sólo se oyó en la gran sala la voz solemne del sacerdote alternada de los rumores fervorosos que elevaban los labios en oración. Luego se santiguaron todos; todos se alzaron. Cuando la madre quiso ofrecer la mano á su hija, María ya se había levantado.

—¿Y no siente usted ningún daño? —le preguntó Enriqueta.

—Ninguno. Sólo cansancio; como si hubiese andado mucho —le respondió ella con voz dulce y emocionada.

—¿Y cómo ha ocurrido el milagro?

—¿El milagro?... No sé cómo explicarlo, señora. Yo estaba absorta ante la *Virgen*. Sentía ganas de llorar, y no podía. Luego empecé á orar, y en medio de la oración me pareció

que se me acongojaba el pecho y que los ojos se me nublaban. Quise suspirar, llamar á mi madre, y no pude. No crea por eso que sufría. Sólo sentí un principio de desvanecimiento, y en medio de él empecé á experimentar fuertes comezones, como si me pinchasen en el interior de las carnes. En seguida sentí un calor agradable: la sangre paralizada pareció fundírseme con aquel calor y circular por las venas. Al mismo tiempo que mi sangre se deshela y corría, iba desapareciendo la turbación que entorpecía mis sentidos. Durante algún tiempo permanecí como anonadada y sin saber qué hacer, pues me sentía otra persona. Por primera vez desde que entré en el Santuario pude llorar. Lloré y recé. Luego me incorporé para llamar á mi madre. Ella me ayudó á ponerme de pie... Y no puedo explicarme más, porque ni yo misma me doy cuenta de haber llegado hasta aquí. Sí señora; me siento débil al andar; pero aun más que debilidad es torpeza lo que siento... ¡Ya ve usted: dos años inmóvil y sin esperanzas de moverme jamás!...

La joven empezó á sollozar. La madre acudió á su lado para abrazarla y sostenerla, y en un largo beso confundieron sus lágrimas. Mientras que ambas permanecieron en esta actitud impresionante, nadie osó hablar. Cuando la madre deshizo el dulce lazo para secar amorosa los ojos de Maria y enjugarse los suyos, el alcalde preguntó quedamente á *Zumalacárregui*: —¿Qué hace usted, don Patricio?

Sorprendido el antiguo carlista, se revolvió con presteza: —¿Á usted qué le importa, estúpido?

—¡Mal educado!

—¡Cursi!

—¡Bruto!

—¡Sapo!

—¡Caballeros, caballeros! —intervino atribulado el arcipreste—. ¡Caballeros, no olviden la solemnidad de este momento!

El alcalde exclamó compungido:

—EL tiene la culpa. ¿Por qué me insulta sin razón?

Zumalacárregui le dirigió una larga mirada de amenaza, y ya iba á replicarle, cuando el arcipreste le contuvo, indicándole la joven objeto del milagro.

Don Patricio murmuró, apretando los dientes:

—¡Bueno; me voy de aquí, porque si cojo á ese mequetrefe no hay en el cielo Virgen que le cure!

—¡Blasfemo! —le reconvino don Gervasio.

Zumalacárregui salió.

XIV

El alcalde había observado que don Patricio no hacía más que palpar y reconocer un paquete que había encima de la cama en que se acostó don Manuel. Después de desdoblarlo vió que contenía madejas de lana. El invierno ya no tardaría en llegar, y la *Rubia* había encargado aquellas hebras hiladas para hacer calcetines á don Clímaco. Con mucho sigilo, como ladrón que teme ser descubierto, *Zumalacárregui* acababa de guardarse dos madejas, cuando el alcalde le dirigió la pregunta que tanto le había enfurecido.

Al retirarse de la sala, le siguió la *Rubia*.

—No; la puerta principal no la abra, don Patricio. La gente se agolparía al salir usted y yo no podría contenerla. ¡Venga por aquí!

La *Rubia* se dirigió hacia otra puerta que comunicaba con el Santuario, por donde el viejo carlista podría salir.

—¿Y la plegaria á la Virgen? —le preguntó éste.

—Ya la sé de memoria.

—Te he oído ensayarla esta tarde. ¿Sabes, *Rubia*, que tienes una voz preciosa?

Y con ademán cariñoso la golpeó en la espalda.

—Pero usted aun no la sabe —le dijo ella.

—¡Bah! Conozco bien la música, y con tener mañana el papel delante me bastará. Sin embargo, vamos á ver, *Rubia*... Empezamos á cantar bajo...

Solícitamente, para que sintiese más confianza, don Patricio la ciñó por el talle. La *Rubia* empezó á entonar muy quedo la

plegaria, y *Zumalacárregui* la acompañaba en el canto, batiendo suavemente con la mano en la cadera de ella. Cuando hubieron terminado se mostró él muy satisfecho.

—¡Bravo, *Rubia*; tienes una voz preciosa! Estoy seguro de que mañana lo haremos muy bien.

Y avanzando hacia la puerta, condujo á la joven cogida por la cintura.

—¡Que me hace daño, buen cristiano! —exclamó ella procurando desasirse.

Zumalacárregui la abandonó sin dificultad para que le abriese, y antes de salir le reiteró los elogios por su linda voz.

—¡Bravo, muchacha!... Ya verás qué bien lo hacemos mañana. Verás cómo nos aplaude la gente... ¡Ea, hasta luego, hija mía!... ¡Adiós, adiós!...

Y cogiéndola de la barbilla, asoció á cada adiós cariñoso un beso paternal en sus frescas mejillas.

Don Patricio descendió tres escalones, recorrió un oscuro pasillo, y llegó al vestíbulo del Santuario. Allí estaba don Clímaco, sentado ante una mesa alumbrada por dos velas, y tomando nota de las misas que le encargaban. El milagro había avivado la fe; cuatro pliegos había llenado ya de nombres y de guarismos el excelente capellán. Al sentir cerca á *Zumalacárregui*, levantó la cabeza, y mirándole por encima de las gafas, le preguntó: —¿La ha visto usted?

—Ahora mismo acabo de verla.

—Curada, ¿verdad?

—Completamente.

—¡Ah, como milagrosa no hay otra Virgen en el mundo, y

que me perdonen las demás!

Dirigiéndose en seguida á una anciana que esperaba al lado, le consultó: —¿Cuántas misas había dicho usted?...

Don Patricio salió á la plaza. El calor asfixiaba. La gente iba y venía con dificultad, gritando y riendo. Un mozo acababa de comprar buñuelos de un puesto próximo, y encarándose con varias mozas que le acompañaban, las invitó: —¿Quién quiere parte?

—¡Yo, yo! —exclamaron unánimes.

El mozo rompió un buñuelo y lo sujetó con los dientes. Una joven se acercó á él, y recogiendo con la boca el otro extremo, empezaron á comer cada cual por su lado. Las bocas se acercaron poco á poco, mientras que los ojos se devoraban. Cuando ya no quedó buñuelo, los labios siguieron unidos, como si los unos buscasen en los otros los últimos vestigios que en ellos hubiesen quedado. Los ojos se entornaron; las cabezas se doblaron desfallecientes, y un beso largo, muy largo y dulcísimo, puso término á la broma.

—¿Quién quiere otro buñuelo? —volvió á exclamar el mozo.

—¡Yo misma, yo misma! —repitió palmeteando la moza.

Sus amigas se agraviaron. Una protestó:

—¡Ni más, ni menos!... ¡Cómetelos tú sola!

Aunque pesarosa, tuvo que renunciar para que la protestante cogiese el extremo del segundo buñuelo, y comiese lenta, deliciosamente, hasta rematar con el largo beso, más dulce y apetecido que el buñuelo.

Don Patricio se comió hasta un par de docenas sin quererlos compartir con nadie. Como los buñuelos estaban calientes y grasientos, solía refrescar y desengrasar con las copas de

aguardiente.

Cuando ya iba á pagar la tercera docena sintió una mano amistosa que le tocaba en el hombro.

—¿Me permite usted que la pague yo?

—¡Hola! ¿usted por aquí?... No, no lo permito... Esta la pago yo, y usted pagará la otra.

—Y mi compañero la siguiente.

El que hablaba era Frasco, el buen mozo que por la tarde riñó con *Zumalacárregui* en el túnel. Á Frasco le acompañaba un amigo, y por la rubicundez del rostro y el brillo de los ojos, se comprendía que ambos habían bebido más de lo regular. ¡Pero francos; campechanos los dos! Es lo que ellos decían: un día era un día, y á eso habían subido al Santuario, á beber y divertirse. «¡Vaya un buñuelo!» «¡Por la salud de usted esta copa!» Entre buñuelos y copas, los tres amigos consumieron algunas docenas, que procuraron distribuir entre los muchos puestos para que cada vendedor participase del beneficio.

Así llegaron hasta la casa de la Virgen, que esta noche parecía casa de orates. Arriba y abajo; en los cuartos y en los salones; en los dormitorios y en los sótanos, oíanse músicas formadas por toda clase de instrumentos: más numerosos y selectos en los salones donde bailaba la sociedad escogida; de guitarras y bandurrias donde se habían acogido los labradores y labradoras de holgada fortuna y rollizas carnes; de guitarros y acordeones en los sótanos penumbrosos, donde la plebe reía, y cantaba, y se abrazaba al terminar cada fandango.

Al compañero de Frasco se le ocurrió una idea:

—¿Qué les parece si entrásemos donde bailan los señoritos y metiésemos la «pata»?

—¿Para qué? —le preguntó su amigo.

—Para descomponer el baile y divertirnos.

—Lo malo es que la guardia civil está á la puerta, y pudiéramos dormir en el calabozo.

Su amigo no se satisfizo con esta explicación. Pasear arriba y abajo entre tanta gente, comer buñuelos y beber aguardiente era muy aburrido. Lo bonito sería entrar en el salón, empujar á los hombres, pellizcar á las mujeres y no dejar que bailase nadie. ¿Verdad, don Patricio?...

Por primera vez se mostró prudente *Zumalacárregui*. ¡No; él no podía perturbar! Allí había familias conocidas; parientes suyos... ¿Divertirse?... ¡Pues no faltaba más!... Se divertirían cuanto quisieran con sólo seguirle.

Y tomando por la escalera subió á su cuarto. Sin que sus amigos se diesen clara cuenta de lo que hacía, cortó en largas hebras las madejas de lana que había hurtado en casa de don Clímaco. Luego desgarró un jergón de esparto, y tomando dos buenos puñados hizo manojos. En seguida quemó el corcho de una botella y pintó bigote y perilla á sus amigos, añadiéndoles para que estuviesen más vistosos dos redondeles en la cara.

—¿Se puede saber á qué viene esto? —le interrogó Frasco.

—Callad vosotros, y dejadme hacer.

Poco le quedaba por hacer. Solamente cubrirse con un cartucho de papel en forma de mitra; atarse las hebras á un punto que hizo reir mucho á sus compañeros, y envolverse en una manta.

—Encended los hachones, y poneos á mi lado. Nada de reir, porque os daré un puntapié. ¡Muy serios, y camino de Roca

Lisa!...

Los otros encendieron los haces de esparto, y salieron del cuarto llevando en medio á *Zumalacárregui*. La gente se agolpaba al paso, y reía ante la gravedad de los enmascarados.

—¿Queréis presenciar un milagro? —decía don Patricio—. ¡Seguidme, que yo también hago milagros!

Los mozos se les incorporaban, y sin saber cómo, por todas partes empezaron á alumbrar faroles, bujías y haces de esparto. La gente que bailaba en los salones próximos salió atropelladamente para presenciar el desfile del vistoso cortejo, que hubo de reorganizarse á la puerta. Formando dos largas filas, se puso en marcha por la plaza. Detrás iba el hombre milagroso envuelto en su manta y escoltado por los dos amigos. Los que le conocían, exclamaban riendo: —¡Habrà que ver el milagro que haga don Patricio!...

Atraídos por el ruido y las luminarias, las *Vírgenes de Roca* y don Manuel se asomaron á la ventana, y detrás acudió la joven curada. Como el hueco era pequeño, Blanca acordó cedersele, y seguida de sus amigos abrió la puerta en el momento de pasar la procesión.

—¡Don Patricio; don Patricio!... ¿Qué farsa es esta?

Don Patricio volvió lentamente la cabeza para decir: — Nuestra Señora va á hacer milagros por mi mediación.

El luminoso cortejo siguió adelante abriéndose camino entre la muchedumbre que acudía por todas partes. Cuando hubo cruzado la plaza, el hombre milagroso indicó el camino de Roca Lisa, y los portaluces empezaron á ascender por la montaña trabajosa y desordenadamente. Roca Lisa daba á la plaza, y en una grieta de ella es donde don Patricio ordenó al artificiero que colocase una rueda sirviéndose de la escalera.

Para coronarla ahora tenían que remontar por la montaña y descender luego por malos pasos. Los portaluces, borrachos casi todos, tropezaban y caían; otros resbalaban en las losas y rodaban maltrechos hasta que otro peñasco los detenía en su peligroso descenso. El hombre milagroso extremaba la precaución para no caer ni desembozarse. Cuando llegó al lado de Roca Lisa, media procesión se había quedado en el monte, y las luces iban y venían dándole aspecto fantástico, que entretenía á los espectadores. *Zumalacárregui* avanzó hasta el borde mismo de la peña custodiado por sus dos inseparables compañeros.

—¡Que se van á caer! ¡Que se van á matar! —gritaban aterra-
das las mujeres contemplándoles desde abajo.

Don Patricio comunicó una orden á sus acólitos. Frasco se arrodilló en la roca, y extendiendo el brazo, encendió con su hachón la rueda. La gente empezó á aplaudir viendo brotar las chispas; pero el artificiero acudió indignado para protestar de aquel abuso. Precisamente se trataba del juego último que había dispuesto para aquella noche, y hasta se alegró después de haberle obligado *Zumalacárregui* á instalarlo en la Roca, porque allí ganaría en visualidad. Sus protestas resonaron tarde. La rueda empezaba ya á girar vertiginosamente, y los primeros truenos resonaron con grandes intervalos aumentando el general regocijo. De tiempo en tiempo escapábase silbando algún cohete prisionero, y ascendía rápido y fulgurante en un ímpetu de libertad, y estallaba en el espacio oscuro irradiando una miríada de estrellas multicolores que se desvanecían zigzageando en las sombras. Y la rueda iba adquiriendo velocidad: los colores se convirtieron en una gran masa blanca, luminosa, y dominando aquel volcán, envueltos en chispas y rodeados de truenos, don Patricio y sus amigos se destacaban impávidos. Como Jehová en el tempestuoso Sinai, el primero elevó su voz tenebrosa anunciando que iba á revelar un prodigio á la gran muchedumbre expectante...

Un estampido horrísono, que sacudió la roca y retumbó en las oquedades arrancando gritos de susto á las mujeres, no le consintió proseguir. Era el trueno final, el tremendo estallido que había de poner remate à los fuegos. La rueda cesó de girar; las últimas luces cayeron melancólicas, y los ojos, deslumbrados por la vivida claridad precedente, quedaron atónitos y á obscuras. Don Patricio aprovechó este minuto de deslumbramiento, para lanzar roca abajo las hebras de lana. En seguida llamó á sus amigos, que habían retrocedido al sonar el trueno, para que avanzasen al borde de la peña con sus hachones. Detrás acudieron otros con sus luces, formando un gran semicírculo en torno del taumaturgo.

Don Patricio invitó á las muchachas solteras para que se acercasen á Roca Lisa y recogiesen las hebras. Hubo disputas para lograrlas, y con tal empeño las ambicionaban, que algunas se rompían.

—¡Mucho cuidado! —recomendaba él desde la altura—. Cada hebra rota es un milagro perdido, pues por conducto de ellas he de recibir vuestros votos.

Cuando cada hebra estuvo convenientemente distribuida, los jóvenes formaron otro semicírculo abajo, y con los ojos puestos en la altura, esperaban las órdenes del hombre milagroso. Cuatro mil personas se estrujaban detrás, curiosas de saber el término de la pintoresca farsa.

—¡Pensad en la Virgen! —volvió á gritar don Patricio—. Encomendaos á Ella, é imploradla fervientemente que os otorgue lo que más deseáis. Las hebras me conducirán vuestras súplicas, y por mi mediación veréis satisfechos vuestros más ocultos anhelos. ¡Pensad, pensad!

El hombre milagroso guardó silencio para que las bellas devotas formularsen sus votos.

—¿Habéis pensado ya? —gritó.

Y de abajo le contestó un coro unánime:

—¡Sí!

—¡Zorras; todas sois lo mismo!... ¡Esto es lo que pedís!

Zumalacárregui se descubrió.

Fué un momento de sorpresa, seguido de un largo chillido pronunciado por tres mil mujeres. Las jóvenes soltaron las hebras, y tapándose los ojos volvieron la cara. Luego sobrevino una estruendosa carcajada: los hombres aplaudieron; las mujeres empezaron á gritar: —¡El demonio del viejo!...

—¡Habrás visto el indecente!...

—¡Y para eso nos ha tenido embobadas!...

—¡Cochino!...

Pero nadie mostraba enojo, ni siquiera las que recogiendo piedras empezaron á lanzarlas contra Roca Lisa, donde *Zumalacárregui* permanecía destapado é inmóvil. Una piedra alcanzó á Frasco.

—¡Huyamos, don Patricio, que esto se pone malo!

Y tan malo. La pedrea iba en aumento, y á los proyectiles que arrojaban las mujeres, asociábanse los más vigorosos que disparaban los hombres. *Zumalacárregui* recogió con la izquierda la manta, y sujetándose con la diestra el pantalón, emprendió á buen paso la retirada.

XV

Huyendo del calor asfixiante y de la multitud ruidosa, don Manuel se había alejado por el camino de Peña Negra para respirar el aire salúfero que bajaba de las montañas y subía de las remotas dehesas y pinares. Allí á lo lejos veía la plaza iluminada por las candilejas de los vendedores y envuelta en un vago nimbo formado por el polvo y el humo de las buñolerías. La gente se paseaba con dificultad, sudando, apretándose y palpándose. Dé cuando en cuando veía avanzar por la senda de Peña Negra alguna pareja enamorada, y para no servirla de estorbo, corría á esconderse detrás de alguna roca. Los enamorados pasaban muy juntos, ella ceñida por el talle y sorbiendo las palabras entusiastas que el amador la decía. Luego se alejaban del caminejo y don Manuel los veía esconderse entre las breñas ó desvanecerse á lo lejos en las sombras propicias. Una vez que intentó refugiarse tras una pizarra, tuvo que pasar de largo fingiéndose ciego á lo que sus ojos contemplaron, para no interrumpir el idilio. En su ascensión obligada aun encontró otras parejas que iban y venían por lo más abrupto, y pensó que debía de retroceder, porque el monte, convertido esta noche en asilo del amor, no era para recorrido á la aventura.

Cuando volvió al camino se detuvo un instante para mirar al valle. Las tinieblas lo poblaban. Allá muy abajo oíanse voces confusas de gente que cantaba y reía, y algo más arriba, por la vereda tortuosa que conducía al Santuario, seguía avanzando la fila negra de romeros y peregrinos. Luego miró al cielo y frunció la frente viéndolo amenazador. ¿Llovería aquella noche? Á su memoria se agolparon los recuerdos de otra igual, diez ó doce años hacía, y las escenas que entonces presenció lucieronle sonreír placentero. ¡Aquella noche prometió que ninguna mujer de su familia asistiría jamás á la fiesta!

Al doblar un recodo del camino tuvo que ceder el paso á otra pareja enamorada que avanzaba despacio, junta, muy junta, y todavía más juntitas las bocas, que iban cambiando las promesas y los besos. Cuando llegó don Manuel á cien metros de la tienda, reparó en una figura alta, de indeciso andar, y otra más baja que reía, reía...

—¡Demonio!... *Zumalacárregui* y *Enriqueta*.

La carcajada le hubiese denunciado si no acude prestamente á acallarla con la mano. Dando un salto, se ocultó detrás de la roca más próxima. Don Patricio y la *Virgen* fea fueron acercándose poco á poco. Algo dijo él tan quedo, que su oculto amigo no pudo oír.

—¿Pero está usted loco, don Patricio? —le contestó ella más fuerte y riendo nerviosa.

Y á otra imperceptible frase de él, observó la marquesa después de una pausa dubitativa: —¡No, no!... Blanca nos espera... ¿Qué diría Blanca?

Zumalacárregui la ciñó por la cintura y quiso apresurar el paso. Con palabra enérgica, que no admitía réplica, exclamó la *Virgen*: —¡Déjeme, y volvamos en seguida, que nos hemos alejado mucho!

Su tono firme y el mando que sobre el viejo carlista ejercía, le obligaron á retroceder.

—¡Bueno; terminemos el último! —dijo don Patricio sacando un buñuelo y arrojando el papel que lo envolvía.

Enriqueta dulcificó la voz:

—¡Eso, sí!... ¿Es el último?

—El último. Sólo recogí tres.

En seguida rompió el buñuelo y se puso un extremo en la boca. La *Virgen de Roca* se le acercó risueña: —¡Jesús, y qué alto es usted!

Su amigo se inclinó para ofrecerle el otro extremo.

—No; subiré á esta piedra.

Aun así, apenas alcanzaba á la boca de él.

Á tres pasos de ellos estaba oculto don Manuel.

Cuando Enriqueta tomó el buñuelo con sus dientes sintió comézón de abandonar su escondite y sorprenderlos tan juntos; pero la prudencia le aconsejó y sacando el pañuelo se lo llevó la boca para reprimir la carcajada.

Ni la marquesa ni *Zumalacárregui* se daban prisa por concluir, mordiendo el buñuelo con delectación, muy poquito á poco, viendo cómo se acercaban sus labios, deseando llegar al encuentro y temiendo que cesase el anhelante placer de la espera. Enriqueta apoyó las manos en los hombros de su amigo, y trémula de dicha, quería alejarlo, deseaba que no tuviese término aquel momento inefable de su vida castísima en que otra boca buscaba codiciosa la suya. El la retenía por la cintura, y la fuerte presión de sus manos crispadas la arrancaban sofocadas quejas de dolor... Los labios se tocaron; se estrujaron afanosos, y en el silencio de la noche resonó el beso ardiente, largo, de universal expresión, en que pactan las almas y se abrazan los deseos... Enriqueta sintió nublársele los ojos y flaquearle las piernas. Creyó morir desfallecida, y al mismo tiempo le pareció renacer con nuevo y pujante brío. Ya iba á caer de la piedra, cuando las manos enérgicas de don Patricio la retuvieron. Suavemente, con infinita dulzura, fué elevándola, elevándola como una hostia con que el amor comulga hasta la altura de su cabeza, y acercando sus labios á la boca de ella, volvió á besarla suavemente, una, dos, triplicadas veces.

Al momento de ternura sucedió rápido el acceso de entusiasmo viril, y apretándola entre sus brazos, se lanzó á la carrera por el camino de Pena Negra. Enriqueta se aterró como Ninfa que rapta un Pan lascivo, y comenzó á gritar: —¡No, no!... ¡Mi hermana!... ¡La gente!...

Don Patricio no la oía. Al llegar al recodo del camino, volvió ella á gritar con espanto trágico: —¡Por Dios, déjeme!... ¡Devuélvame!... ¡La gente, la gente!...

Y de su garganta siguieron saliendo voces inarticuladas que parecían aullidos.

Cerca de ellos avanzaba una pareja cogida de las manos y rimando suspiros de amor satisfecho. Don Patricio se detuvo, y depositó su trofeo en el suelo. Al sentirse libre, la marquesa echó á correr hacia la tienda para no ser reconocida por los que se acercaban. Cuando los dos amantes vieron á un hombre parado en mitad del camino también se detuvieron indecisos. *Zumalacárregui* rodeó una peña para dejarlos pasar, y cuando se hubieron alejado, retrocedió lento y sudoroso. Para que la emoción no le delatase, se dejó caer en la piedra á que había ascendido Enriqueta, y arrojó la boina al suelo para orearse la frente y engolfarse en sus febriles pensamientos. Cuando se hubo serenado un poco, murmuró: —¡Parece mentira, siendo tan fea!

Tras otra pausa meditativa, dijo:

—¡Pero tiene una voz!...

Y se volvió sobresaltado sintiendo que le tocaban en el hombro, y que le decían con acento entre burlesco y grave: —La voz suena como una música en las sombras, y el amor clama por la unión de los seres transfundiéndoles en las venas la energía creadora de esta poderosa naturaleza circundante.

—¡Ah, es usted, don Manuel! ¿Qué hace usted por aquí?

—He venido á cazar tórtolos.

Zumalacárregui se quedó confuso. Su amigo no quiso insistir, y también guardó silencio para mirar allá muy lejos. Las exhalaciones surcaban Sierra Nevada con su vivida fosforescencia sin poder romper el misterio de las nubes tenebrosas. De tarde en tarde un relámpago sin trueno, pero más vivaz que los anteriores, plateaba la confusión de los sobrepuestos cúmulos y mostraba más arriba un torvo cielo preñado de amenazas.

—Creo que esta noche tendremos fiesta —dijo don Manuel á su antiguo compañero.

—¿Cómo? —le interrogó *Zumalacárregui*, que absorto en sus pensamientos, no le había comprendido.

—¿No ve usted los relámpagos culebreando á lo lejos?

—Hay muchas leguas de por medio.

—Pero encima de nosotros tampoco se ven estrellas.

—Cierto; mala noche si empieza á llover.

—Como que se calcula en doce mil personas las que han llegado ya para la fiesta. ¿Dónde encontrarán albergue todas?

Don Patricio se levantó después de otro largo silencio.

—¿Quiere usted que regresemos, don Manuel?

—Vámonos, sí; es tarde y aun no he cenado.

—¿Y quiere usted buscar cena ahora, con esta confusión? Haga usted lo que yo, y coma buñuelos. Es la mejor cena en una noche como la de hoy.

Cuando llegaron á la tienda de las *Virgenes de Roca* se encontraron á las dos hermanas sentadas en la puerta: Enriqueta,

todavía anhelante y sin poder extinguir la emoción pasada; Blanca, austera y fría. La primera se estremeció viendo á don Manuel.

—¿De dónde viene usted? Yo me había alejado un poco con don Patricio, y no le he visto.

—Estaba en Peña Negra. Deseaba ver á Peña Negra de noche, al pie mismo de ella.

El alma artista de la *Virgen* fea se conmovió.

—¿Qué tal?

—¡Soberbia! Si de día es magnífica, de noche impone por su colosal grandeza. Negra entre las negruras nocturnas, parece una visión fantástica.

—¿Quiere que vayamos?

—¡Si usted lo desea!...

Enriqueta se levantó decidida, invitando á su hermana. Blanca permaneció indecisa hasta repetir la invitación don Manuel.

—¿Pero usted no viene, don Patricio? —interrogó sorprendida la *Virgen* mayor al ver que el antiguo carlista se alejaba.

—Sí; marchen delante que en seguida me incorporo. Voy en busca de buñuelos para don Manuel, que no ha cenado.

Á largos pasos llegó al primer puesto; llenó un papelón, y una tras otra, apuró cuatro copas. Aun no habían llegado sus amigos á la mitad del camino, cuando ya estaba de vuelta.

—Deme usted su brazo, don Patricio, que el camino es muy malo —le suplicó Enriqueta.

Pero si el camino era angosto y malo para uno, mucho más

resultaba para dos. *Zumalacárregui* entregó el cartucho de buñuelos á don Manuel y ofreció el brazo á su compañera, poniendo cuidado en el camino. Don Manuel no lo ofreció á Blanca, sino que la cogió por el suyo. Ella no hizo ninguna protesta, y siguió andando, indiferente y fría; pero en la obscuridad profunda, que aumentaba cuanto más se alejaban de la plaza, don Manuel aun pudo observar que las aletas de su nariz temblaban.

—¡Volvamos, volvamos! —murmuró Enriqueta, estremeciéndose.

Imponíale la densidad de las sombras; la mole vaga y gigantesca de Peña Negra, que se alzaba enfrente; el abismo que entreveía á sus pies y que podía tragarla si se desviaba un paso hacia la derecha; las sombras informes que se desvanecían monte arriba cuando ellos se aproximaban.

—¡Volvamos, que tengo miedo!

—¿De qué? —le preguntó don Patricio con firme voz—. ¿No la acompañamos dos hombres?

Estaban á treinta pasos de Peña Negra, y se detuvieron para contemplarla. Sin luna y sin estrellas que aclarasen el espacio, la roca se elevaba tenebrosa entre el negro profundo de la noche, como torre de una catedral en el misterio y el silencio de las clásicas ciudades medioevales. El aire que zumbaba y exhalaba largos lamentos en los grandes intersticios abiertos por los rayos, exageraba el terror de la marquesa.

—¿Oyen? —murmuró temblando.

—Es el viento —le dijo *Zumalacárregui*.

—¡No; son voces que resuenan en el interior de Peña Negra! ¡Huyamos pronto!...

Don Manuel quiso tranquilizarla confirmando las palabras de su amigo.

—Volvamos cuando quiera, pero repóngase del susto. Es el aire que silba y la impresiona.

—No; estoy segura, segurísima. Son palabras misteriosas lo que he oído.

Y profiriendo un súbito grito de terror, se arrimó temblorosa á don Patricio.

—¡Miren! —murmuró extendiendo el índice.

Y se estrechó todavía más contra su amigo, buscando amparo en su pecho.

En la punta de Peña Negra había brillado un punto microscópico. Los dos hombres aseguraron que nada habían visto y que todo era creación del miedo, pero Blanca aseguró también que lo había visto lucir un instante y disiparse en seguida.

El índice de Enriqueta volvió á dirigirse hacia la altura y su cuerpo tembloroso se unió más al de su protector. Don Manuel se pasó la diestra por los ojos... ¿También era víctima de una ilusión?... ¿No era una chispa vivaz lo que había visto?

—¿Qué dice usted, *Zumalacárregui*?

—Apostaría á que ha sido una lunecilla.

—¡Vámonos pronto de aquí! —exclamó Blanca acobardada é implorante.

El punto luminoso volvió à brillar por tercera vez; pero fijo ahora y ganando por segundos en intensidad. La *Virgen* fea se afianzó al brazo de don Patricio y quiso correr.

—¡Calma, calma! —le recomendó él.

Tímida como una niña, gimió la marquesa:

—Siento que me tiemblan las carnes, don Patricio.

—Pero el camino es malo y hay en él más peligro que en esa luz. ¡Retirémonos poquito á poco!

Al elevar otra vez la cabeza hacia Peña Negra vió que la luz ganaba en brillo, que se agrandaba por momentos hasta convertirse en llama oscilante que el viento traía y llevaba, aumentaba y atenuaba, proyectando en la lisa cara de la roca resplandores y sombras.

Don Manuel murmuró admirado:

—¡Parece una hoguera!

La extraña luminaria seguía aumentando incesantemente. Eso parecía, hoguera rojeando en la negrura del cielo, la punta de la roca gigantesca y misteriosa inflamada por diabólico artificio. El humo se arremolinaba é intensificaba las sombras dominadoras, mientras que los resplandores escapados por abajo iluminaban temblorosos á Peña Negra proyectando su claridad en el rostro de aquellos cuatro amigos, temerosos los de ellas, atónitos los de ellos, y todos perplejos, por no saber á qué atribuir el inesperado fenómeno... Y la insigne hoguera seguía aumentando: los torbellinos de humo se desvanecieron; Peña Negra entera aparecía convertida en ascua de oro, y las grandes lenguas rojas se retorcían crepitantes, se alzaban como robustas columnas salomónicas hechas de fuego, oscilaban y se rompían, llenando de siniestras claridades el abismo.

Súbitamente surgió una voz del interior de la roca. La cavidad sonora le dió estentórea robustez y el silencio de la noche la hizo rodar indefinidamente por la amplitud del espacio.

—¡Silverio!...

Nadie respondió.

—¡Silverio!...

De la plazoleta lejana salió otra voz menos potente:

—¿Qué quieres?...

Y Peña Negra volvió á retumbar:

—¿Has visto á la bribona de mi mujer?

De la plazuela contestaron:

—En el Vado la encontré hace un rato abrazada á su amante.

La voz grande y misteriosa gimió ahora:

—¡Ya me figuraba que la muy bribona andaría haciendo picardías!

Don Manuel y *Zumalacárregui* lanzaron una carcajada, que correspondió á otra más larga y ruidosa con que millares de hombres acogieron en la plaza el desatinado diálogo. Las *Virgenes de Roca* permanecieron indiferentes, como si nada hubiesen oído. Tal ocurrió ante el Santuario, donde las mujeres tampoco oyeron.

—¿Y cómo habrán subido hasta allí? —preguntó don Manuel.

Don Patricio recordó entonces haber oído á su padre que Peña Negra tenía una cavidad interior por donde algunos mozos de su tiempo treparon hasta llegar á la altura. Algún serrano de buenos puños y mejores piernas, conocedor del secreto camino, había realizado esta noche la peligrosa ascensión y quemado el nido de las águilas.

El fuego empezó á decrecer, y el humo encaperuzó poco á poco la aguda cresta. Durante un rato lucieron las brasas en las sombras. El aire aventó luego los rescoldos, y el misterio volvió á reinar en las alturas.

Enriqueta y *Zumalacárregui* delante; Blanca y don Manuel detrás, emprendieron el retorno á la tienda. La *Virgen* fea comentaba ahora regocijadamente el miedo que pasó, y don Patricio celebraba con entusiasmo la intrepidez del que osó dominar á Peña Negra.

El caballero abrió el envoltorio que llevaba, y ofreció un buñuelo á su compañera. Blanca desvió la cabeza haciendo un gesto de repugnancia.

—¡Bah! —exclamó él.— En mitad de la sierra no se puede ser muy escrupulosos.

Y rompiendo el buñuelo se lo puso en la boca ofreciendo con un gesto el otro extremo.

Blanca miró á su hermana que hablaba y reía delante; paseó los ojos en torno, y al darse cuenta de que nadie la observaba, se acercó á don Manuel para aceptar la porción que le ofrecía. Abrazada á él, impaciente y glotona, comió, devoró, hasta que las bocas se encontraron.

XVI

Sentados ante la tienda de campaña distraíanse las marquesas y sus amigos contemplando las hogueras numerosas que la gente joven había encendido por todas las montañas. Formando corros en torno de ellas, bebían, cantaban y pulsaban la guitarra. De cuando en cuando destacábase entre el fulgor rojizo la figura de algún hombre borracho y desnudo, que bailaba y hacía grotescas contorsiones. De aquí y de allá, ascendiendo de los valles y cerradas ó descendiendo de las alturas tenebrosas, saltaban las frases picantes y los diálogos intencionados, de intención más picante que el sostenido entre Silverio y el hombre de Peña Negra. Las mujeres simulaban sordera; pero los hombres se regocijaban mucho.

La gente también había acampado en torno de la tienda. Unos devoraban las provisiones de que abastecieron sus alforjas, y otros bebían en grandes botas que iban de mano en mano. De un grupo se irguió una mujer gritando:

—¡Á jugar al toro! ¡Vamos á jugar al toro!

—¡Haz tú de vaca! —le dijo su marido.

—¡Conforme; yo haré de vaca!

Los corros se deshicieron para presenciar ó tomar parte en el espectáculo. La mujer se remangó las sayas para estar más holgada, y adelantó los puños.

—¡Salgan ya los toreros! —gritó dando patadas y rugidos.

El primero en salir fué su marido, que al primer encontronazo rodó por el suelo.

Luego aparecieron hombres y mujeres agitando chaquetas y pañuelos. Todos se disputaban la preferencia de torear á la fiera, que se revolvía bramando como bruto recién salido del

chiquero. Una joven apareció cabalgando sobre un mozo que la sujetaba por las piernas. Eran el picador y el caballo. Ella invitó á la vaca adelantando un palo que le servía de pica: la fiera volvió á bramar, expulsó las piedras con los pies, y reconcentrando bríos, acometió furiosamente á sus enemigos. El caballo recibió el golpe en el pecho. Tan rudo fué, que vaciló un momento y cayó de costado arrastrando en su caída á la picadora. La vaca se ensañó entonces en las víctimas, hundiéndoles el testuz y tundiéndoles á coces, hasta llegar un diestro capote que la retiró, la atrajo al centro de la plaza, y con un hábil quiebro, la hizo tocar con el hocico en el suelo. La vaca siguió bramando de dolor y de rabia; pero el torero la esperó impávido, y escurriendo oportunamente el bulto, la dejó pasar asestándole una salerosa palmada en las nalgas.

—¡Muy bien, muy bien! —gritaron los espectadores palmeando.

La destreza del torero excitaba á la vaca. Para agredir con más libertad acabó de remangarse la ropa colgante, y dejó los brazos al aire. La verdad es que en esta guisa y con el pelo destrenzado estaba magnífica. Toreras y toreros empezaron á temer sus puños. Al marido tuvieron que retirarlo deslomado á la enfermería, ó séase á una roca próxima, donde el médico procedió á la primera cura haciéndole ingerir largos tragos de vino, que él recibía sin extremar las quejas ni protestas. Sólo el hábil torero del quite no recibió de la vaca herida ni contusión. Sereno y experto, dió ahora dos ó tres capotazos á la fiera, lanzándola en seguida contra la picadora, que esperaba otra vez á la fiera cabalgando sobre el penco dolorido y piafante. La vaca arredró dos pasos; mugió; rechazó las piedras, y se dispuso á acometer. Receloso y tímido, el jaco dió media vuelta queriendo huir, y la testa del cornúpeto se hundió en blando, una, dos veces... El caballo volvió á flaquear, y la picadora descendió por las orejas con las piernas al aire. La brava fiera volvió á ensañarse en los caídos sin atender á los

quites.

—¡Busca el cuerpo; busca el cuerpo! —decían toreras y toreros alarmados ante aquel encarnizamiento.

La picadora agitaba las piernas, y revuelta con ella, el caballo coceaba deseando inútilmente alejar á la vaca. Ésta mugía embravecida y hundía sin piedad los puños haciendo rodar al caballo y á la picadora. El buen torero, convertido ya en director de la numerosa cuadrilla, se esforzaba en retirar á la bestia, y gritaba que la cogiesen por las astas; pero todos temían á sus furiosas cornadas.

—¡Ahora veréis, cobardes!

Zumalacárregui abandonó el asiento, avanzó hacia la vaca, y agarrándola del pelo, la arrastró lejos de sus víctimas, mientras que otros retiraron á la picadora asiéndola de los brazos, de las piernas, de donde podían; porque la vaca seguía forcejeando entre los puños de su aprehensor. Ya estaban el caballo y la picadora de pie; ya los retiraban hacia la barrera, cuando la vaca dió un mordisco á don Patricio, asestó una coza al torero que acudió á protegerlo, y libertándose de ambos, corrió desgreñada en busca de sus víctimas. Al primer topetazo el caballo dió un relincho de dolor y huyó galopando. Don Patricio quiso preservar á la picadora trasladándola en sus brazos fuera del ruedo; pero la vaca se revolvió contra ellos, y á fuerza de cornadas logró derribarlos. Ella profirió un grito de dolor al caer debajo, y él recibió paciente las embestidas de la bestia. El director de la cuadrilla acudió con su capote; pero sin acertar en los quites. La cuadrilla se le unió entonces y entre todos la separaron á tirones.

—¡Tararí!...

El marido de la mujer-vaca se puso la mano en la boca simulando un toque de clarín:

—¡Tararí!...

—¡Banderillas! —gritó la gente.

Hombres y mujeres aparecieron en el ruedo haciendo de banderilleros, y la vaca se dió gran gusto distribuyendo cornadas y puñetazos, que resonaban sordamente. El director de lidia tuvo que imponer orden en aquella confusión. La mayoría de los toreros se retiró á la barrera. Don Patricio se quedó en el centro del rellano invitando á la fiera con sus dos largos brazos extendidos á guisa de banderillas. La vaca, rendida por el juego de los capotes, mostrábase rehacía, y el banderillero se desesperaba cambiando de sitio y citándola á cada cambio. La fiera pareció dispuesta á acometer. Don Patricio se irguió entonces sobre las puntas de sus pies, levantó los brazos y lanzándose sobre el animal, le clavó los rehiletos.

—¡Ay, ay, ay! —gritó la mujer-vaca llevándose las manos á la cabeza.

—¡Son de castigo! —exclamó risueño el banderillero.

—¡Han sido dos puñetazos, hijo de mala madre!

El marido creyó bien castigada á su mujer, y llevándose la mano á la boca tocó otro ¡tararí!...

El matador lió su blusa á una vara de fresno, empuñó un garrote que había de servirle de estoque, y ya iba á brindar ante las *Virgenes de Roca*, cuando un cohete rasgó los aires y un fuerte palmoteo se alzó en la plaza.

—¡El castillo; el castillo! —voceó la mujer-vaca.

Y soltándose las ropas remangadas, corrió hacia la plaza mugiendo, bramando y con el pelo al aire. Toreras y toreros siguieron detrás moviendo gran algazara.

Los cohetes se sucedían rápidos y sibilantes. Á los que dispa-

raba el artificiero asociábanse otros quemados á docenas y centenas por los devotos que los habían ofrecido á Nuestra Señora. Durante algunos minutos fué un divertido espectáculo verlos ascender rabiosos y chispeantes, rectos unos, sesgados otros, entrecruzándose en su aéreo camino y detonando en las alturas. Á su liviano resplandor se aclaraban los montes; las rocas se destacaban en su amontonamiento de entre las sombras; valles y abismos se entreabrían al disiparse las tinieblas mostrando súbitamente sus tenebrosas profundidades. Luego dejaron de subir y estallar los cohetes. Montes, espacio y abismos volvieron á sumirse en las sombras, y una rueda empezó á entrar en ignición, girando lentamente al principio, más rápida y rumorosa después. De tiempo en tiempo paralizaba su raudo curso, sonaba un estampido, y recomenzaba su deslumbrador volteo entre las admiraciones de la multitud, que seguía con interés creciente los giros flamígeros, blancos unas veces, verdes otras y después ensangrentados. Los rostros adquirían las coloraciones del fuego, y las mujeres rehuían las miradas de los hombres cuando en la sucesión de tonos adquirían aspectos demoníacos ó espectrales. Al lanzar la luciente rueda el trueno final, hubo un largo aplauso, que resonó como el choque del mar en los arrecifes. Luego siguió un sepulcral silencio. La música inició un muelle vals que suavizó la excitación de los nervios sacudidos por el estallido de los cohetes y el ambiente cargado de pólvora. Los brazos de los hombres aprisionaron las cinturas de las mujeres, y en un momento dos mil parejas empezaron el baile delante del Santuario, en el camino de Peña Negra, entre las rocas bravias, dondequiera que había cuatro palmos de llanura para sustentar los pies. Ni el vals consentía ímpetus de saltarines á los danzantes, ni la afluencia de muchedumbre daba libertad á los movimientos, y los que en mayor amplitud y con música más vivaz se hubiesen abandonado al ardor dionisiaco del baile por el baile mismo, preferían ahora la angostura del espacio y la dulzura soñolienta del vals, que les permi-

tía estar tan juntos como les aconsejaba su deseo. Desde la tienda se veía la plaza entoldada por un polvillo luminoso, y entre la densa y áurea transparencia cargada de sensualidad columbrábanse las múltiples parejas moviéndose con languidez.

Zumalacárregui dejó su silla y se acercó á *Enriqueta* invitándola á bailar. La *Virgen* fea quiso resistir, pero él la tenía ya de las manos, y había en la presión de las suyas y en su gesto todo tal dulzura insinuante y tanta decisión, que ella se sometió subyugada al abrazo. Don Manuel ciñó el talle de Blanca y las dos parejas comenzaron à bailar; se alejaron dando la vuelta á la tienda.

—¡No apriete tanto, don Patricio!

Enriqueta se quejaba, pero en sus palabras temblaba la emoción del alma dichosa. Don Manuel moderó su avance al oír á la *Virgen* mayor, para dar tiempo de que se alejase con su amigo, y permaneció allí mismo, al borde del abismo negro, que aumentaba la seducción. Blanca miraba en torno por si alguien se solapaba en las sombras, y al persuadirse de que nadie la espiaba, acogía suspirando y con vaga mirada errante los abrazos de su compañero.

La música cesó. En un aflojamiento de todos sus resortes interiores, la *Virgen* altiva dejó que don Manuel la estrechase contra su pecho. Luego unió su boca á la boca de él, lo apretó, lo estrujó á su vez con ansias de leona hambrienta, y transfundiéndole toda su reprimida pasión con un suspiro caliginoso y largo, se desprendió, fué á sentarse altaneramente á la puerta de la tienda.

Don Manuel se pasó la mano por la frente y buscó el pañuelo para secarse el sudor. Luego contempló la vasta región tenebrosa que se extendía bajo sus pies, y sorbió á grandes bocanadas el aire fresco y sano de que su pecho quedó vacío du-

rante aquel enajenado abrazo femenino.

Mientras regresaba á la tienda miró hacia Peña Negra. Enriqueta y *Zumalacárregui* avanzaban como dos sombras porfiadoras. El, con su rostro muy cerca de ella, quería retenerla. Ella resistía y gesticulaba con viveza; caminaba algunos pasos y se detenía nuevamente para reanudar en seguida la marcha. Cuando llegaron á la tienda, don Manuel estaba sentado á la vera de Blanca, y Blanca, señora de sí misma, miraba indiferente las luces efímeras que recomenzaban á irradiar en el espacio. Enriqueta se dejó caer en una silla, trémula de contenida emoción, extraviados y fulgurantes los ojos.

Después de los cohetes se quemó otra rueda, y tras la rueda volvió la música á dar al aire sus claras notas para que las parejas se uniesen entusiasmadas. Así pasaron dos horas de tormento deseado y de deseo temido, en que los seres buscaban el enlace sin llegar nunca á la fusión.

Al terminar los fuegos hubo un momento de reposo y alivio. El polvo de la plaza formaba densa aureola sobre las cabezas, y la gente se limpiaba los rostros, se abanicaba, abría la boca y miraba hacia las alturas ambicionando limpio aire respirable. El desfile comenzó en seguida. Unos descendieron como desbordado río por la rampa pedregosa en busca del ancho valle de las linfas sonoras y de los multiplicados ecos para proseguir el baile á la luz de las hogueras y al son de las guitarras. Otros escalaron las rocas vecinas del castillo para beber y holgarse y recomenzar de monte á monte los diálogos audaces. El camino de Peña Negra volvió á poblarse de enamoradas parejas, rehacias y discutidoras unas, presurosas las otras, que se alejaban en la obscuridad y se perdían entre las quiebras y peñascos. Algunas bajaban por el caminillo occidental que conducía á la Gruta del Agua; pero al acercarse á ella y ver el fulgor que salía entre las peñas y al oír el rasgueo de las guitarras que llegaba al través del túnel, cambiaban de

camino y seguían cerrada abajo guiadas por el rumor de las aguas, ó se detenían á reposar acogiendo á los nidos propicios que en torno de dos peñas formaban juncos y adelfas.

Y nadie parecía reparar en la tempestad inminente. En el cielo no brillaba ningún rubí. Los relámpagos culebreaban más vivos sobre el plúmbeo amontonamiento de Sierra Nevada, y se corrían á derecha é izquierda siguiendo la gran curva del horizonte obscuro. De tiempo en tiempo, un rumor sordo, prolongado y remoto salía del seno de las nubes, y ascendía trepidante y amenazador por la bóveda misteriosa.

—¿Lloverá? —consultó la *Virgen* fea santiguándose al herirla un relámpago que fosforeció á lo lejos.

Don Manuel siguió atentamente la dirección en que rodó un trueno, y sentenció:

—Mucho lo temo.

La *Virgen* se estremeció, y sus labios, trémulos de fiebre amorosa un rato antes, se movieron ahora en oración. Después de santiguarse otra vez, suplicó á don Patricio:

—¿Quiere usted buscar á los criados?

El viejo carlista quiso prolongar la compañía:

—¿Es que piensan acostarse?

—¡Qué hacer!...

—¿Con este ruido?... ¡No podrán dormir!

—Pero descansaremos.

En torno de la tienda, y á lo largo del caminejo, los romeros tendían el aparejo de sus bestias, y envolviéndose en las mantas procuraban reposarse de la fatiga del viaje y del tráfigo de

la fiesta, aun sabiendo que no podrían dormir. De grupo á grupo y de familia á familia se entablaban largos diálogos. Todos habían temido subir al Santuario sabiendo las molestias que les aguardaban; todos prometían no volver al otro año, pero don Manuel, que les escuchaba, repetía á cada seguridad de ellos:

—¡Eso mismo estoy oyendo hace treinta años!

XVII

Las primeras gotas no alteraron á los bailadores, que saltaban y se requebraban al resplandor de las hogueras; pero la lluvia se hizo más insistente, y al consultar el cielo, las chispas azotaron los rostros. Las mujeres comenzaron á alarmarse. Muchas se habían separado de sus familias y las llamaban á grandes voces. Los hombres repetían para tranquilizarlas:

—¡Nube de verano! ¡Pasará pronto!

Pero la lluvia seguía arreciando y las gotas caían en las hogueras marcando grandes manchas en las brasas y en las cenizas. Los extraviados corrían en todas direcciones para incorporarse á sus parientes, y los demás desplegaban las mantas y se acogían bajo los árboles del valle ó buscaban algún amparo en las rocas. Las bestias erguían las orejas para escuchar atemorizadas los rumores de la tempestad que se acercaba entre la lividez de los relámpagos y el rimbombar de los truenos. Los labradores consultaban recelosos á estas fieles compañeras de sus cotidianos afanes, mientras que las hogueras se extinguían melancólicamente. Á su agónica claridad, veíase el agua descender en largas hebras cristalinas. ¿Sería nube de estío? El temor luchaba con la esperanza. Creyendo que el turbión pasaría pronto, la gente seguía aguantando bajo los árboles ó preservándose tras las peñas. Arriba y abajo sonaban estentóreas las voces de los hombres y los gritos estridentes de las mujeres llamando á los hijos descarriados. Sobre todo á las hijas. ¿Dónde estarían ellas? Los impacientes abandonaban sus malos refugios y corrían bajo el azote pertinaz de la lluvia en busca de los seres desmandados. Unos dejaban las hondonadas para buscarlos por las alturas, y á la súbita palidez de los relámpagos pretendían reconocerlos en alguno de los innumerables grupos que el miedo á la lluvia formaba. Otros descendían de los montes á los valles vocean-

do el nombre de otra persona que no respondía. Á veces respondía, y guiándose por los gritos llegaban á encontrarse, y según el genio, al encuentro seguían los golpes ó las gracias á Dios y á Nuestra Señora de la Sierra.

Los relámpagos llegaban de lejos, y más lejos aún parecían resonar los truenos; pero truenos y relámpagos iban acercándose. El agua caía ya torrencial, encharcando los céspedes del valle y bajando impetuosa por las montañas. La esperanza de que el turbión cesase pronto, íbala venciendo un temor creciente, y la muchedumbre empezó á buscar mejor seguro. La plazoleta del Santuario se convirtió en centro de la afluencia. Por todas partes acudía gente. La casa de don Clímaco y la casa de la Virgen estaban abiertas y los romeros las invadían á empujones y á puñetazos. Los rezagados empezaron á vocear que se abriese el Santuario, y como nadie se diese prisa en satisfacer el clamoroso deseo, algunos robustos mocetones se acercaron á las herradas puertas de encina, y apoyando las espaldas, apretaron, se esforzaron hasta que saltó la cerradura. La multitud se precipitó en el vestíbulo, encontrándose ante la segunda puerta que daba acceso á la iglesia. Los hombres quisieron forzarla como la anterior, y ya arrimaban á ella sus hombros cuadrados, cuando don Clímaco apareció en el pasillo que comunicaba con sus habitaciones.

—¡Quietos, muchachos; no hay que estropearme las puertas!
—exclamó avanzado en las sombras.

—¿Trae usted la llave? —le gritaron.

—Sí.

Trabajo le costó cuando hubo abierto de eludir el cuerpo para que la gente no le atropellase en su brusca irrupción. Nave, presbiterio, sacristía y escalera que conducía al camarín de la Virgen, llenáronse súbitamente y á la puerta aun quedó una cola interminable. Una voz resonó desde el interior:

—El coro está vacío.

Y otras voces repitieron en seguida:

—El coro está vacío. Que nos lo abran en seguida.

Pero al coro sólo podía llegarse por una escalerilla de caracol que comunicaba con la casa de don Clímaco, y el buen capellán lo reservaba para las familias pudientes y amigas que ya habían empezado á implorarle albergue.

La lluvia zumbaba afuera cada vez más obstinada redoblando en las lonas con que los vendedores cubrían sus puestos, y despeñándose con estruendo de torrente castillo abajo, formaba grandes balsas en la plaza. Persuadida la muchedumbre de que el ingreso en los tres edificios era ya imposible, se acogió la que pudo á las grandes cuadras del Santuario, donde las bestias, espantadas por los relámpagos y los truenos, piaban y coceaban. Otros ofrecían dinero á los vendedores para que guareciesen bajo los rezumantes lienzos á sus hijos y esposas.

En el camino de Peña Negra aun era más imponente el espectáculo. La gente veía desde allí zigzaguear los relámpagos por toda la extensión misteriosa, y á cada lívida fulguración, el abismo se revelaba caótico á los ojos espantados. Los mayores de las *Virgenes de Roca* hacían esfuerzos inauditos para alejar de la tienda á las madres llorosas, y no faltó quien golpease en la compuerta implorando de las marquesas que recibiesen á sus pequeñuelos. Dentro hubo consulta. Enriqueta, empavorecida, quería abrir; pero Blanca la previno del peligro que corrían si dejaban á la multitud franca entrada. La hermana mayor dudó un momento, hasta que al cabo se decidió á abrir. Algunos hombres se arrojaron en el interior, pero otras voces varoniles gritaron amenazadoras desde el camino:

—¡Que salgan! ¡Que salgan pronto!... Primero las mujeres y

los niños.

Niños y mujeres entraron hasta no caber más. Los pequeñines lloraban aterrados, y sus madres también lloraban estrechándolos contra su pecho y elevando coros de bendiciones en loor de las ilustres señoras que los habían amparado.

Un seco trueno que estremeció la montaña estalló encima. Bruscamente, hendiendo el seno tenebroso de la nube, saltó una luz viva, deslumbrante y dura, que bajó recta y veloz. El trueno siguió largo rato trepidando en las alturas y repercutiendo en los abismos. Los que en el camino de Peña Negra estaban quedaron pasmados por la súbita detonación y la vivez hipnotizante de la claridad.

Alguien exclamó estupefacto:

—¡Un rayo!

La palabra fué unánimemente reproducida por centenares de bocas. Unos se cubrieron la cabeza con las mantas; otros iniciaron una oración. De la tienda salió un rumor entrecortado por los sollozos. Enriqueta había cogido su rosario, y encendiendo una bujía, cayó de hinojos. Las mujeres la imitaron:

—«¡Santo, Santo, Santo! Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria...» —gimió piadosamente la dama.

Y las mujeres contestaron agobiadas de terror:

—«¡Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo!...»

Terminado el trisagio, comenzaron las preces á Santa Bárbara y á la Virgen de la Sierra para que se dignasen poner término á la tempestad.

El seco estampido había espantado las mulas de las marque-

sas. Una de ellas brincó sobresaltada, y rompiendo las ligaduras, lanzóse á la carrera camino de Peña Negra. Otra detonación más ruda que la precedente, seguida de la brusca lividez del rayo y de un largo rugido, dejó atónita á la gente. Los sollozos y los rezos sonaron más fuerte en el interior de la tienda, mientras que afuera, la bestia desbocada se perdía en la densidad de las sombras para reaparecer á lo lejos, asustada y galopante, al fugaz incendio de los relámpagos. Cuando el primer terror hubo pasado y la gente pudo reponerse, la mula había desaparecido. ¿Se habría despeñado monte abajo? ¿Habrá seguido el recto camino hasta que el cansancio la parase? ¿Habrá ascendido en su locura por la montaña?

—Vamos á buscarla —dijo un criado.

Los otros dos se resistieron. Tenían que tomar por la dirección de Peña Negra, y sobre ella se rompían los truenos, y sobre su aguda punta descendían los rayos... ¡El tercero!... Otro más acababa de caer, entreabriendo el seno negro de una nube densísima. El trueno volvió á estallar desgarrando los tímpanos. Como si toda su furia la hubiese exhalado en aquel horrendo estampido, enmudeció un segundo; en seguida renació potente en la entraña de la nube sacudiendo montañas y abismos, y se alejó rodando por la gran comba del cielo funerarío.

—¿La dejaremos perderse? —preguntó el primer criado.

—¿Y quién se acerca á Peña Negra? —le contestó otro.

—¡Era una joya! —exclamó pesaroso el tercero.

Todos guardaron silencio, impuesto por otra detonación.

Los hombres que les rodeaban se consultaron en las sombras. También ellos dudaban, hasta que uno indicó la tienda donde las mujeres rezaban.

—¡Amor con amor se paga! No está bien ni es de cristianos que las amas se hayan compadecido de nuestra gente, y que nosotros no las ayudemos.

Fué bastante. Los criados primero y los hombres á continuación se encaminaron hacia la roca peligrosa, acordando en el camino cómo habían de fraccionarse para buscar la caballería por todos lados.

Mayor confusión reinaba en la parte oriental, en el ancho valle de los claros sonidos. Las montañas aprisionaban á los truenos, y los relámpagos se revolvían iracundos. El agua saltaba de las rocas, inundaba la planicie, caía espumosa en lo hondo, y por allí corría como una tromba buscando la cerrada, donde ya no cantaba, sino que rugía y voceaba formando otra tempestad de robustas sonoridades no menos imponente que la que rodaba por las lúgubres alturas. Y no era una bestia la que por este valle corría, como en el camino de Peña Negra. Sus dueños las dejaron pastar á centenares en la verde llanura, y ahora iban á la desbandada. La lluvia torrenciosa, el cañoneo de los truenos y las fulguraciones de los relámpagos súbitos, las hacían temblar, cocear, romper las débiles ligaduras y huir aterradas. El relincho de los caballos sonaba anhelante y acobardado, y el grotesco rebuzno de los pollinos, reproducía ahora arriba y abajo, en el valle y en la cañada, en las faldas de los montes y en las lejanías del Vado los potentes ecos de las innumerables trompas que las *Virgenes de Roca* y sus compañeros habían admirado por la tarde. Súbitamente se rompía un trueno en el espacio, y la sorpresa de la detonación y el terror de la centella inmovilizaban al tropel galopante, acallando sus ecos. El valle quedaba por un momento en calma: sólo el trueno seguía rimbombando á lo lejos, y el torrente retumbaba en la cerrada. Pero al momento atónito seguía la rápida reacción del peligro corrido, y un relincho nervioso reanudaba los galopes y un resonar de furiosas trompas poblaba de ecos las sombras nocturnas. Los

hombres corrían en todas direcciones llorando, blasfemando y deprecando. Con gritos y silbidos llamaban á las bestias demandadas, y tan pronto cerraban los ojos y trazaban el signo de la cruz deslumbrados por algún relámpago, como esperaban el paso fugaz del relámpago próximo para inquirir si entre las sombras móviles iba su bestia indómita.

Una voz potente sonó en medio de aquella confusión:

—¡Al Vado! ¡Á las alturas!

Todos comprendieron. Buscar las bestias propias en aquella dispersión y azoramiento, era inútil. Había que aprisionarlas en la angostura cerrándola por el Vado y dominándola desde las cúspides para que ningún animal huyese. Cuando la tempestad se encalmase y la nueva aurora disipase las sombras, sería tiempo de reunir las y entresacar cada cual la suya. Los hombres empezaron á trepar entre las breñas buscando accesible camino á la luz instantánea de los relámpagos, mientras que otros se encaminaban hacia el Bonete del Obispo y al más lejano Vado para cerrar el paso. Muchos perdieron las mantas: con ellas ó sin ellas, todos sentían mojadas las carnes y el frío les calaba hasta los huesos.

En el Santuario, la gente demandaba á grandes voces la llegada del arcipreste y de don Clímaco. Había que rezar el trisagio, entonar la salve, implorar al Altísimo y á su Divina Madre, á Santa Bárbara bendita y á todos los abogados del cielo, para calmar aquella tormenta que rodaba por encima con estrépito de truenos, haciendo retremblar el templo y conmoviendo las montañas hasta en sus arraigados fundamentos. El terror colectivo había tocado en las fronteras del delirio. El Santuario estaba en mortecina penumbra. En el presbiterio sólo alumbraba una lámpara melancólica ante Nuestra Señora de la Sierra. La gente, acurrucada y opresa, comunicábase de cuerpo á cuerpo sus angustias y temblores. De tiempo en

tiempo se filtraba el relámpago por los muros, y pasaba sobre las cabezas sumisas como ígneo azote de la cólera divina. El trueno retumbaba en seguida desgarrador y extenso: las paredes crujían, el suelo se estremecía y hasta la Virgen oscilaba sobre su peana de plata. Unos oraban de viva voz; otros ni ánimos tenían para orar. Los pecadores recordaban alguna infracción de la ley moral consumada aquel día, en la vecindad de la augusta Patrona, y de todo corazón se arrepentían de su abominable pecado. Los niños, que no habían ofendido al cielo ni tenían clara percepción del mal, presentían el peligro que el cielo les enviaba, y estrujándose contra el pecho materno, temblaban y lloraban y querían acallar los horrendos estampidos ocultando la cabeza. De cuando en cuando llegaban del exterior otros ruidos secos, acompañados de largo estrépito. Voces airadas —reniegos y maldiciones— se alzaban después. Las tiendas de los vendedores sucumbían bajo el peso de la lluvia. Los lienzos calados no podían resistir la tirantez y estallaban como sonoros parches. Los débiles listones fijados en la improvisación del armatoste, se torcían al momento, se caían, y por el suelo rodaban las brillantes baratijas que estuvieron expuestas al comprador. Á los gritos irritados de los vendedores viendo rotas ó manchadas sus mercaderías, correspondían dentro del Santuario otras exclamaciones de reprobación y espanto:

—¡Bárbaro!

—¡Blasfemo!

—¡Dios no permitirá que se aleje la nube!

—¡Que venga el arcipreste!

—¡Que acuda don Clímaco!

El arcipreste y don Clímaco abandonaron la sala donde se habían acogido para dirigirse al templo. La *Rubia* cruzó tra-

bajosamente entre la multitud que llenaba la casa, y se encaminó hacia el coro seguida del alcalde y de don Manuel, de los mayordomos y de sus familias, que también se habían amparado en casa del capellán. La joven que por la tarde fué objeto del milagro, también quiso acompañarles. Todos se unieron en la solicitud de disuadirla, débil y recién curada como estaba; pero la unanimidad no ejerció influjo en su ánimo. Cogida al brazo de su padre, apoyada en el hombro de su madre, María empezó la marcha creyéndose cada vez más ágil. Los que la precedían encontraron viva oposición en la muchedumbre que se revolcaba en el suelo disputándose el terreno. Las súplicas del alcalde para que abriesen camino fueron desoídas. Sólo cuando don Manuel, que alumbraba con una bujía, dijo que detrás iba la joven curada y que debían abrir paso para no lastimarla, la gente elevó un rumor de enjambre y se removió con trabajo. Todos querían verla; todos dirigían á ella sus votos:

—¡Ruega á la Virgen que te ha curado!

—¡Que cese la tormenta, hija mía!

—¡Que Nuestra Señora te escuche pronto!

—¡Pídele por mi hijo!

—¡Implórale por mi padre!

Y aunque la masa se escindía para abrirle paso, costaba gran empeño sustraerla á las manos que se alargaban para recoger sus ropas y depositar un beso.

La *Rubia* delante y los demás á continuación, cruzaron el largo pasillo. Abrió ella la puerta que daba á la escalera de caracol, y empezaron á subir seguidos de la muchedumbre. No habían pensado en este asalto, y el coro se llenó en seguida de gente sollozante.

Con mayores apuros llegaron el arcipreste y don Clímaco ante el altar. El primero comenzó el trisagio, y la muchedumbre le acompañaba con largos plañidos, que se transformaban en gritos de terror cuando el relámpago pasaba incendiando la nave y el trueno se rompía encima.

Antes de comenzar la salve miró don Manuel por el coro:

—¿Y don Pedro? ¿Y don Patricio?

Ni el maestro ni *Zumalacárregui* estaban por allí.

—Miren bien —insistió el caballero—. Don Pedro sabe tocar el armónium y podría acompañar la salve.

Todo inútil. Alguien dijo que al comenzar la lluvia los había visto entrar juntos en la casa de la Virgen.

Las voces graves y temblorosas de los dos sacerdotes iniciaron en aquel momento una ingenua y bellísima salve, tradicional en el país. Don Manuel se sentó ante el armónium para acompañarla lo mejor que pudo. En la nave y en el coro elevóse el canto de la muchedumbre, y dominando el gran concierto, destacábase por su limpidez y pasión la voz de la *Rubia*. En más bajo tono, con el acento cristalino de una niña, también acompañaba María.

Cuando las preces y los cantos cesaron, los relámpagos aun pasaban por la nave penumbrosa como espada flamígera; pero entre su incendio y el retumbar del trueno mediaba largo tiempo. La tormenta comenzaba á alejarse, aunque la lluvia seguía arreciando. El agua batía más fuerte en el techo; tamborileaba en las lonas de los vendedores; sonaba como un torrente al despeñarse de las rocas vecinas.

Don Clímaco se irguió invitando al señor arcipreste. Don Gervasio no tuvo ánimos de repasar Iglesia, pasillo y casa entre la muchedumbre amontonada, y pretirió que la nube se

alejase descansando en un sillón de los tres que había en el presbiterio. Pero el capellán tenía que velar por su domicilio abandonado al pueblo, y apagando las velas que había encendido en el altar, se lanzó entre la gente gritando:

—¡Paso! ¡Paso!

Al principio miraba dónde ponía los pies; pero tan lento avanzaba, que antes de llegar á sus habitaciones hubiese circulado una hora.

—¡Paso! ¡Paso!

Como la resistencia seguía, avanzó más de prisa, sin reparar dónde pisaba.

Cuando la bujía se agotó sobre el armónium, el coro quedó en tinieblas; pero la gente no hizo intento de retirarse.

—¿Bajamos? —preguntó la *Rubia* á don Manuel y al alcalde.

—Será difícil —dijo el primero.— Con gran esfuerzo he podido llegar hasta la puerta, y el pasillo está atestado.

Indicando á la joven curada, que escuchaba el diálogo, añadió:

—¿Y cómo podremos retirar á María con tantas apreturas?

—¡No, no! —exclamó la joven—. Prefiero quedarme aquí. El calor y la cera quemada me dan vahídos; pero no hay remedio. Yo no podría pasar entre tanta gente.

La *Rubia* miró por el coro oscuro buscando un camino de salida. Hombres, mujeres y niños yacían en el suelo buscando doloridos propicia postura para descansar. Saltando sobre ellos, salió la *Rubia* al pasillo queriendo ganar la escalera. Ya había pasado un rato, y sus palabras aun se oían en el coro suplicando que le abriesen paso.

XVIII

Cuando don Clímaco apagó las velas, el Santuario quedó en misteriosa penumbra. Los fieles comentaron quedamente la tacañería del capellán por ahorrarse cera; pero como la tempestad iba alejándose y los ánimos recobraban la calma, el misterio de la nave empezó á parecerles propicio para el descanso. La monotonía del aguacero que afuera redoblaba, era ahora como una música monocorde que atraía al sueño. Apoyados en las paredes y semitendidos en el suelo reposaban unos sobre otros hombres y mujeres, viejos y chiquillos, queriendo disipar la turbación pasada. El arcipreste tardó poco en dormirse arrellanado en su sillón del presbiterio. Cuando los truenos resonaron tan lejos que ya no fueron un peligro y los relámpagos sólo pasaron como débiles exhalaciones fosfóricas, la gente acabó de tranquilizarse, y por toda la iglesia empezaron á oirse las respiraciones fatigosas de los dormidos. Aquí y allí, salteados entre la gran muchedumbre, algunos campesinos vencedores del calor y de las molestias, roncaban como bienaventurados.

Súbitamente, allá por la entrada de la Iglesia, hubo desusada remoción de personas. Una mujer había saltado de su sitio despertando con gran alarma á los circunstantes. Puesta de pie, asestó dos tremendas bofetadas á un hombre. El ofendido lanzó un juramento, y murmuró rechinando los dientes: —¡Si no fueses mujer!...

Ella le replicó dándole otras dos bofetadas.

La arisca hembra era Lola, la mujer de Jabote...

El era Frasco, el amigo de *Zumalacárregui*...

Al mismo tiempo que las bofetadas resonaban en el templo, empezaron á decir las mujeres próximas: —¡Bien hecho! ¡Merecidas las tiene!

—¡Habrás visto el deshonrado!

—¡Que salga al campo y que palpe á Peña Negra!

—¡Fuera ese sinvergüenza!

Los hombres acudieron para expulsar al atrevido.

—¡Alto ahí! —gritó él—. Ahora ya no se trata de mujeres.

Sobre él cayeron los puños irascibles. Frasco echó el pie á retaguardia, aplastando á una mujer; levantó el brazo, y su puñetazo de réplica sonó opacamente en el recinto. La víctima que lo recibió cayó redondo. Los cuchillos salieron de las vainas, las navajas crujieron en las sombras y los garrotes se enarbolaron vengadores. Los chillidos de consternación despertaron al señor arcipreste.

Al darse cuenta de lo que pasaba, su voz se alzó severa desde el presbiterio. ¿Era aquello digno? ¿Así se honraba á la Graciosa Señora de la Sierra? ¿Armando sus manos los romeros es como iban á desarmar la cólera divina que rugía en el cielo? ¿Era aquella una casa de oración y milagro ó campo donde los hombres de cuatro provincias se daban cita para matarse?

La palabra austera y la actitud solemne de don Gervasio contuvieron á los combatientes. Varias voces repitieron: —¡Que salga; él tiene la culpa! ¡Que se marche pronto!

Pero Frasco no osaba moverse. Temía una brusca agresión al pasar entre los hombres amenazadores, y esperaba á pie firme y con la navaja prevenida.

—¡Dejadle paso! —ordenó el arcipreste.

Aunque los hombres se esforzasen en abrirle camino, él no avanzó hasta llegar dos municipales que le condujeron por los brazos.

Al llegar á la calle consultáronse ambos agentes. ¿Adónde iban con aquel hombre? Una habitación de la casa de la Virgen solía ser el calabozo de la gente pendenciera durante las fiestas, pero la casa de la Virgen estaba llena, y hasta el calabozo se lo había disputado la muchedumbre al huir de la lluvia.

—¿Dónde le metemos? —consultó el más viejo á su compañero.

El otro se encogió de espaldas.

—Hombre; yo creo que el mejor castigo sería dejarle aquí mismo, para que el agua le refrescase el humor.

El viejo asintió:

—Me parece que tienes razón, ¿eh? Así como así, en cualquier parte que lo metiésemos estaría más ricamente, ¿eh?...

Frasco intervino, sentenciando con el índice: —¡Y que yo no admito en el calabozo al que no sea preso como yo! Los demás tienen que ir fuera.

El guardia viejo le preguntó riendo:

—¿Y qué has hecho, hombre?...

—¡Total, nada! Yo estaba junto á la mujer de Jabote... ¡Ya la conoceréis: esa del marido tan fresco!... Como esta tarde se abrió tranquilamente de piernas, yo creí que ahora no se inmutaría, y es natural, yo...

—¿Tú?...

—Sí, eso...

—Y entonces te dió dos bofetadas, ¿eh?

—Cuatro.

—¡Ja, ja! Tiene gracia la moza, ¿eh?

—No deja de tenerla. ¡Ja, ja!

—Y han sido buenas, ¿eh?

—De las que tienen tratamiento de usía.

—Bueno; haz el favor de no volver á la iglesia, ¿eh?...

Los municipales se encaminaron á casa del sacristán y Frasco se dirigió á la de la Virgen.

En el Santuario se restableció la tranquilidad apenas salió el buen mozo, y la gente reanudó el sueño, en tanto que la lluvia caía obstinada y copiosa.

Mayor paz reinaba aún en el coro. La bujía que llevó la *Rubia* hacía una hora que se agotó, y la luz mortecina que alumbraba ante Nuestra Señora no enviaba hasta allí sus tenues claridades. La gente dormía entre tinieblas, cambiando cada momento de postura para conllevar la molestia. De cuando en cuando oíanse suspiros prolongados y frases de paciencia, y el silencio tornaba á prevalecer taciturno.

Don Manuel había salido á la puerta, buscando una poca de frescura, y terciándose en el pasillo, pudo dormir, sirviéndole la chaqueta de cabecera y un impermeable de lecho. Cuando más abismado estaba su espíritu en el sueño, entreabrió sus ojos, sintiendo que alguien tropezaba en su cuerpo.

—¡Cuidado! —murmuró.

Una pierna pasó por encima de él. Instintivamente elevó el brazo, y su mano tocó en blando. El caballero reconoció en seguida que se trataba de una mujer, y apretó algo más. La retenida se estremeció de sorpresa, y como pájaro que cae en la red, permaneció temblorosa y quieta. Su aprehensor dudó un instante, pero al observar que persistía inmóvil y atónita,

se incorporó poquito á poco y ciñó dulcemente con la izquierda el talle leve de la cautiva sin retirar la diestra. Las piernas de la víctima flaquearon, se doblaron, y los labios de don Manuel pudieron rozar la boca de ella. Aquel roce ligero pareció sobresaltarla. El traidor caballero la estrechó entonces más íntimamente contra su pecho, temiendo que huyese, y el tímido cuerpecito ya no opuso resistencia. Sólo sus labios exhalaban un suspirillo, que lo mismo pudo ser de alegría que de protesta. Don Manuel aun la retuvo algunos segundos prodigándola mimos y besos. Luego le reclinó la cabeza en su chaqueta, y recogiendo un pedazo del impermeable se cubrió él y la cubrió á ella.

Los truenos resonaban cada vez más lejos y los relámpagos ya no pasaban con su luz fatídica, pero la lluvia seguía redoblando afuera, y los insomnes, que ya no temían el peligro pasado, pensaban en el nuevo día y en su largo viaje de retorno, que sería terrible si el aguacero no cesaba. Y nadie hablaba; nadie osaba comunicar sus temores al vecino por no despertar al prójimo feliz que, entre tantos cuidados, tenía la dicha de dormir. Así pasó una hora, dos horas, hasta que un tumulto que sembró de espanto iglesia y coro, sacudió á la gente. Desde la baranda se entablaron vivos diálogos con los que estaban abajo, pero nadie sabía nada cierto. Algunos pensaron en una falsa alarma y querían infundir tranquilidad, pero la zozobra iba en aumento y todos se removían buscando informes.

—¡Una riña, una riña! —es lo que se decía.

Al despertar la madre de María notó la ausencia de su hija. Miró en torno; la buscó en las tinieblas; la llamó por su nombre: —¡María, María!

Pero no respondía.

Temiendo que hubiese ocurrido alguna desgracia á su hija,

suplicó que le abriesen paso, y avanzó por el coro gritando:
—¡María, María!

Don Manuel sintió que la joven aprisionada entre sus brazos hacía esfuerzos por desasirse. Un rápido pensamiento le hirió:
—¡María!... ¡La joven del milagro!...

Ella rechazó el impermeable y se puso en pie.

La voz de su madre resonó angustiada en la puerta misma, al lado de don Manuel: —¡María!... ¡Hija mía!...

—¡Aquí estoy! —respondió ella abrazándose á su madre.

—¡Qué susto me has hecho pasar!... ¿Qué hacías aquí, hija mía?

—Tenía mucho calor; sentía vahídos, y tuve que salir buscando aire.

Don Manuel permaneció largo rato sentado en el impermeable. Si las sombras no lo hubiesen evitado, cualquiera le habría sorprendido moviendo incesantemente la cabeza. Luego sonrió, y tendiéndose otra vez en el pasillo, quiso reanudar el sueño.

XIX

—¡Sígame, don Pedro!

Zumalacárregui invitaba al maestro. El aguacero caía furioso, y la gente corría en todas direcciones buscando albergue. Dentro de diez minutos ya no habría sitio donde acogerse.

Antes de entrar en la casa de la Virgen, se acercó el antiguo carlista á un puesto próximo, y pidió dos botellas.

—¿De ron? —le preguntó á don Pedro.

El maestro temblaba consultando el cielo tenebroso y escuchando el avance de los truenos. Con tímida palabra respondió á su amigo: —Ya sabe usted que yo no bebo.

—Pero en una noche como esta le sentará bien y le dará ánimos.

Y dirigiéndose al vendedor añadió:

—De ron.

Recogiólas el gran bebedor, y entró en la casa de la Virgen.

La gente pugnaba por refugiarse en ella, y había empujones de los hombres, súplicas de las mujeres, llanto de los niños que se ahogaban en las apreturas. La escalera que conducía á las habitaciones altas estaba atestada de personas que no podían bajar ni subir. Arriba ya no cabían más, y el torrente que entraba por la puerta no permitía el retroceso. Don Patricio se lanzó por la derecha gritando á su amigo: —¡Cójase á mi chaqueta, don Pedro!

Haciendo vigoroso alarde de sus fuerzas empujó á los que precedían hundiéndoles las botellas por la espalda. Hubo reniegos y gritos de dolor; pero el bravo carlista no hacía caso.

—¡Cójase bien á mi, don Pedro!

Y siguió empujando con rabia. La gente se paraba, se achicaba, se contraía dolorida, y cedía el paso al hombretón.

—¡Vamos adentro, don Pedro!

Remolcado por *Zumalacárregui*, el maestro pasó ante varias habitaciones donde ya no cabían los romeros. En el fondo había otra habitación mayor, llena de hombres, de humo y de acre olor de licores derramados. La luz era escasa, y entre el rumor de la muchedumbre, oíase constante tintineo de monedas. Dos mocetones armados de garrotes custodiaban la entrada, haciendo retroceder á la gente que iba en busca de refugio.

—¿Dónde se va? —preguntaron á don Patricio.

—¡Adentro! —contestó resueltamente.

Su talla gigantesca, su gesto duro y patilludo, con la boina replegada hacia atrás y colgándole por la oreja derecha, infundieron temor á los guardianes.

—¡Pase; pase! —dijéronle ceremoniosos y franqueando la puerta.

Zumalacárregui entró triunfante seguido del acobardado maestro.

Veinticinco ó treinta hombres daban doble vuelta á una larga mesa débilmente alumbrada por dos bujías. Entre una y otra luz amontonábanse los billetes de Banco, los duros y las pesetas. Un hombre echaba las cartas, y otro recogía el dinero y pagaba.

—¡Hagan juego! —gritó el primero al entrar don Patricio.

Los jugadores dudaron de soltar sus monedas antes de reco-

nocer al nuevo personaje. El viejo carlista ni siquiera reparó en ellos, y seguido de don Pedro, se dirigió á un rincón solitario, mientras que los otros reanudaban la partida.

—¡Esto es abominable! —murmuró el maestro con tembloroso acento—. ¡Esto es abominable! La tormenta encima, y esos hombres desafiando al cielo...

Su amigo se encogió de hombros. Tendiendo en el suelo su media chaqueta, le dijo: —¡Siéntese ahí, y esperemos que pase la tormenta!

En aquel momento se iluminó el cuarto de súbita claridad, y el primer trueno horrísono sacudió los muros. Don Pedro exhaló un grito de terror, y santiguándose trémulo, cayó de hinojos: —«¡Santo, Santo, Santo! ¡Señor Dios de los ejércitos!...»

Sentóse *Zumalacárregui* al lado, y descorchando una botella, bebió largamente hasta sorprenderle el segundo relámpago con un estampido instantáneo.

El maestro siguió exclamando aterrado:

—«¡Santo Dios; Santo fuerte; Santo inmortal!...»

—¡Brr!... ¡Tome y beba, don Pedro; esto le dará ánimos! Su compañero rechazó la botella.

—«...¡Libranos, Señor, de todo mal!»

Don Patricio insistió poniéndole la botella en la boca. El maestro sorbió ávidamente. La fortaleza del alcohol le abrasó las entrañas.

—¡Esto parece fuego del infierno!

—Ya verá qué bien le sienta luego.

Y acercando á sus propios labios la negra botella, bebió con delectación.

El tercer relámpago pasó hiriente, y el trueno sonó seco, como si la bóveda celeste hubiese saltado en un súbito estallido. Luego se prolongó ronco y trepidante por las alturas, chispeando exhalaciones.

—¡Beba y no se apure, que éste ya ha pasado!

Don Pedro recogió la botella, y con los ojos desorbitados bebió con avidez y repugnancia; volvió á beber...

—¡Basta, hombre, basta! —tuvo que decirle su amigo.

Al mismo tiempo se empeñaba en la mesa agria porfía. Los truenos habían desconcertado á los jugadores. Uno solicitaba que terminase la partida. Otros intentaban retirar las posturas, y algunos pescadores de río revuelto procuraron aumentar la confusión para sacar mejor parte. Los banqueros tuvieron que requerir los revólvers para contener las manos en su avance hacia el dinero. Los guardianes dejaron la puerta para acercarse á la mesa en actitud de jaques é imponer orden.

—¡Vámonos de aquí, don Patricio! —exclamó el maestro lloriqueando de miedo.

—No es más que ruido —observó *Zumalacárregui* mirando á la mesa con sus ojos turbios y desdeñosos.

En la rápida inspección le pareció reconocer entre los del grupo á su amigo Frasco.

—¡Pero eso es tentar á Dios y á los santos! —gimió don Pedro acurrucándose á su protector mientras que otro trueno rodaba encima.

—¡Parece usted un niño, hombre! Beba y calle.

Y le ofreció la segunda botella, porque la primera ya había fenecido.

Por su naturaleza débil y su falta de hábito tardó poco en notar los efectos de la bebida. Su cabeza sintió creciente pesadez y de todos sus miembros se apoderó un lánguido entorpecimiento. Reclinado sobre *Zumalacárregui*, fueron entornándose sus ojos con invencible sopor. Su pecho se alzaba y deprimía exhalando suspirillos y flébiles sollozos. Un trueno le hacía entreabrir los párpados de vez en cuando, y en torno de la mesa sólo veía sombras borrosas, vagos gestos demoníacos que aumentaban su terror y le obligaban á clausurar nuevamente los ojos. En una de estas semivigilias creyó ver á dos hombres que se ultrajaban y golpeaban, y á otros que acudían agresivos y los expulsaban á palos y empujones.

—¡Vámonos de aquí, don Patricio!

Patricio no le oía. Apoyado en el rincón y con la cabeza hacia atrás, dormía y roncaba como si descansase en lecho de plumas. Si el maestro hubiese estado más sereno, habríale sido fácil oír á los jugadores, que chasqueando la lengua, querían acallar los ruidos de su compañero. *Zumalacárregui* solía enmudecer un momento y proseguir durmiendo profundamente; pero al poco, los ronquidos salían más escandalosos de su pecho.

—¡Arre!... ¿Por qué no echáis á ese bruto de ahí? —preguntó un banquero á los rufos.

Ellos se habían consultado ya; pero sopesado el caso resultaba que el hombre de las patillas podía hacer menos daño dormido que despierto.

Don Pedro siguió entreabriendo de tiempo en tiempo los ojos, y en la confusión de sus sentidos parecía que la tempestad se iba alejando. Esta obscura percepción de que la calma tor-

naba hizo menos zozobroso su sueño, y reclinándose sobre el pecho protector del viejo carlista, también empezó á roncar, pero débil, vergonzosamente: ronquidos de niño comparados con los recios y resoplantes del gigantón... ¡Ay, el pobre no sabía el despertar que le aguardaba!

En la mesa reinaba gran disgusto. Los banqueros apenas se recataban de hacer fullerías, y los jugadores murmuraban por lo bajo. Algunos quisieron retirarse; pero el pasillo estaba rebosando de gente. La lluvia rugía fuera, y el empeño del desquite hacíalos recaer en el juego. El más encarnizado era Frasco, el rival de *Zumalacárregui*, y luego su amigo. Más de treinta duros le habían estafado y no se recataba de decirlo; pero los banqueros sólo protestaban débilmente, porque aun tenía dinero en la mesa y seguía apuntando. Cuando le vieron limpio y amenazador invistiéronse de energía.

—¡Oiga el buen mozo: aquí no se roba á nadie!... ¿Sabe?...

—¡Y lo decís después de robarme! —replicó Frasco inyectándosele los ojos.

—¡Pocos gritos!... Juegue si quiere, ó levántese de la silla y tome la puerta, que aquí no hacen falta los escandalosos.

—¡Escandaloso, yo!...

Súbitamente se puso de pie, y con gesto de violenta resolución se llevó la diestra á la cintura gritando arrebatado: — ¡Ladrones!

Frasco se sintió retenido por la espalda. Los banqueros sacaron los revólvers para defender su tesoro contra cualquier brusca agresión. Y el hombre sujeto forcejeaba y bramaba espumajeando su coraje: —¡Cobardes, os vale que estoy yo solo!...

Un rugido de león, una voz ronca y terrible como el rodar del

trueno retumbó ahora: —¡Los valientes nunca están solos!

Zumalacárregui se erguía haciendo rodar á don Pedro, que despertó espantado. Todas las cabezas se volvieron al oír el rugido y contemplaron sin poder ocultar el temor aquel hombre gigantesco, con estampa de bandolero.

—¡Aquí hay otro valiente!... —bramó iracundo empuñando una larga navaja.

El áspero y escalofriante crujir de los muelles, acabó de sembrar el pánico. La gente retrocedió espantada. Mesa, luces y dinero rodaron por el suelo. Oyéronse gritos de dolor, exclamaciones de espanto, chocar y caer de hombres. Y dominando la baraúnda, el grito salvaje de don Patricio borracho: —¿Dónde están los valientes?... ¡Ahí va esa!... ¡Uno menos!...

La locura se apoderó de todas las cabezas. Huyendo del león rugiente, los hombres se precipitaban en el pasillo atropellando á la muchedumbre tendida en el suelo, que voceaba y hacía vanos empeños por levantarse y huir.

Y don Patricio lanzó otro grito salvaje en las tinieblas.

—¿Dónde están los valientes?... ¡Y van dos!...

Unos golpeaban acobardados los cuartos que daban al pasillo para que les amparasen dentro. Otros empujaban furiosamente á los que antecedían para salir pronto. Las mujeres chillaban; lloraban los niños; blasfemaban los que veían interceptado el escape.

Y el grito salvaje de don Patricio sonaba en las sombras á cada furiosa puñalada que asestaba: —¡Y van tres!...

Á impulsos del terror creciente, todos se estrujaban, todos querían huir á la vez, y muy pocos lograban salir. Ya no se empujaban; se insultaban y golpeaban. La sangre fluía silen-

ciosa de los rostros. Hubo desvanecimientos en las sombras... Avanzando entre ellas, ebrio de alcohol y de sangre, el grito salvaje de don Patricio volvió á resonar: —¡Y van cuatro!...

Tan grande era la confusión y el griterío tan grande, que la alarma cundió rápida como el rayo por la casa de la Virgen, saltó á la de don Clímaco y entró en el Santuario, removiendo á la gente. Decíase que había muertos y heridos... ¿Dónde?... ¿Quiénes eran?... Ni la lluvia pudo contener á la multitud alarmada, que llenó la plaza deseando adquirir noticias de los seres amados.

—¡Mi hijo; hijo de mi corazón! —gritaba una mujer desmenada y llorosa—. ¡Ya me lo habrán muerto esos criminales!

Otra mujer salió dando alaridos:

—¡Mi brazo!... ¡Me han roto el brazo!

En seguida apareció un hombre con la frente herida.

La gente gritaba:

—¿Y la guardia civil? ¿Para qué sirven esos tíos?...

La guardia civil también había buscado refugio contra la tempestad, y dormía á pierna suelta en el cuchitril del sacristán.

Sin saber cómo, empujado por el miedo y por el humano oleaje, don Pedro se encontró en medio de la plaza. Su cabeza calenturienta le daba vueltas. Parecíale que empezaba á salir de una terrible pesadilla en que le hubiese sumido el exceso del ron. Al elevar los ojos al cielo tuvo conciencia de que estaba diluviando. La lluvia le calaba hasta los huesos y paseó en torno una mirada lastimera... ¿Dónde se refugiaría contra el aguacero?... La gente seguía abandonando la casa de la Virgen, apostrofando y llorando. Los heridos y contusos abundaban. Con las piernas temblando de la embriaguez y el

sobresalto, el maestro se dirigió al domicilio del capellán, donde la muchedumbre hormigueaba y comentaba el sangriento suceso. Alternando los datos recogidos en la plaza con las relaciones más minuciosas que hacían los fugitivos, veníase en conocimiento de que los jugadores habían acudido á los aceros cerrando á puñaladas unos contra otros. Las mujeres que tenían ausentes á sus hijos ó esposos, temblaban ante la idea de que los suyos fuesen víctimas, é implorando á la Virgen y trastornado el seso, pugnaban por salir de la casa para recoger informes. Gracias á esta remoción, pudo el maestro avanzar con lentitud y tambaleándose de ebriedad y de frío, hasta llegar al cuarto del cura.

—¡Don Clímaco!... ¡Don Clímaco! —gimió.

Don Clímaco dormía ó se hacía el sordo á los golpes que el maestro daba á su puerta.

—¡Don Clímaco, que soy yo!...

Todo inútil. El pobre señor no pudo resistir esta última prueba, y empezó á llorar.

—¿Pero no me conoce, don Clímaco?... ¡Soy yo, don Pedro!...

Algunas mujeres se le acercaron condolidas de su llanto.

—¿Qué le pasa á usted, buen hombre?

—¡Qué me ha de pasar! ¡La Divina Providencia, que siempre me guía, me ha abandonado esta noche!

—¿Está usted herido?

—¡Gracias á Dios, me parece que no! Y golpeando otra vez en la puerta, insistió: —¡Despierte usted, don Clímaco!... ¡Mire que soy yo, el maestro!

El capellán se removi6 malhumorado en la cama.

—¿Qué se le ofrece?

—¡Levántese por Dios, don Clímaco!... ¿No sabe que hay cuatro muertos en la casa de la Virgen?...

Al oír esto, se incorporó sobresaltado:

—¡Cómo!...

—Sí señor; don Patricio está borracho y ha matado á cuatro hombres.

—¿Está usted seguro? No puede ser.

El maestro rompió á gemir y á llorar inconsolable.

—¡Y tanto! ¡Como que los ha muerto delante de mí! ¡Yo mismo los he visto muertos!

Don Clímaco se arrojó de la cama y empezó á vestirse apresuradamente. Luego descorrió el cerrojo y apareció en la puerta.

—¿Es verdad lo que me dice?

Don Pedro seguía llorando. Con palabra entrecortada le dijo:

—¿No oye usted la alarma de la gente?

—¿Dónde está don Patricio?

—En la casa de la Virgen, si no le han asesinado.

—¡Vamos á ver, don Pedro!

—¡No; eso si que no! Bastante susto he pasado.

Don Clímaco suplicó que le dejase paso, y encendiendo cerillas, avanzó entre la muchedumbre apiñada, que hacía terroríficos comentarios del caso.

XX

Cuando el capellán salió á la calle, la gente formaba grandes grupos comentando la batalla que se había librado en la sala del juego. El capellán preguntó á los inmediatos, y cada cual le dió una versión distinta del sangriento suceso, aunque fueron bastantes los acordes en asegurar que don Patricio, después de hacer una carnicería, había quedado muerto ó mal herido. Alguien afirmó que lo había visto agonizando, con la cabeza deshecha de un silletazo.

Don Clímaco no se atrevió á entrar solo en la casa de la Virgen, y reclamó una pareja de la guardia civil; pero todos ignoraban dónde se habían metido los representantes del orden público.

—¡Media hora hace que les estamos gritando, y no contestan!

—¡Así ganan esos fanfarrones el pan que se comen!

En esto se acercaron el médico y el practicante seguidos de varios hombres y mujeres, heridos ó contusos.

—En busca suya íbamos, don Clímaco —habló el médico.

—Aquí me tienen, doctor.

—Ea preciso que nos ceda una habitación.

—¿Y dónde está? Todas las de mi casa están ocupadas por los romeros.

—Pues necesitamos curar á esta gente.

—Entonces habrá que suplicar á la otra que desaloje, y con esta noche me parece difícil.

Al mirar hacia arriba para consultar el cielo lluvioso, le asaltó una idea: —¿Por qué no suben á casa del sacristán?...

—Si usted nos acompañase, nos atendería mejor.

—Ya estamos en marcha; pero pronto, que me esperan en otra parte.

Don Clímaco cruzó la plaza seguido del médico y de la doliente comitiva; detrás iba el practicante con la bolsa de cirugía. El capellán tomó por el camino de Peña Negra, y torciendo luego á la izquierda, siguió por una senda escabrosa y empinada que conducía al castillo. En la mitad de la cuesta, y solapada entre peñascos, estaba la humilde vivienda del sacristán. Don Clímaco batió la puerta, y su voz resonó enérgica: —¡Tío Cleto; tío Cleto!... ¡Arriba pronto, tumbón!

Después de un lapso de silencio volvió á golpear con una piedra. Dentro sonó una voz agria: —¡En la cabeza! ¡Date en la cabeza!

El sacerdote no se desalentó:

—¡Arriba pronto!

—¿Qué se ofrece? —volvió á sonar la voz malhumorada.

—Que abran pronto la puerta.

Sonaron fuertes pisadas. Quitaron el atravesano de la puerta, y un guardia civil apareció en pantalón y mangas de camisa.

—¡Bien vigilan ustedes! —le reprendió don Clímaco—. Los hombres matándose en la casa de la Virgen y ustedes durmiendo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el guardia todo confuso.

—Si tienen ustedes la molestia de vestirse y mojarse un poco, lo sabrán al momento.

El médico y los heridos entraron primero y el practicante de-

trás con su bolsa de medicina. El guardia civil despertó al cabo y en seguida á los otros guardias y á la pareja de municipales. Rápidamente acabaron de vestirse, se pusieron el correaje y requirieron las armas.

—¡Vamos pronto! —les dijo don Clímaco precediéndoles en el camino.

Con toda la prisa que consentía la lluvia y la senda escurridiza, bajaron á la plaza y se dirigieron á la casa de la Virgen. Al ver á la guardia civil la gente se aglomeró ante la puerta y algunos osaron entrar para guarecerse de la lluvia.

—¡Abran paso! —gritó autoritario el cabo.

La muchedumbre les abrió camino y don Clímaco les cedió el honor de ir delante.

—¿No hay luz? ¡Que traigan una vela, un candil, cualquier cosa para alumbrar! —volvió á disponer el jefe.

Un chamarilero les ofreció su candileja de petróleo. La fuerza armada delante, don Clímaco detrás y á continuación los curiosos, tomaron por el oscuro pasillo. Á su paso se entreabrieron algunos cuartos para ver lo que ocurría. Á medida que se acercaban á la sala del juego, los seis hombres armados moderaron el paso y adoptaban justificadas precauciones.

Con voz bronca y autoritaria gritó el jefe:

—¿Quién está ahí?

Nadie contestó.

Aquel silencio era de mal agüero. La gente aseguraba que don Patricio no había salido, y era muy posible que estuviese acechando en las tinieblas, al lado de sus pobres víctimas exánimes, el momento de perpetrar otro crimen.

—¡Vayan saliendo los que estén ahí! —volvió á ordenar con temeroso acento el rudo jefe.

Igual silencio que antes.

El guardia avanzó dos pasos y puso atento oído. Indudablemente, dentro aguardaba alguien. Su oído ejercitado en la caza de hombres percibía un fuerte alentar: quizás algún moribundo que con el aliento exhalaba su ánima mezquina.

—¡Preparen las armas! —mandó á los suyos al mismo tiempo que el cerrojo de su mauser se abría para recibir los proyectiles. Luego sacó el cuchillo y lo ajustó al cañón, gritando: — ¡Por última vez! ¡Salgan en nombre de la guardia civil!...

Nadie obedeció.

Entonces previno el fusil, y ordenó á sus subordinados:

—¡Adelante!

Sin miedo ni dubitación lanzóse el primero en el cuarto peligroso. Los demás le siguieron intrépidamente, y al sentirse dentro, esperaron el ataque con el arma empuñada. Los municipales siguieron detrás con la candileja de luz vacilante y humosa.

El jefe les alentó con voz serena:

—¡Á ver!... ¡Alumbren bien!

El portaluz levantó el brazo para iluminar la estancia. Aquello parecía un campo de Agramante. La mesa, las sillas, las monedas, todo estaba por el suelo. Lo que no se veía en el suelo eran los muertos.

El jefe se mordió despechado los labios.

—¡Alumbre bien! —gritó colérico al municipal—. ¿Qué es

aquello; un cadáver?

Allá en el rincón más lejano había un hombre en actitud yacente y con una navaja abierta al lado. Don Clímaco, que acababa de entrar en la estancia, reconoció al punto á *Zumalacárregui*.

—¡Es don Patricio! —dijo—. ¿Estará muerto ó herido? Á medida que se acercaban á él percibían más claramente su respiración fatigosa y honda. El cabo de la guardia civil recogió la navaja, como cuerpo del delito, y el capellán empezó á gritar: —¡Don Patricio! ¡don Patricio!

Zumalacárregui entreabrió pausadamente los ojos, y al verse rodeado de tricornios y fusiles, se pasó la mano por los ojos.

—¿Cuántos son los muertos? —preguntó.

—¿Los muertos? —repitió don Clímaco.

—Lo menos he dado diez puñaladas.

Los guardias se miraron algo corridos, y el cabo no hacía más que observar en torno, deseando descubrir algún cadáver. Ni muertos ni rastros de sangre había. No sabiendo qué decir, prorrumpió de mal talante: —Bueno; esto habrá sido una broma de mal gusto para ponerme en ridículo... ¿No es así?... Pues sepan que de Juan Zapatero, cabo de la guardia civil, no se burla nadie.

Zumalacárregui irguió la cabeza y miró con sus turbios ojos al jefe.

—¡Oiga, cabo; repáreme bien y diga si tengo yo cara de bromas!

El interpelado le replicó con mal aire:

—De lo que tiene usted cara es de borracho, don Patricio.

El ofendido se levantó tambaleándose y con la espalda refirmada en la pared, le gritó: —Eso me lo dice usted vestido de uniforme y con esos hombres al lado.

Y el otro colérico:

—Eso se lo digo yo...

Pero don Patricio, con voz tenebrosa, no le dejó terminar.

—¡Palabras y palabras!... Eso no me lo dice usted á solas y cuerpo á cuerpo.

—En todas partes y como usted quiera.

—Deje el fusil y véngase conmigo.

Don Clímaco creyó que era tiempo de intervenir:

—¿Á qué viene esa desazón, caballeros?... ¡Deje tranquilo á don Patricio, cabo!... ¡Y usted, don Patricio, comprenda que no hace bien provocando al cabo, que sólo ha venido á cumplir con su deber!

—Á eso ya no me opongo, don Clímaco. Que cumpla si quiere con su deber recogiendo los muertos y llevándoseme á mí preso.

El cabo volvió á exasperarse, porque aquellas palabras le sonaban á befa: —¡Qué muertos ni qué diablos! —voceó mirando en torno y queriendo descubrir aunque sólo fuese una víctima.

Zumalacárregui también se exasperaba con aquella oposición: —¡Pues algún muerto habrá entre tanto herido! ¡Lo menos he dado cien puñaladas!

—¡Si! —exclamó el jefe de la fuerza retirándose iracundo y despechado—. ¡Ni una silla ha dejado sana!

Es lo mismo que habían observado los curiosos al invadir la sala: las sillas estaban bien apuñaladas.

Don Clímaco ofreció el brazo á *Zumalacárregui* para salir. Este lo rechazó indignado: —¿Es que estoy borracho para necesitar sostén?

—No se moleste, don Patricio; ¡es galantería!

—¡Á las señoras con ellas, don Clímaco!

La verdad es que *Zumalacárregui* no se sostenía muy mal.

Cuando salieron del pasillo la gente volvió á entrar presurosa en la sala, y la salida de unos cedió su lugar bajo techado á parte de los que en la calle aguantaban la lluvia.

Cuando los dos amigos llegaron á la puerta de la casa, encontráronse á las *Virgenes de Roca*, acompañadas de dos criados, que pugnaban por entrar en el domicilio de don Clímaco.

—¡Ustedes por aquí! —exclamó Enriqueta—. ¡Qué suerte de encontrarles!

—¿Dónde van con este tiempo? —les preguntó el capellán.

—En busca de usted. Á que nos dé albergue.

Don Clímaco empezó á temblar, pero mostró sus dos dientes y medio en señal de complacencia.

—Es mucha honra para mí.

—Ya ve usted; nos hemos quedado á la intemperie. El agua torrencial caló nuestra tienda, pero aun así, hubiésemos resistido dentro. Lo malo es que con la tirantez se rompió una cuerda; luego otra. Después crujió un listón. La tienda comenzó á flaquear y apenas tuvimos tiempo de salir. No lo siento por nosotras (usted nos acogerá en su casa), sino por

las pobres gentes que habíamos albergado.

—Veamos si se puede entrar en casa —dijo don Clímaco trasudando.

Al mismo tiempo que avanzaba entre la gente rebuscaba en su magín algún ardid para eludir la hospitalidad, pero no se le ocurría ninguno. La casa era pública posada de los romeros y sólo su cuarto se había librado de la irrupción. ¿Cómo introducir á las *Vírgenes*? Allí estaba la *Rubia*, metida entre sábanas, y no daba en la treta de sacarla sin ser reconocida. ¿Quizás pasando él delante para advertirla, y que escondiéndose tras la puerta, huyera cuando las marquesas entrasen? Pero había que darle tiempo de vestirse. Además, don Patricio iba delante encendiendo cerillas para que las *Vírgenes* no tropezasen, y la *Rubia* podía quedar fácilmente de manifiesto. Para mayor desgracia del excelente capellán, la habitación ni siquiera tenía uno de esos salvadores armarios en que los personajes intrusos se ocultan en las situaciones dramáticas.

—Marche más de prisa, don Clímaco.

Zumalacárregui le espoleaba cuando él quisiera hacer inacabable el camino... ¿Le diría á la *Rubia* que se ocultase debajo de la cama?... La pobre iba á lucirse esperando allí horas enteras... ¿No le quedaría otro extremo recurso?... Un punto de luz aclaró su confuso cerebro. La primera inspiración que tuvo, la rechazó en seguida; pero ahora en que veía cerrados todos los caminos, cuando estaba á la puerta misma de su cuarto, volvía á percibir aquel resquicio que iba convirtiéndose ante su espíritu en ancho escape, en glorioso trozo de cielo azul al través de espesas nubes desgarradas... No había más salida que la puerta que ponía en comunicación su cuarto con el de la *Rubia*. ¿Que la sala de ésta se encontraba llena de gente? Pues que se estrechasen para recibir una persona más. ¿Que las maderas se abrían hacia afuera y delante estarían

tendidos los cuerpos humanos impidiendo abrir? Bueno; pues la *Rubia* tenía buenos puños: que apretase, que empujase hasta rechazar la masa entorpecedora y abrirse un hueco por donde pasar.

—¿Quieren esperar un momento, señoras marquesas? He tenido que levantarme muy de prisa, y el cuarto se ha quedado en desorden.

Enriqueta quiso tranquilizar al capellán.

—No vale la pena que se moleste en arreglar nada, querido don Clímaco. Para esperar la llegada del día de cualquier manera estaremos bien.

Don Clímaco sintió un principio de congestión. Con palabra premiosa insistió: —¿Sin embargo!... Un momento nada más; en seguida salgo.

Enriqueta se conformó. *Zumalacárregui* quiso ahorrar las dos ó tres cerillas que le quedaban, y al agotarse la que ardía, ya no encendió; pero como pastor solícito que teme el descarriamiento de su oveja en las negruras de la noche, asió del brazo á Enriqueta, la atrajo hacia su pecho, la oprimió en él dulcemente. Pequeña y delicada, estremecíase mimosa uniéndose más á él, y aunque en aquella profunda obscuridad nada viese, cerraba los ojos para mejor acariciar su ilusión. El unió su boca á la boca de ella; la mordió en el cuello... Enriqueta retiró bruscamente su cabeza para escuchar. Parecióle que del cuarto llegaban rumores confusos: una frase ininteligible; algo como una bofetada; algo como sordos puñetazos. Después, un débil ¡ay!...

—¿Qué es eso? —murmuró quedamente pretendiendo emanciparse de su amigo.

Zumalacárregui la retuvo más fuerte, y prestó atención á los rumores interiores. Las palabras de don Clímaco llegaban

ahora trémulas de cólera, y alternando con ellas, otras frases más débiles, llorosas y entrecortadas.

El capellán había entrado en el cuarto, teniendo buen cuidado de cerrar la puerta. Con paso rápido se dirigió á la cama para despertar á la *Rubia*.

—¡Arriba pronto! —le dijo moviéndola suavemente.

Como no respondiese, la sacudió más fuerte.

—¿Oyes, tumbona?

Ahora le respondió un sonido gutural de persona que no logra vencer el sueño.

—¡Eh! —murmuró el cura al escuchar aquel gañido.

Y volviendo á sacudir con creciente rudeza, dijo:

—¡Vamos, reponcho, ó te saco de un pie!

La guturación sonó más larga.

—¿Qué es esto? —pensó—. ¡Si no parece la *Rubia*!

Buscando en la sotana, sacó las cerillas y encendió el candil. Á la mustia luz chisporreante echó una ojeada al lecho y se quedó helado. Quizás fué esa su suerte; porque si la sorpresa no le paraliza todas las funciones, tal vez lanzara entonces algún grito delator... Su primer movimiento de reacción fué llevarse la diestra á la frente para enjugarse el gélido sudor que le manaba... ¿Pero estaba bien despierto?... ¿No era un hombre el que dormía al lado de la *Rubia*?... Su conciencia volvió á nublarse. ¿Qué hacer ante aquel flagrante delito de infidelidad? El no presumía de valiente; ¿pero cuándo matan los hombres y cuándo absuelven los jueces? ¡Dios de Israel, si tuviese un arma á mano!... ¿Pero le faltaban manos para estrangular á los dos criminales?... Manos sí que tenía, ma-

nos crispadas y fuertes que pronto podrían consumir la venganza. Lo único que le faltaba; lo que en este supremo instante de locos pensamientos echaba de menos era... el valor... ¡Pobre don Clímaco!... ¿Y qué hacer? Fuera estaban esperando. ¡Malditas ricachonas! ¿Era justo que otros se calasen hasta los huesos, y que á ellas hubiera de darle su habitación sólo por ser marquesas? ¿Quién las había mandado subir á aquellas alturas sabiendo que podía sorprenderlas la lluvia y el trueno?... ¡Con qué placer renunciaría á las veinticinco misas de á duro que le habían encargado —y eso que el dinero le hacía mucha falta— con tal de no darles posada!... Y había que decidir, y muy pronto... Acercándose á la cama describió el embozo para despertar al dormido... ¡Cielo santo!... ¡Don Pedro!... ¡Era el maestro!... ¡Aquel hombrecillo enfermizo y santurrón pegándose con la *Rubia*!... Esto era ya mucho. ¿Quién tendría paciencia para soportar tanto escarnio? El no...

¡Paf!

Don Pedro exhaló un grito al recibir la bofetada, y despertó sin darse cuenta de lo que le ocurría.

¡Pum; pum!

Dos puñetazos le hicieron incorporarse. Al mismo tiempo se despertó la *Rubia*, exclamando sobresaltada: —¿Qué sucede?

Don Clímaco se inclinó sobre la cama y le añadió otros dos puñetazos. Ella empezó á gemir y sollozar.

—¡Infame! —exclamó furioso el capellán—. Si ya decía tu marido que no eras buena. ¡Pegármela á mí!... ¡Á mí!... ¡Á un hombre como yo, que te alimenta á ti, y á tus hijos, y á tu marido, y á toda la parentela de tu marido, que no tiene pizca de vergüenza cuando no te ha matado de una paliza por fresca y deshonorada!... ¡Pegármela á mí!... ¡Y con este beato!...

Tan rápidos como las palabras eran los puñetazos que asestaba á la *Rubia* y al maestro. Ante la insistencia de las palabras y los golpes, *Zumalacárregui* entreabrió la puerta y pasó seguido de las *Vírgenes*. Como el indignado capellán estaba de espaldas, no pudo notar la presencia de los extraños. En medio de su turbación, los delincuentes sí que la notaron, y para ocultar su vergüenza, se acurrucaron en el lecho. Don Clímaco pensó volverse loco: —¡Eso es!... ¡Métanse bien en la cama!... ¡Y en presencia mía!...

Su puño volvió á caer violento. Suerte que al asestar el quinto ó sexto golpe le detuvo el brazo don Patricio.

—¡Ya está bien, don Clímaco!

Don Clímaco se volvió sorprendido y al reconocer á su amigo exclamó: —¿Qué haría usted si encontrase?...

No pudo continuar. Acababa de ver á las dos hermanas, y se quedó helado.

Enriqueta y Blanca estaban indecisas. La primera no hacía más que santiguarse escandalizada. Blanca estaba fría, tembándole nerviosamente las aletas de la nariz. Su hermana la miró interrogadora. ¿Qué debían de hacer?... ¿No correspondía á su decoro alejarse en seguida?... Enriqueta delante, Blanca detrás, salieron altivas. En la puerta encontraron una muchedumbre de mujeres que, atraídas por las voces, espían lo que dentro ocurría, cuchicheándose donaires y riendo de las actitudes que adoptaba don Clímaco. Al acercarse las marquesas, trocaron las risas en gestos y exclamaciones de escándalo: —¡Quién lo dijera!...

—¡Qué ejemplo, Señor; qué ejemplo!

—¡Dios nos libre de las malas tentaciones!

—¡Primero muerta y con siete capas de tierra encima, que

verme en tal vergüenza!

Al retirarse las dos damas se incorporó don Pedro, y con la vista inclinada y las manos en cruz, gimió: —¡Perdóneme, don Clímaco; pero yo no le he hecho ningún daño!...

El capellán le dirigió una mirada asesina, y sintió accesos de estrangularle; pero le contuvo la presencia de *Zumalacárregui*.

El maestro prosiguió contrito:

—¿Cree usted capaz de hacer algo malo á un pobre hombre como yo?

Y empezó á llorar copiosamente.

—La culpa la tiene don Patricio.

El antiguo carlista rió con la mejor gana.

—¡Esta si que es buena! ¿La culpa la tengo yo?...

—Sí señor. Usted tiene la culpa que me ha emborrachado. Yo no hubiese sido capaz de hacer esto estando cuerdo. ¡Usted tiene la culpa!...

—¡Hombre; en eso quizás tenga razón!

Alentado por estas palabras, continuó el afligido maestro:

—Y como estaba borracho no supe lo que hacía.

Don Clímaco volvió á congestionarse de rabia. ¿No se burlaba de él?... Acercándose á la cama y cogiendo al intruso por el cuello, lo sacudió repetidas veces contra la almohada, echándole al rostro estos insultos vehementes: —¡Calle; calle, ó le ahogo; hipócrita, santurrón!... ¡Con que no sabía lo que se hacía!... Pero ¿es que esas malas acciones se les juegan á los amigos sin saberlo?... ¿Quién le mandó meterse en mi

cama, traidor?... ¡Claro; por eso no quiso venir conmigo, tío beato, fariseo, santurrón!...

Á cada una de estas finales palabras correspondió otro bofetón.

El maestro siguió gimiendo y llorando:

—¡Estaba mojado! ¡Tenía frío! ¡La cabeza me daba vueltas!... Yo creí que la cama estaba vacía, y entré á tientas; me acosté; me quedé dormido... Hasta que usted me ha despertado á golpes, yo no sabía que tuviese una mujer al lado.

Don Clímaco miraba á don Patricio como interrogándole si debía matar á los dos criminales. *Zumalacárregui* observó: — Yo creo que don Pedro dice la verdad. Yo no creo que sea capaz de traicionar á un amigo.

El maestro respiró encontrando un defensor.

—¿Verdad, don Patricio? ¡Usted me conoce bien!

Y cruzando los dedos se los presentó al capellán:

—¡Por estas cruces, don Clímaco, que yo no le he ofendido de obra ni de pensamiento.

—¡Calle, hipócrita!... ¡Es usted un hipócrita como todos los beatos!

—¡Por el Señor que nos ha de juzgar!

—¡Calle, santurrón!... También juraría ella...

La *Rubia*, que sollozaba ocultándose el rostro con la sábana, gimoteó: —¡Y lo juro!... ¡Y lo juro, sí señor!... Yo no sabía que tal hombre estuviese á mi lado...

Don Clímaco quiso ser acerbamente irónico, y mostrando sus dos dientes y medio, dijo con feroz risita: —¡Pobrecilla! Un

hombre entra en la cama y no lo notas... ¡Tú, que los hueles á la legua!...

Ella protestó llorando á raudales:

—Sí que lo noté, pero como estaba adormilada y el cuarto á obscuras, yo creí... ¡Yo pensé!...

Zumalacárregui, á quien divertía aquella escena, dijo fingiendo suma gravedad: —¡Comprendido; es muy posible!

—¡Y tan seguro! —afirmó ella.

—No lo dudo, *Rubia*. Todo me lo explico muy bien...

Don Clímaco le interrumpió despechado:

—¡Será porque no las conoce usted!... ¡Si todas son unos pendejos en este sierra!... Ella, como las otras... En cuanto sienten á un hombre cerca se vuelven locas de atar.

Y levantando con ambas manos la cabeza atribulada de la *Rubia*, se encaró con ella.

—¡Pero no creas que á mí me la pegas otra vez, perdida! Mañana mismo, en cuanto se vaya la gente, te entregaré á tu marido diciéndole todo lo perra que eres, para que te conozca bien y te deslome de una paliza si no andas derecha. ¡Ala, levántate, y sal de aquí!

Y dirigiéndose al maestro le conminó:

—¡Salte pronto de mi cama, poetilla santurrón!...

Don Pedro inclinó la cabeza y descendió.

—¡Lo ve usted! —dijo compadecido don Patricio—. ¡Está vestidito el pobre; ni las botas se ha quitado!

Don Clímaco dirigió al maestro una larga mirada escudriña-

dora, que le tranquilizó bastante.

—¡Es lo que yo decía! —prosiguió el carlista—. ¡Don Pedro no es capaz!...

—¡Y que lo asegure usted, don Patricio!...

Era tan ridículo el aire de convicción con que el maestro asentía, que *Zumalacárregui* tuvo que salir de la estancia para no soltar la carcajada.

XXI

La lluvia cesó al romper el día. Las nubes fueron rasgándose poco á poco, y allá muy alto empezaron á verse trozos de satinado azul. La gente abandonó el Santuario, la casa de la Virgen y el domicilio del capellán, yendo y viniendo, gritando á pleno pulmón, buscándose ó inquiriendo dónde estaba cada miembro de las dispersas familias. Los romeros que habían pasado la noche en vela iban chorreando agua por el Valle de los Ecos, descendían con trabajo de las húmedas montañas y avanzaban desde el Vado hacia el Bonete del Obispo, empujando las bestias que durante la tempestad se desmandaron. Tres mil, cuatro mil caballerías llegaron á concentrarse en el Valle, recelosas y acobardadas. Algunas más ariscas se asustaban al acercárseles alguien y empezaban á cocear y galopar, sembrando la alarma y el desbanda en las otras, que huían por los céspedes encharcados en tropel de centenares, crespando la crin y la cola al viento, hasta que el torrente ó los hombres situados en los puntos estratégicos, les cortaban el paso. Cada dueño fué entresacando del gran montón las que eran de su pertenencia, y cuando todas volvieron á la sumisión, habían pasado tres largas horas.

Al romper el alba, don Manuel se alejó por el camino de Peña Negra para absorberse mucho tiempo en la grandeza circundante. En el cielo se rompía la plúmbea lámina ensombrecedora, y sus pedazos bajaban describiendo círculos y espirales ó evolucionando en masas fantásticas, que se escindían, se incorporaban á otras masas, se trababan en la aguda punta de la gigantesca roca, donde temblaban como pálidas banderas, ó avanzaban dando solemnes tumbos por el ancho espacio que se dilataba al frente hasta tocar y envolver á Sierra Nevada, barrera ciclópea en el confín lejano. Al pasear la mirada en torno para mejor percibir la majestad del todo, advirtió don Manuel que las dos *Virgenes* estaban á su lado: Enriqueta

absorta en el inefable espectáculo; Blanca austera y fría.

—Ya sé que no han pasado muy buenas noches señoritas.

La mayor contempló melancólicamente su hermosa tienda derribada á veinte pasos, y murmuró:

—¡Paciencia! Para comodidades no hay como quedarse en casa.

—Supongo que no les quedarán ganas de volver.

—Según. Todo causa enojo, pero el de aquí está bien premiado con el placer que procura este espectáculo.

—¡Oh, la Naturaleza que nos rodea, no tiene par! Desde esta región de las águilas nada es bello, porque todo reviste la magnitud y fortaleza de lo sublime.

—Hasta la tormenta pasada. ¿Ha oído usted jamás rimbombiar con tanto fragor los truenos?

—Ni en el furor de las batallas oí tales rugidos de los cañones.

—¿Y ha presenciado usted terrores semejantes?

—Ni cuando la derrota sembraba el pánico.

—¡Todo es grande, todo es grande!

—Como la alegría presente de la multitud; como los gritos de don Patricio.

Zumalacárregui había ido reforzando su consuetudinaria borrachera desde que apuntó la aurora, y ahora se le veía formar grupo con Frasco y otros perdidos. Su estatura se destacaba dominante sobre la muchedumbre, como Peña Negra entre los montes circunstantes, y con la boina en la siniestra mano, una copa en la otra y ambas agitándose sobre su fuerte cabe-

za, gritaba con acento heroico:

—¡Pago copas y regalo puñaladas: escojan, señores!...

Los hombres aceptaban las copas y renunciaban de buen grado á las puñaladas.

La gente se apretujaba en la plaza disputándose los buñuelos y el aguardiente. Dondequiera que había un rellano, las parejas bailaban y cantaban roncás al compás de guitarras y acordeones. Ya nadie temía á la lluvia. Las nubes seguían descorriéndose, y el sol glorioso que ahora remontaba por detrás del castillo empezaba á disipar las brumas y nieblas que fluctuaban por el hondo abismo. Don Manuel y las *Virgenes* pudieron entrever largos cordones de caminantes que trepaban por la cuesta ó venían por el valle. Eran los romeros de las aldeas vecinas que aguardaban hasta la última hora para subir á la tiesta precedidos de banderas y pendones y guiados por sus sacerdotes. Cuando los más rezagados llegaron al pie de la gran cuesta, la campana del Santuario inició un claro y vertiginoso volteo. De la plaza y de los montes, en el Valle de los Ecos y desde el Vado lejano, lanzaron doce mil bocas un grito monstruoso al oír la campana:

—¡Viva la Virgen!... ¡Viva!...

Y en la plaza y en los montes, en el Valle y en el Vado, millares de cohetes surcaron el espacio, corrieron tortuosos é irascibles por el suelo, detonaron en descargas infinitas. El ambiente se cargó de pólvora, y el aire se llenó de gritos:

—¡Viva la Virgen!... ¡Viva!...

El delirio alegre se apoderó de las cabezas. Los hombres se atacaban á cohetazos; los echaban á los pies de las mujeres para regocijarse con sus carreras y alaridos; los quemaban ya en manojos de docena por el gusto de verlos separarse como sierpes irritadas y que hiciesen más ruido. Y en los montes y

en los valles, en la plaza y en el Vado, el griterío era unánime:

—¡Viva la Virgen!... ¡Viva!...

La locura venció al miedo, y las parejas se enlazaron para bailar entre aquellos sibilantes fuegos, que iban y venían, saltaban y detonaban entre sus pies mismos, dejándoles mordiscos y quemaduras. Los cuerpos se estrechaban para mejor defenderse, y en el ansia del abrazo y en la embriaguez de la pólvora, los dientes mordían con más rabia que los cohetes, y más que su fuego quemaban los besos de los labios. Y entre besos y abrazos, silbidos y detonaciones, un grito unánime retumbaba en la plaza y en el Vado, en los montes y en los valles:

—¡Viva la Virgen!... ¡Viva!...

La campana calló, y los gritos también cesaron. La gente buscó asiento en las rocas para reposarse de la fatiga, mientras que la más reposada acudía á la casa de la Virgen para ser la primera en depositar sus dones. El alcalde, como mayordomo mayor de Nuestra Señora de la Sierra, acababa de abrir una puerta, y en el interior empezaron á relucir las sacras baratijas que tanto amaban los fieles: medallas y relicarios con la estampa de la Virgen, pañuelos y fotografías, cadenas y estadales. Estos eran los más estimados; habíalos anchos y estrechos, cortos y largos, de seda y de sedalina, blancos, azules y encarnados, con borlas los lujosos y sin ellas los modestos. Seis mayordomos, descubiertos y endomingados, esperaban las limosnas detrás del mostrador. Conforme eran éstas, así hacían el regalo. Por dos ó tres pesetas sólo había derecho á obtener algún retrato ó estadal ínfimo. Para los grandes estadales, los de ancha cinta de seda y madroños multicolores, había que superar las diez pesetas. El novio lo ambicionaba para la novia; el amigo para la amiga, y nada era tan decoroso

como volver ambos al pueblo ostentándolos en su cuello. Los mayordomos estaban radiantes, porque las limosnas llegaban copiosas. El año pasado apenas recaudaron dos mil pesetas; en el presente quizás las duplicasen. La tormenta había enfierecido á los romeros, y durante los temblores del terror hicieron la promesa de aumentar sus donativos. Con este superabundante ingreso y las buenas cosechas que habían rendido los campos de la Virgen, su tesoro sería pingüe, y ya pensaban los mayordomos en el manto nuevo ó la nueva joya que habían de comprar á la Divina Patrona.

Un alegre repique de la campana anunció por todos los sonoros ámbitos de la sierra, que la misa mayor iba á comenzar. La muchedumbre se dió prisa en buscar acomodo, porque si se descuidaban un poco se llenaría hasta no haber cabida en la iglesia. «¡Y, ay hija! no era cosa de perder el sermón. El señor arcipreste era muy sabio y tenía un piquito de oro; pero, hija, ellas no lo entendían, y este año predicaba don Clímaco, que para contar historietas no había quien le igualase.»

Tres curas de la serranía fueron los oficiantes, mientras que el señor arcipreste tomó asiento en un sillón entre el alcalde y don Manuel. «¡Ay, hija; lo que es el alcalde iba muy bien, puesto de levita; pero al señor arcipreste había que verlo con aquel traje tan raro que parecía un rey. ¡Y qué bien le sentaba, hija! ¿Le habrían hecho obispo ó cardenal?... ¡Hija, tendría que ver don Gervasio cuando fuese luego en la procesión!...»

Inútilmente buscaron á don Patricio para que cantase en el coro durante la representación de la misa. El maestro tocó el armónium, y secundado por el tío Cleto y la *Rubia* ayudaron los oficios que era un primor.

Cuando don Clímaco ascendió al púlpito para pronunciar el sermón de la Virgen, hubo un largo y expectante movimiento en el templo. La gente buscó la mejor postura para bien escu-

char, y las mujeres del pueblo movieron la cabeza y se miraron significativamente. ¡Sería cosa de oír la nueva historieta que este año les contase el capellán!

El orador empezó encomendándose á Dios y á la Patrona con aquellas bonitas palabras que tan bien aprendidas tenía por repetirlas treinta años. Luego se hizo algo premioso; pero esto le acaecía siempre hasta encauzar el pensamiento y adquirir impulso. En seguida empezó á historiar la vida del Santuario desde que el bendito San Ofidio se encontró entre los riscos aquella divina estatua de la Virgen, que trabajó con sus propias herramientas un hermano de Nuestro Señor Jesucristo, y enumeró uno á uno todos los milagros de que él tenía noticia:

—¡Á ver! —gritaba—. ¡Dígame alguien de ustedes qué Virgen del mundo los ha realizado tantos ni tan grandes!...

Nadie replicaba. Todos asentían con la cabeza. Este asentimiento halagaba á don Clímaco, que exclamó con gran fuerza persuasiva:

—¡Ninguna!... ¡Ni la Virgen del Pilar, ni Nuestra Señora de Lourdes, y cuidado que no son unas Vírgenes cualesquiera!...

—¡Es verdad! —murmuraba la gente.

Pero no tenía que remontarse muy lejos para testificar con milagros, que ellos no vieron, la grandeza de la Virgen y su clemencia por los que á Ella se encomendaban. ¿No tenían bien cerca un ejemplo?... Don Clímaco sonrió inefablemente al advertir la emoción que despertaba con su recuerdo... ¿No estaba fresco el milagro? ¿Quién no lo había visto?

—¡Ahí lo tenéis!... ¡Miradlo!...

Y el índice del predicador señaló al coro. La muchedumbre volvió la cabeza para ver á María, la joven rubia curada la tarde antes, y un grito estentóreo rodó por la nave:

—¡Viva la Virgen de la Sierra!... ¡Viva!...

Los llantos y sollozos de la multitud acallaron buen rato las palabras del afortunado predicador. Cuando pudo continuar hízolo ya en tono más reposado, casi confidencial. No había en el mundo Virgen que tanto amase á sus devotos como Nuestra Señora de la Sierra. El tenía pruebas de esa preferencia en un buen sueño que la Patrona le había enviado aquella noche, y que iba á referirles ahora...

La gente empezó á mirarse y á guiñar los ojos:

—¡La historieta, hija!... ¡Ya está aquí la historieta!...

Don Clímaco tosió reiteradas veces para que el auditorio tuviese tiempo de comunicarse sus impresiones y disponerse á escuchar el relato del sueño.

Como todos sabían, él se retiró á su casa al acabar de rezar el trisagio, la noche antes. Pensaba que el ruido de la gente y el bombardeo de los truenos le impediría dormir, pero no fué así. Apenas llegó á su cuarto se tendió en la cama, y un sueño dulcísimo vino á él. Sin saber cómo, cual si le transportasen águilas ó serafines, se vió conducido por los aires hasta ingresar en una vaga región. Sus pies pisaban alfombras tan blancas y mullidas, que eran como nubes ó algodón en rama; sus narices percibían un aroma que superaba al incienso quemado en el Santuario, y por los oídos le bajaban hasta el alma músicas y cánticos más suaves que las notas del armónium tocado por don Pedro, y todavía más que la voz de la *Rubia* cuando estaba de buenas. Antes de que pudiera darse cuenta del lugar donde se hallaba, sintió una mano amiga posarse en su hombro y una voz campechana le saludó:

—¡Bien venido, don Clímaco!

El capellán miró al que le saludaba, y se encontró con un anciano de abundante barba nevada que le llegaba hasta la mi-

tad del pecho.

—Yo creo conocerle á usted —le dijo el capellán contemplándole atentamente y registrando en sus recuerdos.

El anciano sonrió:

—Soy San Pedro...

El quiso entonces caer de rodillas, pero el santo no lo consintió.

—No perdamos tiempo, don Clímaco, porque hay en el cielo otra persona que le espera.

—¡Ah! ¿Es que estoy en el cielo?...

—¡Naturalmente, tontuelo!... ¿Dónde iba usted á encontrar la paz y bienaventuranza que aquí reinan? ¿En qué catedral ni teatro de la tierra oiría usted música como la que suena ni cantos angélicos como los que llegan?

San Pedro le cogió amistosamente del brazo y le condujo al través de la celestial morada, poblada de arcángeles y serafines, de santos y de santas más ó menos conocidos de él por sus estampas y lecturas. Después de mucho andar, llegaron á un paraje del que surgían columnas perfumadas de incienso y de mirra, de áloe y de sándalo. Un trono de oro y de pedrería, más refulgente que la peana de la Virgen y que su corona de diamantes, se destacaba en el centro de las nubes olorosas, y sentada en el trono y rodeada de ángeles vió á una Divina Señora, como jamás pudo comparársela emperatriz de la tierra. Su traje de raso superaba en blancura la luz y sus adornos de encaje parecían las espumas que el torrente formaba en la cerrada. Su cola era tan larga, tan larga, que debía de ser tres ó cuatro veces más larga que la cola del manto que cubría á don Gervasio... ¡Y su voz!... Ni en la ciudad ni en la sierra había oído voz comparable á la que dijo:

—¡Acérquese usted, don Clímaco!...

Pero él estaba tan enajenado que no acertó á moverse. San Pedro tuvo que empujarle dulcemente. Al llegar al pie del trono cayó de hinojos...

Don Clímaco inclinó ahora el diestro índice hacia el suelo, mientras que con el izquierdo señalaba al camarín:

—¡Arrodillaos vosotros también, porque la hermosa dama que me llamaba era!... ¿no lo habéis adivinado?... ¡Nuestra Señora de la Sierra!...

La muchedumbre se arrodilló, sollozando y gritando:

—¡Viva la Virgen!... ¡Viva!...

Pasado aquel transporte de entusiasmo y fervor, prosiguió el afortunado visitante de las mansiones celestes... ¡Era la misma Virgen de la Sierra, morena y risueña, pero viva y en grande!... Después que la hubo reverenciado y depositado un beso en su falda, más brillante que el día, la voz inefable volvió á sonar tan clara como un hilo de agua en la Gruta de los Adarves:

—Levántese usted, don Clímaco, y cuénteme algo de lo que pasa por el Santuario.

Él le contó muchas cosas: el cariño de sus devotos; los últimos mantos que los señores mayordomos le habían comprado; las grandes romerías que en veinte leguas á la redonda se organizaban para asistir á sus fiestas; la devoción que aumentaba á cada milagro que hacía... Pero también le recomendó á la Divina Soberana que vigilase con más cuidado por la salvación de sus fieles, y sobre todo, de las mujeres; porque en la sierra abundaban —y ahora mismo le estarían oyendo— los solemnísimos pendones... La Virgen prometió hacerlo, y eso que ya no se descuidaba.

—¡No puede usted figurarse, don Clímaco, el número de feligreses suyos y devotos míos que he metido en el cielo, y cuidado que algunos eran malitos!

Él le preguntó entonces por sus amigos. ¡Todos, todos estaban allí! Quiso saber de algunos antiguos seminaristas compañeros suyos á quienes había enviado estampas de la Virgen. ¡Todos, todos loe muertos estaban allí! Luego le suplicó informes de algunas familias remotas, de Guádix unas, de Almería otras, que ningún año faltaron á la fiesta del Santuario. ¡Todas, todas estaban en el cielo!... Don Clímaco mostró deseos de verlas, y Nuestra Señora accedió con gusto, y hasta tuvo la gracia de acompañarle... ¡Oh, qué paseo!... ¡Si él fuese poeta como el maestro don Pedro!... La Virgen descendió de su trono, y el ejército de ángeles y serafines formó detrás tañendo arpas y pífanos, violas y trompetas, mientras que un canto inexplicable que surgía de invisibles bocas temblaba en el cristalino espacio... El ofreció el brazo á su Divina Dama, y Ella lo aceptó risueña. En su camino fueron apareciendo é incorporándose á la comitiva las sombras bienaventuradas de los amigos dispersos que allá en la tierra veneraron á Nuestra Señora.

—¿Y mis feligreses de Enguera? —preguntó á su Guía.

Ella sonrió y le dijo:

—¡No se impaciente usted, don Clímaco, que ya llegamos!

—¿Y los de San Nicolás, y los de Rosales de la Sierra, y los de Betura, y los del Lombral?...

La Virgen sonrió y nada dijo.

Al poco se encontraron con un grupo numeroso que les esperaba en el seno de una áurea nube radiante. Don Clímaco sintió tanta alegría, que á punto estuvo de abandonar el brazo de la gentil Patrona para unirse á los que esperaban. Eran éstos

los enguerinos, los religiosos hijos de Enguera, que es donde estuvo primeramente de sacerdote don Clímaco. Apenas tenían noticia de Nuestra Señora de la Sierra; pero él había rezado después por ellos, seguía rezando cotidianamente, como por los de Azuaga, los de Montosa, los de Anna, aquellos pueblos donde luego estuvo, y la providencia de Ella les había alcanzado.

—¿Y los de Lombral, de Rosales, de San Nicolás, de Betura?... ¿Puede usted decirme algo, Soberana Señora?... Yo los amo á todos; pero los del Lombral, San Nicolas, Rosales y Betura, que son vecinos del Santuario, los prefiero á todos.

La Virgen sonrió, y nada dijo.

Don Clímaco vió al poco en el seno de otra nube transparente á los buenos vecinos de Azuaga; luego á los de Montosa; detrás á los de Anna... Y después de cada grupo dichoso repetía:

—¿Y los del Lombral, de Rosales, de San Nicolás, de Betura?... ¿Dónde están mis preferidos?...

La Virgen sonreía y nada contestaba. Tanto le insistió, que Ella le dijo:

—No se canse, don Clímaco. Por mucho que los busque en el cielo, no los encontrará.

El rompió á llorar oyendo estas palabras, y los romeros de Betura, del Lombral, de Rosales y de San Nicolás, que llenaban el templo, rompieron á llorar oyendo á don Clímaco. Pero el orador sonrió (porque estaba ahora en el secreto) ante aquella devota aflicción, y en el centro de su sonrisa inefable, brillaron los dos negros dientes y medio.

—¡Están todos; todos, menos mis preferidos! —dijo desolado el capellán á la Reina de las Reinas.

Pero Ella siguió sonriendo.

—¡Dígame usted, por favor, Prenda Divina, si los fieles del Lombral, de Betura, de Rosales y de San Nicolás, se han condenado!...

La Virgen empezó á reir, y su risa tuvo un eco argentado en el largo ejército de ángeles y serafines.

—¡Dígamelo, por favor, Señora!...

Y Ella habló; mientras reía á carcajadas:

—¡Calle usted, tonto!... Los vecinos del Lorabral, de Betura, de Rosales y de San Nicolás, también son mis preferidos, y jamás los abandono.

Don Clímaco vió entonces una cosa inaudita. Nuestra Señora se levantó sus amplias faldas, más blancas que la luz de la mañana y más ligeras que las espumas del torrente al caer en la cerrada, y apareció debajo la población pululante y dichosa de los que en vida la reverenciaron en el Lombral, en Betura, en Rosales y en San Nicolás...

—¡Viva la Virgen!... ¡Viva!...

Y mientras que los vivos tronaban bajo la bóveda del templo, los dos negros dientes y medio del predicador brillaban en el centro de su sonrisa inefable.

XXII

La procesión iba á comenzar, y *Zumalacárregui* no aparecía.

—¿Dónde está don Patricio? —preguntaban sus amigos.

Al fin le encontraron como muerto en una habitación de la casa de la Virgen. La borrachera le había vencido después de tres días de mucho beber y ahora roncaba á pierna suelta. Don Manuel sólo pudo conseguir que entreabriese los ojos, y la *Rubia*, que no quería perder aquella hermosa ocasión de desatar su canto cristalino desde las alturas del castillo, tuvo que dejarle por imposible. Fué preciso que después de bien sacudido viese á su lado la cara fea de la *Virgen* mayor, para incorporarse en la cama.

—¿Qué pasa?... ¿Sucede algo?...

Enriqueta rió viendo su gesto de asombro.

—Nada; que la procesión va á empezar.

—¡Eh!... ¿Y qué me importa la procesión?

—Es que la *Rubia* le espera.

—¡Al demonio con la *Rubia*!

—Que hace usted falta para cantar.

—¿Es que soy algún grillo?

—¡Levántese, don Patricio! Hágalo usted por mí.

Zumalacárregui se frotó los ojos, turbios de embriaguez y de sueño. Don Manuel y la *Rubia* acudieron otra vez y entre todos le ayudaron á descender del lecho. Don Patricio tropezaba y caía.

—Es una crueldad obligarle á subir así al castillo; mejor es que duerma —observó Enriqueta.

—¡Cómo es eso, señorita! —tartamudeó él picado en su amor propio—. Yo soy capaz de subir solo hasta el nido de las águilas.

Y desasiéndose de los que le sujetaban, descendió los últimos escalones y salió á la plaza, inundada de sol y de gente. La muchedumbre le abría ancho paso para que pudiese trazar cómodamente sus pintorescas curvas.

—¡Eh, don Patricio! —le gritó Frasco, que ante un puesto apuraba copas con otros amigos.

El requerido paseó sus ojos en torno para inquirir de dónde le llamaban.

—¿Se ha vuelto usted ciego, don Patricio? —le dijo Frasco sujetándole del brazo.

Enriqueta no quiso mezclarse al zafio grupo de borrachos y envió á don Manuel y á la *Rubia* para que no le permitiesen beber más. Por mucha diligencia que ostentasen no pudieron evitar que el impenitente beodo apurara cuatro copas.

Don Pedro, revestido de sacristán, se acercó á don Manuel para advertirle que el señor arcipreste le esperaba. La procesión estaba organizándose ya y la gente adoptaba posiciones en todas las rocas y eminencias para presenciar el espectáculo. La *Rubia* se asió al brazo de don Patricio y suplicó á Frasco que la ayudase á subirle por la montaña.

La campana del Santuario empezó á repicar locamente, y los primeros cohetes rasgaron los aires, subieron muy alto, estallaron en el espacio llenándolo de ligeras nubecillas blancas. La gente empezó á sentir un largo estremecimiento cuando apareció en la puerta del Santuario el gran palo desnudo, el

báculo del bendito San Ofidio, que tenía tres metros de altura.

—Como él no vaya delante, estemos seguras de que la Virgen no avanzará —exclamaba una mujer.

Y un anciano decía:

—Ni mis tres yuntas de bueyes uncidas á las andas de plata la moverían un tanto así de esta uña.

Y otro anciano aseguraba:

—Ni todas las fuerzas del gigante Sansón, que derribó el templo y mató de un sablazo á quinientos enemigos del Señor, tirarían de nuestra Patrona como el palo del obispo no fuese delante.

—¿Y cuánto ha pujado este año el tío Martín para llevar el báculo?

—Seis fanegas y cuatro celemines de trigo.

—¡Bien está!

—El tío Martín es rumboso y no consiente que en vida se lo quite nadie.

Detrás del tío Martín, cano de cabeza y orgulloso como quien conduce tan insigne guión, aparecieron las banderas y estandartes de veinticinco templos, hermandades y cofradías que los habían trasladado á la sierra para que precediesen á la Virgen en su procesión por los riscos. Sus colores adquirían fuerte vida y brillo en la cruda plenitud de la luz y el sol temblaba chispeante en la punta de las cruces plateadas. Ya subía el glorioso báculo de San Oficio por el camino de Peña Negra, ya estaba cerca de doblar por la senda que se encarama tortuosa hasta el castillo, y aun salían los brillantes pendones por la puerta del Santuario. Después siguió la gente con velas y ciriales en la mano, formando larga y doble fila: primero los

hombres; los niños luego y las mujeres detrás. Eran todos penitentes é iban descalzos para cumplir así la promesa que hicieron á la Señora de la Sierra cuando estaban postrados en el lecho; cuando el médico desahució al padre ó al marido, al hijo ó al hermano. Los pies, lacerados en la marcha desde el Vado durante la tarde anterior, caminaban con pena por las piedras del camino. María apareció la última entre las dos marquesas. Su rostro palidísimo iba inclinado hacia el suelo, y por las espaldas descendía su pelo desatado, más brillante y rubicundo que el sol de la mañana. La congoja batió el pecho de la inmensa muchedumbre al verla andar tambaleante y recién curada. Infantillos ataviados de rojo, curas y seminaristas vestidos de sotana negra y alba sobrepelliz cerraban la vanguardia. En medio de ellos iba don Pedro haciendo de sacristán y envuelto en las nubes azuladas que surgían del oloroso incensario. La Virgen llegó á la puerta y el primer grito fué un alarido: —¡La Virgen!

Y allá desde lo alto del castillo, como si fuese la voz tremenda de un genio sobrenatural que la despeñase por montes y abismos, retumbó la salutación de don Patricio: —¡Viva la Virgen!...

Quince mil bocas vocearon á una:

—¡Viva!...

En la plaza y en los montes quince mil personas cayeron de rodillas en un delirio de fervor y de pena. La campana volteaba alocada; la música lanzó al aire sus áureos torrentes sonoros, y las mujeres lloraban, se arrastraban de hinojos, enviaban á la Reina de los cielos las gracias por el beneficio recibido ó la demanda del milagro. Los hombres enronquecían de gritar. La congestión les hinchaba el cuello y les enrojecía la cara. No sabiendo cómo demostrar su adhesión á la Patrona, quemaban en haces los cohetes; se revolcaban enajenados por

el suelo; se abofeteaban y apaleaban por pasar al primer término y dedicarle sus requiebros: —¡No hay otra como tú, Virgen gitana!

—¡Bendito sea tu cuerpo, morena!

—¡Por ti me mataría con cualquiera!

—¡Por ti iría hasta el infierno!

—¡Olé tu madre, pendón de los cielos!

Dominando los gritos, y los acordes de la música, y el estampido de los cohetes, y el voltear de la campana, desde la altura del castillo descendió la voz de la *Rubia*, continua y límpida como el canto de las linfas en la Gruta de los Adarves, y el vozerón de don Patricio, que era la tempestad del torrente en la Gruta del Agua.

La Virgen avanzó por la plaza en hombros de ocho mocetones, que en unión de municipales y civiles, la defendían con sus alcayatas de las piadosas agresiones. El sol fulguraba en su manto recamado de oro, y al besar los ricos aljófares de la corona rodeaba su rostro serrano con un nimbo ligero de luz chispeante. Dos sacerdotes y don Clímaco en medio, siguieron inmediatamente detrás entonando el cuadro con el brillo vivo de sus capas pluviales. En seguida vino la nota negra y burguesa de los romeros pudientes, de los señores mayordomos, del médico y de los alcaldes pedáneos formados en dos filas. Cuando apareció el arcipreste entre don Manuel y el alcalde enlevitado, se elevó de la muchedumbre próxima un largo rumor de admiración y asombro, que se corrió por el camino de Peña Negra y repercutió en los millares de almas que se agitaban en la montaña. ¡Jamás estuvo don Gervasio tan majestuoso!... ¿De dónde había sacado aquel manto tan galano que competía con el de la Virgen?... Con su talla aventajada, con la gravedad de su gesto, realizado por los ca-

bellos nevados que asomaban bajo su gorra de flotante airón blanco, el señor arcipreste parecía un rey en medio de un pueblo de vasallos. El tío Cleto, que le seguía cubierto de dalmática y sosteniéndole la interminable cola, no pudo resistir al contemplar la admiración de la gente, y con los ojos húmedos y la voz trémula soltó el grito que hacía tiempo se le escapaba: —¡Viva la majestad de don Gervasio!...

Quince mil voces rodaron por los montes y los valles: — ¡Viva!...

Pero al mismo tiempo, otro grito formidable y dominador cayó de la altura: —¡Viva la República!...

La procesión se detuvo en mitad de la marcha; la Virgen se paró, y hasta el majestuoso don Gervasio se quedó petrificado al oír el grito subversivo. Quince mil cabezas se volvieron hacia el castillo, de donde había bajado el viva... ¡Don Patricio; era don Patricio; el antiguo capitán carlista!...

—¡Está loco; está loco! —empezó á murmurar la gente.

Don Patricio estaba loco. Desde abajo se le veía retorcerse; gesticular demoniaco. Se erguía; se inclinaba; reía, reía...

—¡Es la risa de un loco!

Don Patricio seguía riendo, tosiendo, escupiendo... Y volvía á reír... La *Rubia* no podía contenerle.

—¡Loco; loco está!

La risa cesó un momento. Entonces se le vió inclinarse hacia adelante, señalar con el dedo al arcipreste, y volver á gritar: —¡Es tonto; yo le tenía por sabio, y es tonto!

La risa volvió á renacer más estridente y continuada. Frasco y sus amigos empezaron á trepar por las rocas para prestarle auxilio, mientras que él se debatía entre los brazos de la *Ru-*

bia riendo y gritando.

—¡Es tonto; es tonto!... ¡Yo conozco á los tontos porque hacen tonterías!...

Don Gervasio empalideció al oír los ultrajes. Entonces se miró, y por primera vez le pareció reconocerse: «¡Tonto; era tonto: la vanidad le había perdido hasta lanzarle en la tonte-ría!» La cabeza le dió vueltas: sintió tentaciones de huir; de quitarse aquellos ridículos atavíos, y de arrojarlos al precipicio que se abría á la derecha. Hasta sintió un impulso irrefrenable de arrojarse él mismo...

Entonces tropezó; cayó pesadamente en tierra. Estaban en el comienzo del camino que iba á Peña Negra. Las lluvias lo habían dejado resbaladizo, y el tránsito lo había enlodado. El tío Cleto no se creyó bastante digno de llevar esparteñas vistiendo reluciente dalmática, y se había puesto unas botas de don Clímaco. El jamás conoció tal calzado; las botas le venían sobradamente grandes, resbaló en el limo escurridizo y dió en tierra é hizo caer al arcipreste. El manto se le rasgó; la gorra de espléndido airón rodó vertiente abajo, y cuando don Manuel le hubo levantado, pensó caer otra vez de vergüenza. La gente sintió comezones de reír viéndole roto y manchado de barro, y la burla ya no admitió el freno de la prudencia cuando la voz de don Patricio tornó á resonar en la altura, entre toses fatigosas y estridentes carcajadas: —¡Es tonto; es tonto!

Don Manuel ofreció su brazo al arcipreste para volver al Santuario. Estaba pesaroso, y de todo corazón se arrepentía de aquella horrenda befa, que era obra suya. Don Gervasio era un varón prudente y magnánimo. Sus virtudes eran muchas, y su único defecto la vanidad. ¡Y cuán inofensiva! El había estimulado su afán de grandezas buscándole una cruz despreciable, y llamando á un mercachifle para que le vendiese un

manto. El le sugirió la loca idea de abandonar sus hábitos para presidir la fiesta mayor de la contornada con disfraces de comendador, y él le dió por paje á un anciano octogenario. ¡Y cómo estaba pagando su pobre víctima el pecado de las grandezas! Quiso ser el único en burlarse de don Gervasio viendo cómo las ricas estofas embelesaban á la gente estúpida, y era la estupidez de la gente quien se burlaba ahora, pasando de un salto de la admiración á la risa, mientras que de la altura bajaban rebotando carcajadas é injurias: —¡Ea tonto; es tonto!

Los ojos del arcipreste se arrasaron de lágrimas. La voz de don Manuel se veló.

—¡Vámonos de aquí, don Gervasio!

El arcipreste se desasíó dulcemente de su cruel amigo, y pasándose el manto maculado por los ojos, ordenó entristecido que reanudase su marcha la procesión.

—¡Vámonos de aquí, don Gervasio!

El arcipreste sonrió tranquilo, y siguió á la Virgen al través de los riscos, el manto desgarrado y suelto, la frente serena. Viéndole destrozado y sucio, la gente reía, reía, mientras que de lo alto bajaban voces y carcajadas: —¡Es tonto; es tonto!

Don Manuel comprendió que el arcipreste se condenaba al lubricio de la gente para purgar su pecado de grandezas, y aquel ejemplo de humildad le llegaba al corazón, castigándole de su culpa.

EPÍLOGO

La Romería ha terminado.

Quince mil romeros se alejaban una hora después por todos los caminos y sendas que los habían conducido al Santuario.

En la casa de la Virgen sólo quedan las *Vírgenes de Roca*, don Manuel, el maestro y el alcalde.

En la cama de la *Rubia* hay un enfermo y á su lado un convaleciente.

El primero es *Zumalacárregui*, que divaga bajo el acceso del *delirium tremens*.

El que le asiste es don Gervasio, recién curado del delirio de las grandezas.

FIN